DAHLIA DE LA CERDA

Desde los zulos

narrativasextopiso

Todos los derechos reservados
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor

Copyright © Dahlia de la Cerda, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada
© Abril Castro

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C.V., 2023
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

Sexto Piso España, S. L.
C. Los Madrazo 24, semisótano izquierda
28014 Madrid, España

www.sextopiso.com

Corrección
Gabriela Lara

Formación
Rebeca Martínez

ISBN: 978-607-8895-13-7

Impreso en México

Me falta imaginación dices.
No. Me falta el lenguaje.
El lenguaje para clarificar
mi resistencia a las letradas.
Las palabras son una guerra para mí
amenazan a mi familia
Para ganar la palabra
para describir la pérdida
tomo el riesgo de perderlo todo.

CHERRIE MORAGA

Los padres blancos nos dijeron «pienso luego existo».
La madre negra que todas llevamos centro,
la poeta, nos susurra en sueños: Siento, luego puedo
ser libre.

AUDRE LORDE

Sin el sur sería una advenediza.

HOURIA BOUTELDJA

INTRODUCCIÓN

Escribo para las que no tienen cuarto propio. Para las que escriben con la cria pegada en la chiche y para las que no escriben porque tienen a la cria pegada a la chiche. Escribo para las que teorizan mientras lavan los trastes. Para las que teorizan mientras lavan la ropa. Para las que teorizan mientras venden tamales en un barrio precarizado. Porque pensar en lo injusto que es el modelo económico mientras vendes de chile y de verde, también es teorizar. Escribo para las que perrean sucio y hasta abajo. Escribo para las que riman en su lengua materna en protesta a la imposición del español. Escribo para las que no leen a señores blancos que quieren explicar el mundo sin haberse ensuciado los zapatos. Escribo para las que abortaron mientras trabajaban doce horas en una tienda de zapatos. Para las que abortaron a espaldas del Estado y de su papá cristiano y de su esposo provida.

Escribo para las que dicen «haiga». Escribo para las que agregan «nos» al final de todos los verbos. Ibanos y veníanos. Escribo, sobre todo, para las que no quieren ni hablar ni escribir el español como lo indica la Real Academia de la Lengua.

Escribo para las que no tienen cuarto propio. Para las que tienen la libreta y la pluma sobre la mesa de la cocina porque mientras molcajetean la salsa se les vienen las ideas más brillantes. Escribo para las que escriben con faltas de ortografía y para las que aprendieron a rimar escuchando a raperos callejeros. Para las que se olvidaron del cuarto propio porque tenían que trabajar para los hijos y para los padres y para la vida. Escribo para las que escribir es una cuarta o quinta jornada

laboral, pero se la rifan porque las palabras son un acto político, el acto político de las desposeídas

Este texto lo escribí sin cuarto propio. Lo escribí en los tiempos muertos de mi trabajo de oficina y mientras se completaba el ciclo de la lavadora. Lo escribí en la cocina de mi casa y en las escaleras de mi patio. Lo escribí sentada en la taza del baño y lo escribí mientras las lágrimas no dejaban de salir y escribía porque el psiquiatra me dijo que golpear gente no era una buena forma de sacar mi rabia. Lo escribí sentada en el tianguis donde trabajé por años vendiendo ropa de segunda para llegar a fin de mes. Lo escribí, también, en la ruta 2 rumbo al centro de salud mental.

Si este ensayo tuviera olor, olería a jabón Zote y Pinol. Si tuviera sabor, sabría a jitomate y cebolla y chile de árbol y nopales asados. Si tuviera sonido sonaría el chaca-chacha-chaca de la lavadora y Los Acosta de fondo. Lo escribí sin cuarto propio y entre cuartilla y cuartilla me daba mis tiempos para bailar las de Wisin y Yandel. Las de Ivy Queen y las de Tego Calderón. Esto no es anecdótico. Es político.

1. FEMINISMO SIN CUARTO PROPIO

Para las que emergen de los zulos

En 2015 conocí a Itziar Ziga. Itziar en ese momento era mi escritora feminista favorita. Su libro *Devenir perra* cambió mi postura sobre el feminismo. Se lo dije. Mientras me firmaba el libro *Un zulo propio* le conté que *Devenir perra* fue el libro que me llevó a asumirme como feminista. Se paró y me abrazó. Fue un momento muy emotivo. Luego vino la epifanía. Me escribió como dedicatoria: Para las que emergen de los zulos.

Virginia Woolf decía que para que una mujer escriba es necesario un «cuarto propio», un espacio que signifique independencia y autonomía. Desde Woolf la figura del cuarto propio ha sido un tema recurrente en la trama de la teorización feminista. El cuarto propio es el lugar deseable y la aspiración de toda escritora que sostiene la causa. El cuarto propio es la meta porque significa no solo que puedes escribir, sino que lograste emanciparte lo suficiente para conseguir un lugar desde dónde escribir. El cuarto propio es el lugar desde donde se escribe. Es tiempo. Es dinero. Son privilegios de clase y raza y epistémicos. Y es, también, un consenso general que toda escritora que quiere tener una obra fructífera debe hacerse de uno.

El cuarto propio era incuestionable hasta que llegó la escritora chicana Gloria Anzaldúa y puso los puntos sobre las íes:

«Olvídate del "cuarto propio". Escribe en la cocina, enciérrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces filas

en el departamento de Beneficio social, o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta. Yo escribo hasta sentada en el escusado. No hay tiempos extendidos con la máquina de escribir a menos de que seas rica, o que tengas un patrocinador (puede ser que ni tengas una máquina de escribir). Mientras lavas los pisos o la ropa escucha las palabras cantando en tu cuerpo. Cuando estés deprimida, enojada, herida, cuando la compasión y el amor te posea. Cuando no puedas hacer nada más que escribir».

Un zulo, según Wikipedia, es un agujero o un escondite o un recinto clandestino. Un zulo es algo que no es un cuarto propio. Un cuarto propio no tiene por qué ser una habitación exclusiva para que una mujer escriba. Un cuarto propio también son los privilegios que ayudan a que la mujer escriba. Una jornada laboral de menos de ocho horas es un cuarto propio. Dinero y tiempo para ir a un café a escribir es un cuarto propio. Silencio en casa es un cuarto propio. Una mesa y una computadora es un cuarto propio. No compartir la vivienda con diez personas es un cuarto propio. Tener quién te cuide a las crías para arrastrar la pluma es un cuarto propio.

El zulo es la antítesis del cuarto propio. Un zulo es la banca de un parque. Es la computadora prestada. Es la taza del baño y es la azotea de la casa. Un zulo es el lugar desde donde escriben las desposeídas. Las que tienen cuatro jornadas laborales. Las que no tienen quién arrulle a la cría para que ellas arrastren el lápiz. El zulo son las alcantarillas y los bordes.

Desde luego que Ziga no sabía que yo quiero ser escritora ni que escribo. Pero vio en mi mirada la rabia que tenemos las que viven en las alcantarillas. A ese reconocimiento entre criaturas marginadas la feminista chicana Chela Sandoval lo llama «metodología de las oprimidas» y la poeta negra Audre Lorde «el mirar profundo». Es la capacidad de reconocer en las otras y otros la marca de la marginación y la marca de la

resistencia. Entonces supo que yo era una habitante de un zulo y que iba a emerger desde ahí.

Pero yo sí sé lo que quiero. Quiero ser escritora. Pero no cualquier tipo de escritora. No quiero ser la escritora que escribe contemplando la calamidad desde un café en una colonia llena de árboles y calles como de postal, pero sin que el horror la toque porque lo contempla a través de la nota roja. No quiero ser la escritora que se va al extranjero a especializarse en literatura creativa y escribe novelas con estructuras perfectas. No quiero ser la escritora elogiada por la crítica porque blanquea a los personajes marginados. No quiero escribir sobre putas que son ávidas lectoras ni sobre drogadictas que se drogan en ceremonias de ayahuasca. No creo tampoco que este mal especializarse en literatura creativa ni escribir desde un estudio en una colonia de clase media alta. Hay mil caminos, pero ese no es el mío. Mi camino es el borde del abismo. Mi casa son los zulos. Emergí de un zulo y mi compromiso político es escribir desde y para mi lugar de ebullición.

Mi mamá creció en una comunidad de tres mil habitantes en la sierra de Jalisco. Allá donde no hay pavimento y los techos de las casas son de teja, donde las señoras se encariñan con los puercos destinados a ser sacrificados para las fiestas de mayo y los cuidan como hijos y que se chingue el guate que. Donde todos se conocen y todos saben la vida y señales de todo mundo y con la misma severidad que se juzgan, se ayudan en tiempos difíciles. Lo más cercano que encontró mi mamá a la comunidad fueron los barrios, entonces crecí en barrios populares. Crecí entre paredes sucias y danzantes y murales de la virgen de Guadalupe en cada esquina. Vi de primera mano la violencia y la desigualdad y la marginación. Y, como dice Cancerbero, el barrio no pasó en vano.

Mi jefa tiene muy arraigada la creencia de que una puede escalar en la jerarquía social chingándole machín. Progreso. Dinero. Progreso. Dinero. Dinero. Y un símbolo de progreso era inscribirme a colegios de monjas que en aquel entonces eran símbolo de estatus. Como tengo lo que se conoce en los

estudios raciales como «pasar por blanca», que no significa otra cosa que no ser una persona racializada, es decir, indígena o afrodescendiente o asiática, mi mamá pensó que ya tenía la mitad de la vida social escolar resuelta. Pero se equivocó. Mi código postal era motivo suficiente para vivir todo tipo de discriminación clasista. Yo no fui la niña a la que los niños le jalan el pelo para llamar su atención. Los niños no se escondían debajo de la escalera para ver mis calzones ni me subían la falda. En la primera infancia no conocí la violencia a través de la discriminación sexista ni de la violencia de género. Yo era la niña a la que llamaban gata, naca, corriente, qué haces en mi colegio si eres pobre. Mi primera otredad fue la naquitud y no la mujeritud.

Las mujeres (de ciertos contextos), desde que somos muy pequeñas –de hecho, hay teóricas feministas que afirman que desde que el médico dice «es una niña»– somos adoctrinadas con toda una serie de estereotipos acartonados y expectativas de lo que debe ser una mujercita. Libros recientes como *Valientes e imperfectas* y *Rabia somos todas* abordan el tema de cómo la socialización «femenina» del ser recataditamesuraditaperfectalimpia princesa dulce afecta en el desarrollo psicosocial. Y cómo las mujeres que se salen del molde de la dulce princesa son patologizadas o llamadas mandonasiracundastiranas y malas. Este debate no es nuevo en el feminismo. Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* hizo un extenso análisis de las diferencias en la crianza que se da a una hembra humana y a un macho humano y cómo eso influye en el desarrollo de la personalidad, el habitar el mundo y en cómo el mundo te trata. Aunque estos análisis son originados en el feminismo blanco y relatan la experiencia de las mujeres/niñas blancas, que pasan por blancas o que están en procesos de blanqueamiento, sí definen la socialización de muchas mujeres. Aunque yo no lo llamaría socialización femenina, sino socialización femenina blanqueada/blanca.

Nunca me sentí identificada con la feminidad hegemónica: a mí me gustaba andar en bicicleta y adoptar sapos y jugar

juegos de pelea en las maquinitas. Tampoco me gustaba usar el cabello largo ni los moños ni los vestidos ni los zapatos de charol. Ni bañarme. Pero no es algo que pudiera decir a mis compañeras de escuela porque para encajar un poco tenía que fingir que me gustaba jugar con Barbie: de nuevo la feminidad *blanca/blanqueada*, que no solo es sexista, sino que está interceptada con la raza y la clase. No basta con ser una dulce princesa, hay que ser una dulce princesa con los modales del colono. Aunque nunca me sentí identificada con el modelo colonial de la hija del colono, fui socializada en la feminidad hegemónica/blanqueada y durante mis primeros años escolares viví en silencio las palabras hirientes de mis compañeras de clase. Me tragaba la rabia y llegaba a llorar a mi casa. Lo sufría en silencio. Me sentía tan avergonzada que me daba pena contarle a alguien que me decían pobre y naca, tenía claro que ser naca y empobrecida no tenía nada de malo, pero me hería que lo usaran como insulto.

Mi suerte cambió cuando me tragué completo un aromatizante de baño en herrinche porque mi papá no me dejó adoptar un gato callejero. Mi papá me llevó de emergencia a la farmacia del barrio. Era una pequeña botica que se sostenía de cobrar veinte pesos por consulta y vender medicamento controlado a los cholitos del barrio. Ahí conocí a Ivone, la hijastra del médico. Hicimos click de inmediato. Ella también hacía toda clase de cosas radicales, como tomar cloro, para conseguir lo que quería. Le gustaba jugar bote pateado y a los tazos y se robaba dos pesos del dinero de las tortillas para las maquinitas. Me invitó a quedarme a dormir en su casa y lo que era una pijamada de fin de semana se convirtió en grandes temporadas de vivir en su casa y solo ir a la mía de visita o de entrada por salida.

Ivone vivía en una vecindad en una colonia periférica. Sus vecinos eran usuarios problemáticos de drogas y trabajadoras sexuales y adolescentes en conflicto con la ley y una familia de

rarámuris. Su casa eran dos cuartos. En un cuarto estaba la estufa y el refri y una mesita. En el otro cuarto dos camas y una litera y una sala. Había chinches. Muchas chinches. Ivone era de las privilegiadas de la vecindad porque tenía baño propio. el resto de habitantes lo compartían. Me presentó a sus amigas y se convirtieron en mis amigas. Eran hijas de trabajadores de la construcción y trabajadoras sexuales y empleadas del hogar y vendedoras de ropa de paca en los tianguis. Además de que eran increíblemente divertidas y empáticas y solidarias, me gustaba mucho la relajación social. Ahí no tenía que fingir ser alguien que no soy ni cumplir con acartonados modelos de género. Podía ser sucia y grosera y enojona y nadie me juzgaba por ello.

Durante mi infancia y adolescencia en las mañanas convivía con niñas blancas o atravesadas por procesos de blanqueamiento y de clase alta o media alta que comían con modales finos y que la palabra más petarda que usaban era «tonta». Niñas que no gritaban, que se contenían. Que de tanto contenerse eran pasivoagresivas. Que eran unas verdaderas princesas odiosas y clasistas, pero princesas. Y en las tardes con morritas prietas que bailaban cumbias y se sentaban a mirar a los danzantes ensayar mientras comían con malos modales duros preparados. Morritas con ropa sucia porque habían trabajado en el tianguis o lavado tres cargas de ropa.

Hago la distinción entre niñas y morritas no solo para marcar la diferencia entre la clase y la raza sino como semillita de algunos aportes teóricos que compartiré más adelante, aportes teóricos de la feminista María Lugones. Ella sostiene que la «mujer» es blanca; que las negras y de color siempre han sido consideradas como lo otro, como las bestias. Pero hago la distinción como un lugar de pertenencia y de reivindicación. Yo soy una morra y luego seré una doña. Qué perra pereza ser una señora.

Todo esto parecería anecdótico, pero no lo es. Es político. Porque lo que una vive en la infancia y en la adolescencia marcan el carácter y porque cada vez que alguien me pregunta por qué

veo cosas que otras feministas no ven, cómo es que consigo llegar a ciertas conclusiones o tener tanta claridad mental y pulcritud de pensamiento contesto: porque me sobra barrio. Es verdad. Las que emergemos de los zulos, las que sabemos que la desigualdad se puede analogar con una sopa de fideo, tenemos la claridad mental que no dan los libros. Tenemos la claridad mental que te da rifártela en la vida loca. Jamás será lo mismo aprender de desigualdad social leyendo a Marx mientras comes tres veces al día, que trabajando doce horas para comer dos. La experiencia orgánica es la experiencia orgánica. Y no es anecdótico, es político, porque las personas nos hemos tragado tanto el cuento de la blanquitud y el aspiracionismo burgués que los lugares que reivindicamos siempre tienen que ver con lugares que nos den caché. Por eso presumimos que leemos a Cortázar, pero no *El Libro Vaquero*. Por eso presumimos en redes sociales cuando comemos un ramen de diseño, pero no un bolillo con crema. Presumimos nuestros lujos y triunfos, pero no nuestras derrotas y rincones sucios. Presumimos todo lo que nos dé blanquitud, porque desde luego la blanquitud tiene beneficios en un sistema racista.

A mí me interesa reivindicarme desde lo otro. Desde el ritual de escritora que no incluye whisky sino gorditas de chicharrón verde y una Coca-Cola de vidrio, desde la deuda que no acababa ni con cuatro jornadas laborales. Me interesa reivindicar las enseñanzas que me dejó trabajar en el tianguis, en la fábrica y en el *call-center*. Del ir a pedir fiadas las croquetas de mis bestias, del contemplar el horror sentada en la banqueta de un barrio bravo y no desde la Nota Roja sentada en el café de moda, de que duré tres meses para terminar este ensayo porque tuve que empeñar mi laptop en el Monte de Piedad. Para mí es importante que se sepa que viví en un barrio y que sentada debajo de un mural de la virgen de Guadalupe escuchando a mi amiga contar cómo su tío abusaba de ella, mientras de fondo sonaban Los Temerarios, entendí que el mundo era un lugar muy hijo de perro para las mujeres, sobre todo las de los zulos. Me interesa reivindicar que mi esposo y su familia

–que ahora es mi familia– habitaron en un pie de casa en obra negra y que en esta familia periférica encontré un refugio a la crueldad del mundo. La multiformidad de la opresión y todas las caras de la violencia no me la enseñaron los libros, me la enseñó el barrio, y por eso me interesa posicionar sus saberes más allá del exotismo académico. Me enuncio desde aquí en honor a mi infancia, a mis amigas, a mi familia y en protesta a quienes criminalizan, bestializan y se burlan desde el clasismo de estas esquinas del mundo, pero también como parte de mi compromiso con la traición a mi blanquitud y el aspiracionismo burgués.

En el barrio aprendí que la desigualdad se puede analogar en una sopa de fideo. Los marxistas y personas de izquierda dicen que solo existen dos clases sociales: los de arriba y los de abajo, y que burgueses son «los que tienen los medios de producción». A esto le llamo fragilidad burguesa, que es la incapacidad de las clases sociales privilegiadas para reconocer sus privilegios de clase bajo un argumento teórico. Me suscribo al concepto de que los burgueses son de la clase media acomodada hacia arriba, entonces cuando digo burgueses no solo me refiero a los dueños de los medios de producción sino también a todas las personas de clase media acomodada y clase media alta.

Pero volvamos a la idea de la sopa. Me explico: la mamá de Ivone se iba los fines de semana a trabajar fuera de la ciudad y nos dejaba veinte pesos para comer. Ivone hacía la sopa de fideo con un consomate + pasta. Otra de mis amigas del barrio la hacía con jitomate y cebolla y pasta. Y la nana, porque quién cocina en tu casa también es político, de la única niña con la que hice amistad en el colegio la hacía con caldo de pollo y jitomate y cebolla y consomate y verduras. La desigualdad es multiforme porque las opresiones y el lugar que ocupas en el modelo económico también lo es y cómo y qué y quién prepara/s una sopa de fideo dice mucho de qué lugar ocupas en la matriz de opresiones. Esto pareciera una obviedad, sobre todo si viviste precariedad, pero hay gente que no lo entiende.

Gente que gana más de diez mil pesos al mes y dice que es empobrecida porque solo existen los ricos y los empobrecidos. Y que cuando se lo explicas con una sopa de fideo se sorprende, pero sigue negando sus privilegios. La comida es un derecho y los derechos no son privilegios, te dicen. Los derechos son derechos, eso nadie lo discute, pero para acceder a ellos se necesitan privilegios de clase y raza. El primer problema que tenemos para aceptar nuestros privilegios es que pensamos que el problema está en cómo nos beneficiamos y qué hacemos con ellos, pero rara vez reparamos en cómo nos benefician a nosotras de facto. El segundo problema es que cuando alguien nos señala un privilegio, por ejemplo, el de clase, en lugar de aceptar que tenemos un salario privilegiado nos tiramos al piso a llorar y decir: «Pero si yo no soy Carlos Slim». No. Así no funciona. los privilegios se analizan con respecto a ti y quienes están en desventaja y no sobre ti y tu drama de quién tiene más que tú. No. Anasofi, no eres Carlos Slim, pero ganas el triple que el ochenta por ciento de los mexicanos y en experiencias vitales, poder adquisitivo y socialización por clase social te pareces más a Carlos Slim que a la señora que vende semillas afuera del metro. Abortemos la fragilidad blanca, pero también la de clase acomodada.

No se trata de que pidas/pidamos perdón por ser blancas o ganar quince mil pesos al mes, pero tampoco de que banalicemos la discusión con un hombre de paja burlándonos de quienes nos señalan los privilegios. No se trata, tampoco, de que despolitizemos los análisis sobre la matriz de opresiones convirtiéndola en una olimpiada de opresiones. Se trata de que reconozcamos nuestros privilegios, los asumamos, entendamos cómo nos beneficiamos y cómo nos beneficia el sistema, y esto para que gestionemos ese privilegio de la forma más ética posible, pues no podemos gestionar éticamente algo que ni siquiera reconocemos que existe.

Mi amistad con Ivone se fue a la verga porque se casó a los trece años. Sí. En los zulos las morritas ven como método de emancipación juntarse con su jaino. En casa lavan la ropa

para toda la familia. Cocinan para toda la familia. Crían a sus hermanitos y sobrinos, así que les salen mejor las cuentas con formar su propia familia y atender solo a «su viejo». Entonces me quedé sola con Leticia. Leticia fue mi amiga dos años más y se casó a los quince. Y hoy es un ama de casa feliz y yo soy feliz de que ella sea feliz.

Si de Ivone aprendí que la desigualdad es una sopa de fideo, de Leticia aprendí que la «socialización femenina» es un asunto de niñas, no de morras. Leticia me dio la primera lección de socialización femenina no atravesada por la blanquitud: no te quedes con la rabia. Un día le conté que saliendo de la secundaria rodeaba varias cuadras para llegar a mi casa porque una morrita de la vecindad de la avenida me decía de cosas cada que pasaba y que a mí me daba miedo, que no sabía cómo reaccionar. ¡Eres bien culo, güera!, me dijo. ¡Si no le cantas un tiro, te va seguir chingando! La próxima vez que pases por ahí, avienta la mochila al piso, hazte un chongo y dile: ¡Véngase, perra!, y le pones sus putazos. Me quedé asombrada. Nada de amor y paz. Nada de: Tú eres fantástica, ignórala. No solo me dijo con toda la desfachatez del mundo que sacara mi rabia de forma violenta, sino que me amenazó: ¡Si me entero que rodeaste o que te dijo algo y no le respondiste te voy a romper tu madre para que se te quite lo pendeja! Luego me di cuenta que era una forma de socialización. Su mamá le decía lo mismo: Si te dejas humillar, te rompo tu madre. Sus tías se decían «perra» de cariño. Las niñas de mi colegio me decían «nena». Lety me decía culera. Las niñas de mi colegio se tapaban la boca para eructar. Lety y Laura y Lupita y yo competíamos a ver quién eructaba más fuerte. Las mamás de las niñas de mi colegio estaban hartas del marido y de ser amas de casa y las doñas que crían en los barrios trabajan en los tianguis y en las esquinas y en las fábricas y lavando la ropa de las mamás de las niñas de los colegios. ¿Te queda duda de que la feminidad de la hija educada del colono es producto de la colonialidad del ser y la blanquitud? Revisa el estereotipo de la mujer negra enojada.

Siendo este mi contexto de la infancia, pre y adolescente, el de las mujeres trabajadoras que siempre estuvieron en un espacio público trabajando. Mujeres que teorizan mientras abren la ropa de paca nueva. Mujeres libres que se meten a nadar con brasier y pantaletas. Mujeres que te rompen el hocico si les tiras una indirecta. Mujeres que dicen: ¡Chingas a tu puta madre y vete a la verga!, si las haces enojar. Y pinche perra, de cariño. No entendía de qué iba el feminismo. No entendía ese feminismo de las mujeres del cuarto propio, porque yo emergí de un zulo.

Genealogía de la rabia

Antes de hacer críticas muy puntuales al feminismo del cuarto propio o feminismo blanco o feminismo hegemónico o radical me interesa hacer un breve resumen sobre el feminismo™, para que tengamos el mismo marco conceptual y un piso teórico básico. Entonces empezaremos por definir: ¿qué es el feminismo? El feminismo «es la idea radical de que las mujeres somos personas». El feminismo es un conjunto de teorías, agendas, reivindicaciones y praxis que buscan la liberación/empoderamiento/emancipación de las mujeres.

Muchos hombres (y mujeres), sintiéndose muy críticos, preguntan: ¿y si el feminismo busca la equidad, por qué se llama feminismo y no igualitarismo? ¿Si quieren equidad, por qué no se llama humanismo? La respuesta pareciera obvia, pero para mucha gente no lo es: la emancipación de las mujeres no está concretada. En TODOS los contextos ser mujer es enfrentarte a violencia sexista, machismo, discriminación y opresiones cuando el sistema sexo/género se intercepta con la clase y la racialización. En México todos los días son asesinadas nueve mujeres, muchas de ellas menores de nueve años. Las mujeres víctimas de feminicidio son violadas y vejadas de una y mil maneras antes de morir asesinadas. Ocurre

una violación cada cinco segundos. El acoso sexual inicia en promedio a los siete años. El aborto en muchos contextos aún se castiga con cárcel. En algunos países las morritas que están menstruando son enviadas a las chozas de la menstruación y muchas mueren por picaduras de serpientes. Ablación de clítoris. Abortos selectivos cuando el feto es hembra. Matrimonios forzados de menores de doce años. Criaturas de diez años llevando a término embarazos producto de violaciones. Trans-feminicidios. Despojo de territorios a naciones indígenas. Esterilizaciones forzadas a mujeres racializadas y empobrecidas. El feminismo se llama feminismo porque busca equilibrar a favor de las mujeres una balanza que históricamente ha estado y aun está desequilibrada. Además, ¿iguales? ¿A quién? Si ni entre hombres son iguales.

Otra de las objeciones en contra del feminismo es que el feminismo de antes era el perrón: las feministas de antes luchaban por poder votar, por poder estudiar y las feministas de ahora luchan por dejarse crecer los pelos de las axilas y subir fotos de sus copas menstruales con sangre. Lo explicaré con peras y manzanas: el feminismo se compone de teoría, agenda, praxis y reivindicaciones. Luchar por conseguir el acceso al aborto legal forma parte de una agenda y visibilizar que la sangre menstrual no es impura ni sucia ni apestosa es una reivindicación. Y —¡sorpresa!—, no son mutuamente excluyentes. Para explicar las diferencias entre teoría, agenda, praxis y reivindicaciones usaré las Olas Feministas como ejemplo. No estoy de acuerdo con la organización de la genealogía feminista a través de Olas porque invisibiliza los aportes de las mujeres negras y de color, pero me parece una sistematización útil para ejemplificar estos conceptos.

¿Qué es una agenda feminista? La agenda feminista corresponde a los ¿qués?, y para explicarla usaré como ejemplo la Primera Ola del feminismo. Las feministas de la Primera Ola se enfocaron en señalar que las mujeres también son ciudadanas y por tanto sujetas de derechos. De la mano de estas afirmaciones viene la agenda. Una vez que demostraron

que las mujeres son ciudadanas y que, ergo, deben tener los mismos derechos que los varones, se especificó qué querían, qué pedían, qué necesitaban para emanciparse. La agenda en la Primera Ola era básicamente una: el voto femenino

La Primera Ola es la más usada por los detractores del feminismo para señalar que ESAS eran las feministas chingonas y rifadas. Las que pedían igualdad de derechos. A esas peticiones se les llama agenda: poder votar, poder divorciarnos, tener certeza jurídica dentro del matrimonio, tener derecho a la herencia y propiedad de la tierra, la justicia reproductiva, el respeto a la identidad de género, el matrimonio civil entre lesbianas, los espacios libres de acoso sexual, la abolición de la esclavitud, entre otras libertades elementales, se llama agenda feminista. Y por cada victoria en la lucha o por cada punto de la agenda tachado hay diez que todavía no se concretan. La agenda feminista hoy en día sigue enfocada a libertades y derechos humanos básicos.

Por contestar a quienes dicen que las feministas de antes eran las chidas y que las de ahora solo son unas histéricas gritonas que salen a marchar en pelotas: en México hay un chingo de mujeres que se la rifan para conseguir cambios específicos en situaciones urgentes. GIRE, que desde la vía legal busca garantizar derechos sexuales y reproductivos. Sabuesas Guerreras, que escarban con entrenamiento pericial en fosas clandestinas para buscar restos mortales de personas desaparecidas. Nuestras Hijas de Regreso a Casa, que luchan contra el feminicidio y acompañan a familias que buscan a sus hijas. Equis. Justicia Para Las Mujeres, que trabajan en mejorar el sistema judicial y que hacen trabajo de incidencia dentro de las prisiones. Hay mujeres ahora mismo luchando contra las esterilizaciones forzadas en Chiapas. Contra el despojo de tierras sagradas. Contra la violencia policial en los barrios. Hay morras ayudando a otras a abortar al margen de la ley. Hay morras peleando custodias y pensiones. Dando clases de autodefensa en las secundarias de la periferia. Las feministas de esta época no son tan distintas a las de otras épocas, la diferencia

es que mientras luchamos de formas concretísimas por conseguir la liberación de la mujer, nos tomamos fotos de las axilas peludas como parte de una reivindicación.

La genealogía tradicional (hegemónica) de la teorización de la diferenciación sexual y la problematización de las desigualdades entre hombres y mujeres nombrada como feminismo se inaugura con la publicación de la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*, de Olympe de Gouges, y *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft. A la publicación de estos dos textos, junto con el movimiento sufragista, se le conoce como Primera Ola. Pero si hablamos de feminismo como posicionamiento político entonces tenemos que decir que inicia con la Ilustración. Sin embargo, antes de que las luchas por la emancipación de las mujeres se nombraran como feminismo hay muchos ejemplos de insurgencia, rebeldía y praxis que problematizaron la opresión de las mujeres, lucharon por emanciparlas y que se escaparan de los roles tradicionales. La lucha por la emancipación de las mujeres no inició con las blancas y europeas. Antes de que a toda rebeldía y emancipación y búsqueda de liberación se le nombrara feminismo había mujeres rebeldes luchando contra todas las formas de opresión. Estaban las brujas, las chamanas y las negras armando quilombos. Rosa Parks y su poderoso ¡NO! La lucha contra la jerarquización social precede al feminismo.

Durante la Primera Ola aparecen las primeras diferencias entre las mujeres de clase media y alta y las obreras y las racializadas. Las primeras querían el derecho al voto, las segundas derechos laborales e igualdad de salarios, y las terceras la abolición de la esclavitud. Sojourner Truth, feminista negra poco mencionada en las genealogías tradicionales del feminismo, pronunció en una convención de mujeres un discurso llamado «¿No soy yo una mujer?», para dejar claras las diferencias entre las blancas y las otras. A estas diferencias las llamaré a lo largo de este texto como diferencias entre feministas del cuarto propio y de los zulos.

Agenda - ¿Qué derechos, libertades, abolicionesoemancipacio nes nos faltan por concretar?

La agenda responde a la pregunta: ¿qué?

La Segunda Ola del feminismo inicia en los años sesenta y es el boom de la teoría feminista. En esta época se escribieron los «grandes clásicos del feminismo». La teoría es que, por medio de ejercicios intelectuales, de investigación, observación y reflexión podamos problematizar, cuestionar y buscar explicaciones y consecuencias del trato diferenciado y jerarquizado, de las diferencias entre mujeres y sus diferentes contextos, experiencias vitales e intersecciones de clase y raza.

La Primera Ola se enfocó en las desigualdades legales y la Segunda Ola en las desigualdades estructurales y en buscar los porqués. Se problematizó el matrimonio como institución de opresión. La familia como instrumento de esclavitud. La maternidad como construcción cultural. Se habla por primera vez del derecho al aborto. Del control de la natalidad. De la mujer como objeto de consumo. De la industria del porno como propaganda de odio contra las mujeres. El segundo sexo. Nuestra sangre. La mística de la feminidad. La dialéctica del sexo. Política sexual. Los aportes teóricos son muchos: el problema que no tiene nombre y es ese aburrimiento de las esposas que tienen todo, pero son infelices, porque ninguna mujer tiene un orgasmo mientras lava la ropa. Andrea Dworkin pidiendo una tregua de veinticuatro horas sin violaciones sexuales. Analizar cómo a lo largo de la historia la fuerza de trabajo de las mujeres ha sido usada de forma gratuita en nombre del amor. El amor es el opio de las mujeres. Se traslada el materialismo histórico y la dialéctica marxista al feminismo: para que exista un oprimido se necesita un opresor. Las mujeres son una clase sexual oprimida por una clase opresora: los varones. Se analizan los orígenes del patriarcado. Se dice que surgió cuando se reemplazó el arado por el azadón. Se dice que no, que fue cuando los varones descubrieron el papel del macho en la procreación. Se

dice que no, que fue cuando el alfabeto desplazó a la diosa porque se empezaron a valorar más las actividades realizadas con la parte izquierda del cerebro. Se dice que no, que fue cuando Prometeo les enseñó el truco del fuego a los varones.

En la Segunda Ola surgen las dos grandes ramas del feminismo: de la igualdad y de la diferencia. El de la igualdad dice que las mujeres y los hombres somos iguales y que lo que nos hace «diferentes» es la crianza diferenciada. Señala también que las mujeres somos capaces de hacer cualquier cosa que hagan los varones y que la meta es que niñas y niños sean criados con las mismas permisiones y los mismos límites. Y el de la diferencia, por su parte, sostiene que las hembras humanas y los machos humanos claramente no somos iguales y que el problema no es la diferencia sino la lectura que se la da a esa diferencia y que entonces la solución no está en parecernos a ellos sino en reivindicar lo femenino y dejar de usar la diferencia sexual como excusa para la jerarquización. La Segunda Ola es ilustrativa de la teoría feminista.

Teoría: Problematizar, buscar cómo, cuándo, por qué y qué es.

Agenda: identificar un problema y proponer una solución.

Si bien el feminismo de la Primera Ola ejemplificó las bases de lo que es una agenda feminista (muy sesgada, por cierto), y la Segunda Ola de la teoría, la Tercera es la de las reivindicaciones. Aunque sí hay grandes aportes teóricos como la teoría queer, con exponentes extraordinarias como Butler y Preciado y Diana Pornoterrorista y Despentes e Itziar Ziga. Y todas llegan a la conclusión de que las reivindicaciones de todo aquello que se considera abyecto son importantes. Surge la poderosa reapropiación del insulto. Es importante hablar de orientación sexual como una identidad, porque «puto» es la última palabra que escuchan decenas de maricones antes de ser asesinados. Es importante dibujar vulvas en todos los espacios porque la vulva ha sido el sexo invisible durante siglos. Se tiene que

hablar de menstruación porque hay jóvenes que son excluidas de sus comunidades mientras están sangrando. Se necesita hablar de cuerpos múltiples porque por años hemos visto modelos hegemónicos de belleza que han hecho estragos en nuestra autoimagen. Se necesita hablar de que las gordas son bellas porque cada año miles de mujeres mueren por trastornos alimenticios. Pero desde luego que, si eres un hombre blanco, heterosexual, clase media/alta, guapo y no perteneces a la diversidad funcional, los movimientos identitarios deben parecerte una estupidez porque tú perteneces a una hegemonía y eres la norma y la medida. Aplica también para las mujeres. Sobre todo, para las feministas blancas y de clase media y guapas, que dicen que no existen varios feminismos, sino un feminismo: el feminismo que lucha contra la opresión. Así, en singular, como si existiera una sola opresión. Esas feministas del cuarto propio afirman que el feminismo negro no es necesario porque dividirnos entre negras y blancas nos separa. Sí, las personas que dicen que los movimientos identitarios no son importantes son las mismas que dicen: No veo negros ni blancos ni jotos ni lesbianas ni hombres ni mujeres: veo personas. Dan ganas de decirles: Chingas a tu macho padre. Pero es mejor citar a Michelle Haimoff: «Las mujeres negras se despiertan por la mañana, se miran en el espejo y ven mujeres negras. Las mujeres blancas se despiertan por la mañana, se miran en el espejo y ven a las mujeres. Los hombres blancos se miran en el espejo y ven a la humanidad».

En la Tercera Ola surgen los movimientos de cuerpos múltiples y los movimientos identitarios LGBTTTI. Ser lesbiana no solo es una orientación sexual, es un lugar de resistencia y un posicionamiento político. Estos movimientos señalan la importancia de nombrarse desde la otredad: desde la poderosa reapropiación del insulto. Es la lucha de las maricas y las trans y las machorras y las putas y las deformes y las negras y las gordas por su derecho a existir desde la diferencia, sin que esa diferencia se traduzca en discriminación. En la Tercera Ola se habla de orgasmos porque solo una de cada diez mujeres

heterosexuales tiene una vida sexual plena. Se habla de pelos en las axilas porque por siglos hombres peludos nos han hecho sentir sucias por ser seres humanos y tener vello y estrías y celulitis. Pero sucede que lo que es reivindicable para una puede no serlo para otra. Para muchas feministas blancas desnudarse en las marchas es una rebelión potente contra la mojigatería bajo la que fueron criadas. Sin embargo, para las feministas negras la desnudez no es, siempre, una reivindicación ni un acto de rebeldía porque, como señala la teórica negra Yuderkys Espinosa, las negras siempre han estado desnudas tanto como objetos de estudio en museos y zoológicos humanos como en el imaginario racimachista que las exotiza. Para las mujeres negras el cabello afro es reivindicable y los turbantes y las trenzas y el color de su piel y sus cuerpos grandes y poderosos. Todo lo asociado a la racialidad y todo eso por lo que han sido bestializadas y discriminadas y violentadas. Las mujeres musulmanas, sobre todo las que viven en Occidente, reivindican el uso del burka y el hiyab. Para ellas no solo es religión, es cultura y es identidad y es resistencia porque son acosadas y violentadas de formas terribles por llevarlo. Para otras mujeres la reivindicación está en sus ojos rasgados. Para otras en las estrías o en la desnudez de sus cuerpos no perfectos. Lo que se reivindica es ahí donde fuiste herida, donde fuiste insultada. Eso que usan para decirte sucia y mala y loca y puta y negra y machorra y marica y no merecedora de derechos. Ese lugar abyecto es tu lugar de reivindicación. Subir fotos de sangre menstrual y dibujar vulvas y subir fotos de nuestras estrías y vello corporal tiene como objetivo visibilizar y normalizar y quitar el estigma.

Las feministas del cuarto propio siempre quieren ir más allá en sus críticas bajo la premisa de que ellas van a la raíz. Entonces critican a las pobrecitas moras por defender el hiyab porque, ¿cómo puedes defender un símbolo de opresión? Critican a las negras por mover «el culo de forma tan sucia ¡cómo se atreven a bailar reggaetón de esa forma! ¿Por qué se hipersexualizan?». Me parece muy curioso que las veces que

otras feministas me han preguntado qué opino de las mujeres que se hipersexualizan sus ejemplos han sido mujeres negras. Mujeres a las que someten al escarnio por vivir una sexualidad distinta a la blanca conservadora. Las mujeres negras y de color se saben sexualmente poderosas y desde tiempos ancestrales han usado la danza para conectarse con las energías de sus ancestros y encontrar poder y resistencia que habitan dentro de ellas. No bailan sucio, tú las estás midiendo con tus parámetros morales.

Esas feministas que van a la raíz y critican a las gordas por subir *nudes* «porque cómo suben fotos de sus culos gordos, qué les pasa, eso no es feminismo». Nada que le pare la verga a un hombre es feminismo, dicen. Señalan que los movimientos de los cuerpos múltiples le siguen el juego al capitalismo de usar a los cuerpos como objetos de consumo y que lo que se tiene que abolir es la obligación de ser bella y no ampliar el concepto de belleza. ¿Ah, sí? ¿Y cómo se abole la obligación de belleza? Porque para mí mientras haya mujeres que al mirarse en el espejo lo quieran romper porque se sienten feas la solución no está en decirle: «Lo bello no existe», sino: «Existen muchas formas de ser bella». Es más práctico. Por eso la representación es importante. Que las niñas vean en revistas y series de televisión mujeres gordas y negras y «feas» y que no encajan dentro de los parámetros de belleza y que triunfan y son poderosas y hacen cosas grandes les envía un mensaje de poder. Decir: «Hay que abolir la obligación de ser bella» es una frase retórica, y ya. A las críticas, a las reivindicaciones de otras que están atravesadas por el racismo o clasismo se les conoce como *purplewashing*. El *purplewashing* es cuando se usa al feminismo como excusa para reproducir otros sistemas de opresión. El *purplewashing* es decir: «Negra tonta, deja de perrear tan sucio que nos dañas a todas». Puedes seguir haciéndolo. Pero no digas que eso es ser crítica o feminista, tan solo estás siendo básica, racista y clasista.

Reivindicación: quitarle el estigma a lo que se considera abyecto o lo otro.

Finalmente llegamos a la praxis. La praxis feminista es acción. La praxis es fácilmente confundida con la amistad: abrazar a tu amiga no es una praxis feminista, es una manifestación de cariño. Praxis es acompañar abortos, tapizar la ciudad con carteles de mujeres desaparecidas, denunciar el racismo y hacer de tu espacio un espacio antirracista. Praxis es tallerear con mujeres en contacto con el sistema penitenciario, dar asesoría jurídica a mujeres en situación de violencia o divorcio, poner un comedor comunitario para la comunidad LGBTTTI: praxis es donar preservativos y lubricantes a trabajadoras sexuales organizadas, praxis es respetar los pronombres de las personas trans y no binarias. Praxis es poner el cuerpo. Las marchas no son una praxis, son una estrategia.

****

En esta breve historia del feminismo podemos notar que la genealogía dividida en Olas visibiliza solo el feminismo del cuarto propio: el de las mujeres blancas y con privilegios. Esta división deja fuera a las negras y de color. Ellas siempre estuvieron presentes. Durante la Segunda Ola del feminismo se publicaron grandes obras de Angela Davis y bell hooks y Audre Lorde y antologías de feminismo negro y chicano y tercermundista. Pero no aparecen en las cronologías porque la narrativa está dominada por el feminismo de los cuartos propios e invisibiliza a las que emergen de los zulos. La invisibilización también es racismo.

Desde mi apuesta epistemológica dividiría el feminismo en dos grandes grupos: el feminismo que señala que nos unamos todas en torno a la opresión de tener vulva. A esto lo llamo

feminismo blanco o feminismo de los cuartos propios. Y el feminismo que teoriza y genera agendas y alianzas a partir del concepto de matriz de opresión, este es el feminismo de los zulos.

Feminismo radical: la mayonesa del feminismo

La primera vez que escuché la palabra feminismo como movimiento que busca emancipar a las mujeres fue la primera vez que googleé la palabra aborto. Estaba pasando por un embarazo no deseado y quería saber cuáles eran mis opciones. En el feminismo encontré las opciones y la información y el acompañamiento. Entonces quise saber quiénes eran esas mujeres que del otro lado del mar me decían «todo va estar bien» mientras yo abortaba al margen de la ley del Estado y de la Iglesia. Busqué en la biblioteca y en internet la bibliografía básica recomendada. Leí *El segundo sexo* y me pareció un análisis extraordinario. Mis problemas llegaron con *La mística de la feminidad*, *La dialéctica del sexo* y *Política sexual*. Entendía el análisis sobre el origen de la opresión de las mujeres y entendía las problemáticas que planteaban, pero no lograba empatizar con esas problemáticas porque yo venía de otro contexto: el de los zulos.

En mi contexto no había esa dicotomía entre lo público y lo privado porque las mujeres que me rodeaban siempre habían estado en la calle y en el campo y en casas de otras mujeres trabajando. Tampoco entendía ese harnazgo por el marido porque a mi alrededor había pocas mujeres casadas y las que lo estaban enfrentaban problemas mucho más graves que el tedio: la violencia feminicida. No sabía por qué pedían regresar a trabajar si todas mis ancestras, incluidas las de épocas anteriores a los años sesenta, habían trabajado tanto en el espacio privado —la familia— como en el espacio público —sembrando en el campo—. Leía sobre una feminidad construida a partir de la fragilidad y el decoro sexual y recordaba a las tías de Lety

metiéndose a la alberca en calzones y chichero sin importar que una vez mojados por el agua dejaran ver sus pezones y vello púbico. ¿Fragilidad y debilidad? Pero si mi mamá cargaba en la cabeza hasta veinte litros de agua desde el río hasta su casa y mis amigas armaban solitas armazones de tianguis de varios kilos. Me sentía como se sienten las personas del sur global cuando leen los problemas de la gente euroblanca de clase alta. No le entendí al feminismo. No en ese momento. Ese feminismo no reflejaba ni la feminidad ni las necesidades de las mujeres como mis hermanas y amigas, ni mis necesidades. El feminismo de los cuartos propios ni me estaba explicando la vida ni me estaba resolviendo nada.

Esto no es casual. La gran mayoría de las teóricas que están legitimadas en la academia y que son difundidas como las creadoras de las bases de la teoría feminista son blancas y de clase alta, feministas del cuarto propio. Las feministas del cuarto propio son feministas blancas (o con el pasar por blanca o mestizas o blanqueadas) y de clase media/alta que disponen de tiempo y empleadas y dinero suficiente para acumular capital cultural y privilegios epistémicos y desde ahí teorizar. Teorizar desde los privilegios genera aportes interesantes, sobre todo si se apuesta por teorizar para la liberación, pero se corre el riesgo de generar análisis a partir del privilegio, porque todo lo vemos desde el privilegio y el contexto. Entonces, si tu contexto es ser una mujer de clase alta y blanca y con estudios universitarios que jamás ha vivido racismo y que jamás ha camellado durísimo por un plato en la mesa, es natural que tus preocupaciones sean el aburrimiento y el acceso a puestos de mando y el derecho al voto y el número de escritoras que son publicadas cada año. Pero en los zulos hay mujeres cuya necesidad vital es un plato de comida y un mejor salario y tiempo para criar a sus hijos y protegerlos del racismo de la policía.

Entonces diremos que el feminismo blanco es teóricamente importante, pero carece de muchas perspectivas y formula agendas que solo benefician a las que más tienen y no a

las que menos tenemos. ¿Quién barre los trozos de cristal de los techos que rompen las mujeres blancas?

Soy una resentida social pero no odio los aportes del feminismo blanco o del cuarto propio o radical, aunque sí considero a muchas feministas que le dieron forma como mi antítesis. Pero agradezco sus aportes porque muchas de ellas sentaron las bases de teorizaciones que fueron vitales para debatir a la hora de luchar por nuestros derechos, sobre todo la poderosa premisa: lo personal es político. Pero es importante visibilizar que todos los conceptos que damos por hecho como patriarcado y las consignas que repetimos como «únete en torno a la misma opresión», o los libros que consideramos vitales, como *La mujer eunuco*, están en donde están por la visibilidad de facto que tienen las mujeres que los escribieron, visibilidad que forma parte del privilegio de estar en partes altas de la jerarquización social. Y, desde luego, que no conozcamos conceptos como matriz de opresiones y sistema sexo/género, o libros como *Esta puente, mi espalda* tiene que ver con lo que en los estudios decoloniales se conoce como colonialidad del saber y que no es otra cosa que los conocimientos que son generados por las personas blancas que habitan el primer mundo son los conocimientos que se convierten en hegemonías epistémicas. Mientras que los conocimientos que surgen del sur global o son pensados por personas de color no son tomados en serio. Las blancas del cuarto propio escriben teorías que son internacionalismos y las negras escriben para dividir al movimiento, dicen.

Cuando estudié filosofía los padres de las epistemologías y las hermenéuticas y las ontologías y los aparatos críticos me decían: piensa y luego existes. Pero encontré a mis gurús de colores y me dijeron: siente y sé libre.

****

En la Segunda Ola nace la rama más «crítica» del feminismo: el feminismo radical. Por feminismo radical muchos entienden a esas feministas que rayan paredes y que salen desnudas a protestar por los crímenes de odio contra las mujeres. Les dicen radicales a esas que abiertamente dicen que si odian a los hombres y citan a Valerie Solanas. Eso no es el feminismo radical, esas son posturas y praxis individuales. El feminismo radical es una corriente teórica que afirma que existen dos clases, la oprimida y la opresora, y el género es la herramienta de opresión. El feminismo radical es heredero del marxismo y la dialéctica y el materialismo histórico, entonces señala que las mujeres son/somos una clase sexual oprimida. Lo que nos convierte en una «clase» es que compartimos una supuesta capacidad reproductiva y características sexuales específicas, es decir una materialidad. Entonces para el feminismo radical la base de la opresión es el sexo. Y la herramienta de opresión es el género. Y postula que para concretar la liberación de las mujeres hay que abolir el género.

Estudié filosofía y por lo tanto la estructura de los argumentos es muy importante para mí y, desde que escuché la frase «la base material de la opresión es el sexo», me pareció problemática como premisa. Esa redacción afirma —sin querer— que la opresión sí tiene justificación y esa justificación es la diferencia sexual. La premisa está mal redactada y si razonamos mal, conceptualizamos mal, y, como dice Celia Amorós: si conceptualizamos mal, politizamos mal. El problema no son los genitales, ni la supuesta capacidad reproductiva ni la vulva. El problema es la interpretación de otredad que se da a la diferencia biológica. La opresión de la mujer no tiene bases ni justificación, tiene una estructura: la jerarquización. El problema es la jerarquización, no el dato biológico. No es la materialidad, es la interpretación de esa materialidad. La opresión no tiene base material, tiene estructura ideológica. Y no existe una sola jerarquización, existen varias e interactúan entre sí.

Cuando he planteado que la premisa «la base de la opresión es el sexo» es una falacia (o varias) me preguntan: ¿cómo

deciden a quién cortarle el clítoris? ¿Cómo decidir a quién matar en la selección de fetos por sexo? Desde luego, para decidir a quién violar los violadores de mujeres seleccionan a su víctima por la inmediatez: el sexo (o lectura sexualizada inmediata). Pero no es el sexo lo que mata o justifica, es la interpretación que se le da a ese dato biológico y es la jerarquización y la infravaloración. Hay una diferencia semántica y simbólica y lógica enorme en decir: «la base de la opresión es el sexo», a decir, «la opresión no tiene bases ni justificaciones». La opresión se articula en la jerarquización que se hace a partir de interpretaciones machistas/racistas/clasistas de datos biológicos. Nuevamente: si razonamos mal, politizamos mal. ¿Cómo tomar por plausible una apuesta teórica que esta basada en una premisa falsa o «mal redactada»? ¿Por qué damos por hecho estos aportes teóricos si desde su sintaxis son sumamente problemáticos? Porque los hicieron feministas del cuarto propio que por la colonialidad del saber están legitimadas per se, aunque digan pendejadas.

Las feministas radicales buscan, en teoría, abolir todo lo que signifique explotación para las mujeres: el matrimonio y la pornografía y la prostitución y la maternidad. Pero tienen sesgos cognitivos y teóricos y éticos muy cabrones y se enfocan específicamente en aquellos tópicos que les causan incomodidad, como el trabajo sexual. En todas las relaciones que impliquen el intercambio de la fuerza de trabajo por dinero o capital cultural o político, habrá cierto grado de injusticia, inequidad o explotación. Pero si en el trabajo sexual ves explotación y no la ves en limpiar baños llenos de mierda y sangre menstrual y quieres abolir la primera, pero la segunda te da básicamente igual, no solo tienes que revisar tus valores éticos, sino también tu capacidad de argumentación, porque se necesita ser muy torpe intelectual y éticamente para creer que hay explotaciones patriarcales y otras llenas de poesía. Pudiera parecer

inocente o incluso éticamente correcto buscar la abolición de la prostitución. Pero a qué decides apostarle toda tu energía y qué denuncias y qué quieres abolir y qué pides y cuál es tu agenda habla sobre si eres una feminista del cuarto propio o de los zulos.

El feminismo radical quiere abolir todo lo que signifi que explotación, *pero ven como la violencia primera al género*. Entienden género como el conjunto de roles y características y cualidades e imposiciones y limitaciones impuestas con violencia a la clase sexual de las mujeres. Consideran que la feminidad es una herramienta que usaron los varones para domesticarnos. La feminidad es un fetichismo y una fantasía de los varones impuesta a las mujeres, afirman. Entonces hay que dinamitar la feminidad y el género. Por abolir el género entienden que no existan cosas de mujeres y de hombres, sino que cada quien haga lo que le cante el culo. Que los hombres puedan maquillarse y las mujeres raparse. Que las mujeres puedan ser matemáticas y los hombres cocineros. Estos aportes son importantes porque definieron por primera vez qué es el patriarcado y qué es el género y a las mujeres como una clase sexual. Pero no son incuestionables ni representan las tablas de ley de la liberación femenina, ni mucho menos son dogmas porque de hecho son muy problemáticas y miopes. Por ejemplo: al patriarcado lo definen como una mega-estructura de sistemas culturales y simbólicos y económicos y políticos que favorecen a los hombres por encima de las mujeres. La idea de las mujeres como clase sostiene que las mujeres son una clase sexual que es oprimida a partir del sexo y que la clase opresora es la de los varones y que el género es el mecanismo de opresión. Sin embargo, las feministas negras y de color desde los años setenta han criticado el concepto de patriarcado y género e incluso opresión. Han hablado fuerte en libros como *Escucha mujer blanca*. Sin embargo, parece que no las hemos estado escuchando, porque todas seguimos diciendo tonterías como que todas las mujeres estamos oprimidas.

Las feministas del cuarto propio, al ver la jerarquización sexual como la máxima opresión, ocupan todo su tiempo en eliminar aquello que desde su perspectiva esté atravesado por esta opresión, por ello se enfocan únicamente en tópicos que tienen que ver con la vulva. La teoría radical les explicó que la dialéctica de la opresión es sobre todo sexual. En cambio, las mujeres de los zulos están luchando contra el racismo y el clasismo porque la experiencia orgánica les ha enseñado que la jerarquización sexual está conectada con la jerarquización racial y la social.

> *Si teorizamos mal, proponemos agendas sesgadas que no representan las necesidades de todas las mujeres.*

Las feministas de los zulos han problematizado todas las teorizaciones del feminismo radical. Han criticado, por ejemplo, que el feminismo blanco ha usado la figura del patriarcado como LA macro-estructura. El problema del término patriarcado consiste en que es limitado para denunciar las violencias estructurales que viven las mujeres, porque la opresión no es una, sexo/género, sino varias, y no está construida siempre y únicamente en la jerarquización sexual, y NO todas las mujeres están oprimidas. El concepto de patriarcado coloca a la opresión por jerarquización sexual como EL sistema, y no, así no funciona. Y así no funciona porque los sistemas de dominación son más complejos que una jerarquización sexual. El concepto de patriarcado deja fuera las opresiones de clase y raza que están conectadas con las opresiones de género/sexo. El concepto de patriarcado es inexacto porque, si nos ponemos estrictas, la opresión exclusiva de género/sexo no existe sin las interacciones de clase y raza, porque muchas libertades restringidas a las mujeres pueden ser compradas. ¿Cuáles? El aborto, por ejemplo. No. El patriarcado no es un monstruo enorme que, sentado en una mesa de madera, brinda: salud por la opresión de la mujer. El patriarcado tampoco es un kraken cuyos

tentáculos son la clase y la raza y la orientación sexual. Estas analogías usadas por el feminismo radical dejan claro que si jerarquizan las opresiones y que para ellas la opresión máxima o el monstruo son las relaciones dicotómicas entre sexos, y las que se articulan a partir de la clase y la raza son accidentes.

Para solucionar la miopía teórica del término patriarcado las feministas marrones propusieron conceptos como matriz de opresiones y relaciones patriarcales. El término relaciones patriarcales es más exacto porque coloca a la jerarquización entre sexos como uno de varios sistemas de opresión, pero no el único ni el más importante. Las relaciones patriarcales se articulan con otras de jerarquizaciones sociales porque la clase y la raza y la orientación sexual y la identidad de género y la diversidad funcional no se tratan de simples variables o complementos sino de jerarquizaciones violentas, y aunque no existe una olimpiada de opresiones sino que todas interactúan entre sí en lo que se conoce como la intersección de opresiones, definitivamente no es lo mismo ser blanca de clase alta que indígena en la sierra de Guerrero, ni hombre blanco y burgués a afrodescendiente empobrecido. Y es importante señalar estas diferencias, porque no todas las mujeres somos oprimidas, algunas vivimos discriminación y violencia de género, pero no somos oprimidas.

Teniendo en cuenta que son pocas las opresiones que obedecen solo al «género» y que hablar de patriarcado es miope e inexacto, es claro que no es ni simbólica ni semánticamente lo mismo hablar de patriarcado como LA macro estructura a hablar de relaciones patriarcales que pueden operar de forma paralela con otras relaciones de jerarquización sin que ninguna sea LA opresión. Es claro que el concepto de matriz de opresión es más amplio y plausible que patriarcado. Sin embargo, que jamás hayamos cuestionado el concepto de patriarcado y que no conozcamos conceptos tan pulcros teóricamente como matriz de opresiones o sistema sexo/género, también tiene que ver con la supremacía blanca.

Si teorizamos desde la razón blanca, proponemos soluciones desde la perspectiva de las que más tienen y dejamos fuera a las que menos tenemos.

Hago aquí un paréntesis. La matriz de opresiones y las relaciones patriarcales y la intersección de opresiones son conceptos feministas que buscan hablar sobre LAS MUJERES y sus diferencias vitales, y sobre varones racializados y no para que los hombres blancos se tiren al piso a llorar y decir: nosotros también sufrimos. Está claro que los hombres también sufren, sobre todo si están en los lugares menos privilegiados de la matriz de opresiones. Y analizar que no es lo mismo un varón blanco y heterosexual y burgués que uno empobrecido y racializado y que hay que cuidar no reproducir sistemas de opresión a la hora de buscar soluciones contra la jerarquización sexual, es vital. Pero estas teorizaciones no son para que hombres blancos que siempre han sido la medida en los órdenes jerárquicos se tiren al piso a llorar o desacrediten las demandas feministas: agarren el pedo, señores.

Las mujeres blancas que han monopolizado el discurso feminista señalan que el género es la violencia primera: una imposición sobre el cuerpo de las mujeres, del cómo deber ser. No obstante, en ese concepto solo toman en cuenta su experiencia y a partir de ahí definen qué es una mujer y qué es opresión y qué es feminidad, esto no solo desde presuntos «parámetros patriarcales», sino de su propia experiencia. Por ejemplo, cuando hablan de que una imposición de género es tener una sexualidad reprimida, su medida es la sexualidad de las mujeres blancas. No todas las mujeres son educadas de la misma forma en términos sexuales.

Te propongo un ejercicio: piensa en cualidades típicamente femeninas o que han estado asociadas a la mujer o que vienen en el diccionario cuando buscas feminidad o mujer. Las palabras seguramente serán dulces y frágiles y tiernas y maternales. Esos estereotipos están construidos a partir de la experiencia de las mujeres blancas. Por ello la teórica María

Lugones señala que la «mujer», es decir, ese concepto ontológico y epistemológico e identitario y simbólico, es blanco. La mujer es blanca. La fragilidad y la sexualidad reprimida y estar confinada al espacio privado y la bondad son experiencias blancas. Las mujeres marrones tienen socializaciones distintas y tienen sexualidades diversas y feminidades varias. María Lugones hace la diferencia entre mujeres y hembras, siguiendo la tradición de Sojourner Truth. Las mujeres son blancas, las negras y de color son hembras y han sido bestializadas igual que sus compañeros racializados, y al no ser consideradas mujeres por no ser frágiles y por ser poderosamente sexuales y por ser rabiosas no han sido consideradas en los mapeos de qué es ser una mujer ni en la construcción de agendas liberadoras.

El problema de la teorización radical sobre el género no solo es que se enfoca en la experiencia de las mujeres blancas, sino que toda su lectura se construye a partir de la dicotomía y no es así. Hay mujeres indígenas que afirman que no existe una feminidad sino varias y que no todas son opresivas, algunas están llenas de emancipación porque parten de reencontrarse con la ancestralidad. Mientras que para muchas radicales tener el cabello largo es símbolo de opresión para las mujeres racializadas es recuperar su historia y es empoderamiento y es reivindicación, sobre todo cuando ese cabello ha sido usado para degradarlas. Hay feministas racializadas que hablan de dos clases de relaciones patriarcales: a las que están articuladas a partir de la dicotomía las nombran como relaciones de alta intensidad, y las de baja intensidad son aquellas en las que no existía/existe una dicotomía sexual sino una dualidad, y aunque las tareas comunitarias sí estaban divididas por sexo no eran antagónicas ni estaban jerarquizadas, pues por ejemplo la maternidad y la recolección y la crianza eran igualmente valoradas que la caza y la guerra. Con los procesos de colonización ocurrió lo que la feminista indígena Julieta Paredes define como entronque de relaciones patriarcales, que es cuando la jerarquización sexual se impuso sobre la dualidad sexual. Y mediante

procesos de colonización se consolidó la infravaloración de la maternidad y los cuidados. Entonces, abolir el género les resulta inviable porque terminaríamos pareciéndonos más a los que más tienen que a las que menos tenemos, y entonces la abolición del género sería una continuidad de procesos de colonización. Las feministas de color apuestan por restaurar la dualidad y que la fertilidad y los cuidados y la ternura y el poderío sexual y el cabello largo/afro sean re-significados y dignificados.

> *Si teorizamos desde el eurocentrismo, proponemos agendas racistas.*

El feminismo radical afirma que el feminismo es un internacionalismo y que lo que nos une a todas es que somos mujeres. Y que entonces no existen varios feminismos sino uno, el que busca liberar a las mujeres de la opresión. Opresión en singular. Y que no es necesario un feminismo blanco o indígena. Verga. Para este tipo de planteamientos no tengo argumentos. Realmente me dan ganas de tirar putazos, porque si algo no soporto es la mezquindad. Pero afortunadamente Audre Lorde sí los tiene: «Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres negras no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus objetivos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnos fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia particular».

El feminismo radical durante los años sesenta popularizó la consigna «organízate en torno a tu opresión», llamando a las mujeres a organizarse en el feminismo. bell hooks fue una de las primeras en problematizar esta consigna. Esta autora aplaude el llamado a la empatía, pero planteó unas cuantas

preguntas: ¿qué es lo que oprime a las mujeres? ¿Existe una sola opresión? ¿Cuál es? ¿Es la opresión por jerarquía sexual la más violenta de todas? ¿Qué es realmente estar oprimida? Y fue enfática en señalar que este posicionamiento político es la excusa que muchas mujeres privilegiadas necesitaban para ignorar los privilegios que les dan la clase y la raza. Bajo esta consigna niegan que tengan privilegios. Incluso hoy en día hay feministas radicales que afirman que las mujeres no tenemos privilegios en el patriarcado. Quizás como mujeres, no, pero como blancas y de clase media/alta desde luego que sí. Las feministas radicales usan la premisa de que todas las mujeres estamos oprimidas para sostener que el sufrimiento no puede ser medido y que las mujeres no tenemos ningún privilegio. Sin embargo, como lo han mencionado feministas de color a lo largo de la historia, una mujer puede vivir discriminación sexista y al mismo tiempo ser una racista de mierda que explote a la trabajadora del hogar. Vivir sexismo y ser al mismo tiempo opresora no es un oximoron. Ser blanca y decir que eres oprimida solo por ser mujer, sí. No puedes pertenecer a un grupo históricamente privilegiado y decir que eres oprimida. Hay que tener tantita madre. Para ser oprimida tienes que estar atravesada por al menos dos sistemas de opresión y no pertenecer a ningún grupo históricamente privilegiado. Es matemático. Es como una ecuación. Si eres blanca y mujer y de clase media, vives discriminación y sexismo. Si eres negra y empobrecida, vives opresión. Si eres mujer y empobrecida, vives opresión.

> *Si teorizamos desde el privilegio, proponemos soluciones que reproducen sistemas de opresión.*

Quizás las mujeres compartimos experiencias de discriminación sexista y de violencia misógina y de situaciones machistas, pero las diferencias de clase y raza nos separan en experiencias vitales. Es claro que sí existen mujeres privilegiadas y no es tan difícil darse cuenta: los privilegios no se tratan de cómo

te beneficias del sistema sino de cómo el sistema te benefi-cia a ti. bell hooks va más allá, desmenuzando la jerarquía sexual, y afirma que el sexismo nunca ha determinado de forma total la vida de todas las mujeres. Dice: estar oprimida es carecer de opciones, y en este mundo muchas mujeres pueden elegir —por imperfectas que sean sus elecciones— y acceder a derechos que otras no y comprar libertades. Entonces, si una mujer puede tomar decisiones y acceder a derechos y comprar libertades su experiencia se llama discriminación o explotación o violencia sexista, no opresión. bell hooks lo dice con una honestidad brutal: ella como negra, pertenece a un grupo oprimido (raza) y vive discriminación sexista. Su opresión no está en las relaciones patriarcales sino en la historia de esclavitud de su raza. Si tú eres una mujer blanca/mestiza, con el pasar por blanca y de clase media o alta no estás oprimida porque puedes elegir, porque puedes tomar decisiones, porque tienes acceso a muchos derechos. Tu experiencia se llama discriminación sexista o violencia machista. Hay que ser honestas con nosotras mismas.

> *Si teorizamos desde las lágrimas blancas, invisibilizamos sistemas de opresión.*

El feminismo del cuarto propio ve en la maternidad un atraso o una esclavitud. Y llama a las mujeres a dejar de reproducirse y, si se reproducen, a ser malas madres. Claro, siempre y cuando mala madre signifique dejar a las crías con la nana precarizada para desarrollarse profesionalmente. La teorización desde la apuesta radical sobre la maternidad es perfecta para ejemplificar que no es solo que el feminismo radical sea problemático teóricamente, sino que esas deducciones sesgadas tienen repercusiones en la agenda. Este feminismo, al ver la maternidad como una suerte de opresión, enfoca demasiada energía en el tema del aborto, sin embargo, ni siquiera un tema tan importante como su despenalización forma parte de una agenda universal. Para muchas mujeres el problema no

es el aborto, son las esterilizaciones forzadas. Para las mujeres racializadas, parir es un acto de resistencia en contra de los procesos de limpieza racial. Parir es perpetuar su estirpe guerrillera. Parir es ir contra lo establecido que dispone que hay que mejorar la raza. Parir es escupirles en la cara a los racistas que las quieren infértiles.

Teorizar desde el privilegio de raza, perpetua el exterminio racial.

Para el feminismo radical la familia es un eje de opresión y una institución que debe ser abolida. Si bien las feministas racializadas han cuestionado la violencia doméstica e intrafamiliar reconocen que al mismo tiempo la familia es un lugar de refugio ante el racismo que viven en el espacio público. También es una continuidad de la comunidad y cuidar de la familia es cuidar de su raza. Los cuidados son entonces una defensa radical contra el racismo que amenaza sus vidas.

Teorizar desde la experiencia de privilegio, despolitiza la potencia de los cuidados como resistencia a la opresión.

¿Por qué le aplaudimos tanto a Andrea Dworkin que no es una teórica sino una ensayista y no le damos el mismo valor a Angela Davis, que tiene análisis teóricos extraordinarios sobre el complejo carcelario? ¿Por qué damos por hecho que «todas las mujeres estamos oprimidas», si muchas de nosotras podemos tomar decisiones, por imperfectas que sean? ¿Por qué no escuchamos a bell hooks cuando dice que no todas las mujeres están oprimidas, porque estar oprimida es no tener opciones? La invisibilización también es racismo.

Como pudimos ver a lo largo de este texto los análisis de las mujeres de los tulos son teóricamente más pulcros y conceptualmente más elaborados. Hablar de intersección de opresiones es más concreto y brillante que hablar de patriarcado. Hablar de multiplicidad de experiencias es más cercano

a la realidad que hablar de opresión común. No es casual que las ideas más geniales se les ocurran a mujeres de los zulos, y no es casual porque la experiencia orgánica, el tener que rifártela constantemente para hacerle frente al racismo y a la precariedad, generan procesos teóricos más elaborados. El problema de teorizar desde los cuartos propios no solo es dar continuidad a la colonialidad del saber ni la invisibilización racista ni que sus aportes sean teóricamente insostenibles. Es que se proponen soluciones desde ahí. La agenda del feminismo del cuarto propio está formulada a partir del privilegio y cuando voltean a ver a las otras es a partir del síndrome de la salvadora blanca: ¡pobres niñas nigerianas, urge la ayuda internacional en su país para que las salven de esos machos salvajes! O desde el moralismo: ¡nada que le pare la verga a un hombre es empoderante, perrear no empodera, no importa lo que las negras digan! O desde la mezquindad: ¡el problema son las putas, no entienden que vender la pucha nos afecta a todas! O desde sus intereses personales: ¡necesitamos más mujeres en puestos de toma de decisión! O desde la reproducción del racismo: ¡hay que quitarle el hiyab a las moras! O desde el clasismo: ¡pedimos que el acoso callejero por parte de albañiles sea castigado con cárcel!

> *Si teorizamos desde los privilegios de clase y raza, proponemos agendas que reproducen sistemas de opresión como el racismo y el clasismo*

La agenda del feminismo de los cuartos propios ha sido hegemónica. El voto. El acceso a puestos de mando. El acceso a la educación universitaria. El control de la natalidad. Hay más mujeres publicando libros. Hay mujeres soldado. Hay mujeres cancilleres. Hay mujeres en la política. El feminismo de los cuartos propios ha priorizado sus agendas y se ha olvidado de las mujeres de los zulos. ¿Cuántas feministas van a las marchas del Black Lives Matter? ¿Cuántas protestan contra los programas sociales que esterilizan indígenas? ¿Cuántas se

suman a la exigencia de la abolición de las políticas de extranjería en Europa? ¿Cuántas respaldan la lucha de las parteras tradicionales y la defensa por el agua y el territorio? ¿La lucha palestina por seguir pariendo rebeldes contra la ocupación? ¿Cuántas denuncian el racismo en la prohibición del hiyab en espacios públicos en Europa? Por ello miles de mujeres de los zulos no ven nada liberador en el feminismo, porque el feminismo no les está resolviendo nada. Es hora de escuchar las voces de las mujeres sin cuarto propio y de las que escriben sentadas en la banqueta escuchando a Jenni Rivera y tomándole a la caguama directo de la botella. De las que defienden la tierra y su derecho a parir criaturas de ojos rasgados. De cuestionar quién limpia las paredes rayadas en nuestras marchas y de cuestionar sobre qué hombros recae la liberación de las que más tienen. Es hora de escuchar los aportes de las feministas racializadas y tomarlos en serio y preguntarles: ¿en qué te puedo ser útil? Si teorizamos desde la matriz de opresiones, las experiencias de clase y raza no tienen por qué separarnos. Necesitamos una agenda feminista desde los zulos porque como dice la feminista musulmana Wadia N Duhni: la humanidad nos ha fallado, ¿vamos a fallarnos también entre nosotras?

2. UN TEXTO PERSONAL

Primera parte

He construido un castillo con lápiz
soy la más dura, aunque me mires frágil.
Samantha Barrón

Tú nunca supiste de dónde vengo
ni lo que tuve que hacer para estar en el cuento.
quieren aprovecharse de lo que tengo
pero nadie quiere sentir todo lo que siento.
Yoss Bones

Me exijo día tras día para superarme a mi mismo
No es que no lo haga bien
es que les gana el egoismo
ese maldito egocentrismo, como no pueden superarme
les arde el organismo
Y a mí, poco me gustan las discordias
pero tú no eres nadie para hablar de mi trayectoria
difamando a los demás nunca tocarán la gloria
Recuerda: las aguas mansas también tienen historia
(...)
Y yo respeto que en tus gustos no encaje,
lo que no permitiré es tu absurdo sabotaje.
Nanpa Básico

Inicio este texto parafraseando a Virginie Despentes: «Y empiezo por aquí para que las cosas queden claras: no me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. No cambiaría mi lugar

por ningún otro, porque ser Dahlia de la Cerda me parece un asunto más interesante que ningún otro». Estoy escribiendo un texto personal, la razón es sencilla: quiero que me conozcan, pero que me conozcan más allá de mi piso político y posturas críticas. Conocen mi parte más reaccionaria, la parte violenta. Esa Dahlia a la que ningún chile le embona y que de todo se queja. Y me gustaría que conocieran una parte más íntima. Así que vine a sobreexhibirme, pásele. Con esta sobreexposición quiero ganarme su empatia y dejar claro, como rapero mexicano, que vengo de abajo y, como narco, también mexicano, voy pa'rriba. Pero, sobre todo, quiero que ustedes sepan sobre mi desde mi propia voz. Escribo cuentos, sí, además de escribir textos que intercalan la mamoneria teórica feminista con las groserias, escribo cuentos. Todos mis cuentos están escritos en primera persona y salvo uno, son protagonizados por mujeres. La razón de que estén narrados en primera persona es doble: no soy lo suficientemente hábil, literariamente hablando, para narrar ni en segunda, ni en tercera y menos en omnipresente. Y la más importante, quiero darles a mis personajes autodeterminación y esto lo logro a través de la primera persona. Narrar en primera persona es un asunto político, tengo toda una justificación teórica en la linea de: ¿puede hablar la subalterna?, y las apuestas decoloniales y la recuperación de la oralidad. En su libro *Respondona*, bell hooks habla sobre la importancia de retomar nuestra propia voz para contar nuestra propia historia. Esto no está bien visto, porque en el canon literario todo lo que hagamos las mujeres está mal visto. No tengo pruebas, ni tampoco dudas, de que el odio a la autoficción, al testimonio y a los textos que exploran la realidad a través de la vivencia propia son menospreciados, porque la mayoria son escritos por mujeres. Tampoco es casualidad que las mujeres queramos escribir sobre la vida íntima, la vida privada, la vida familiar. Estos temas nos importan porque son los espacios que históricamente nos han pertenecido. Me niego a usar la palabra «confinadas», es decir: señalar que las mujeres hemos sido históricamente confinadas al

espacio «doméstico», porque no quiero replicar las narrativas del feminismo blanco que universalizan las experiencias y nos despojan de agencia. Prefiero decir que la vida amorosa, la vida «doméstica», la vida familiar, la vida de la resistencia en la cocina y en la crianza siempre nos ha pertenecido. bell hooks también afirma que cuando una mujer habla sobre su vida personal, familiar, amorosa y doméstica rompe el pacto de silencio y que, si encima tiene la osadia de convertir la anécdota en un discurso crítico, entonces equivale a una traición. Pero ir más allá y tener el descaro de escribir y buscar que sean publicadas nuestras reflexiones a partir de la vivencia personal, es una venganza.

El punto, y hablando al chile: no quiero que ustedes pongan en cualquier buscador «Dahlia de la Cerda», lean lo que otras personas dicen de mi y se queden solo con esa narrativa. Porque si ustedes van y buscan mi nombre van a encontrar un montón de cosas falsas: de que soy proxeneta, doxeadora, violenta, agresora, que vivo en Coto Residencial, que soy rica de toda la vida, blanca y princesa. Que estudié en la UAA. Que toda mi vida he sido súper privilegiada. Y más recientemente: plagiadora. Quiero ser yo mera la que les cante mi corrido.

Entonces voy a dedicar varias páginas para hablar de mi misma, así que dividiré este texto personal en cinco partes. En esta primera parte les hablaré sobre mis orígenes y los sucesos trágicos que forjaron mi carácter de la verga. En la segunda sobre mi formación académica en una universidad «patito», mis procesos creativos y mi acercamiento a la literatura. En la tercera de mi experiencia con la salud mental y habitar en un cuerpo enfermo. En la cuarta del amor. Y en la quinta de las transformaciones y del bingo de los privilegios. Así que: ¡que suenen los acordes del bajo séptimo y ámonos...!

Soy hija de una madre y un padre comerciantes. Hija de padres divorciados. Nunca supe lo que es tener una familia tradicional de mamá y papá juntos. Siempre los vi por separado y peleándose a putazos cuando convivían. Mi padre, en su época dorada, tuvo mucho dinero. Organizaba la variedad

del Palenque de la Feria Nacional de San Marcos y tenia varias cantinas. Bendije gallos en el palenque de la Feria y conocí la vida nocturna de luz de neón, olor a cerveza quemada y frituras con tecuejos antes de aprender a hablar. Monté a caballo, fui a campos de tiro y quebré con balas de salva botellas de Coca-Cola. Jugué 21 en el casino antes de terminar la primaria.

Viví la opulencia de mi padre solo el día del bautizo. Era usuario problemático de alcohol y se mamó todo el dinero. Vivió los últimos años de su vida en una vecindad en la Colonia San Pablo, una de las más peligrosas de Aguascalientes, y costeando sus gastos con una pensión de tres mil pesos al mes. Cuando enfermó de cáncer una tía generosamente lo llevó a vivir a su casa. Siempre se mantuvo estoico. Disfrutó la riqueza y la pobreza no lo asustaba. Nuestras últimas citas fueron en cantinas donde él tomaba refresco, yo una cerveza Pacífico, comíamos coctel de médula y jugábamos al dominó.

Mi mamá decidió divorciarse porque aguantar a un borracho con dinero es fácil, pero a un borracho jodido, ni que fuera manda. Durante el divorcio mi padre le dejó a mi madre el único negocio que no perdió. Una cantina en un barrio popular, y luego se desentendió económicamente de mí. Siempre fue un padre presente, pero nunca aportó económicamente, porque no logró reconquistar la gloria. Mi madre tomó las riendas de El Dominó y reinó detrás de la barra de un bar por treinta y cinco años. No duermo por las noches porque toda mi vida he esperado de madrugada a que mi madre regrese de trabajar. Mi madre me pagó la educación básica en escuelas de paga a costa de soportar borrachos, lidiar con reglamentos y desvelarse todos los días. Dejó de trabajar cuando mi situación económica mejoró. Básicamente, estoy cumpliendo el sueño de barrio de sacar a la mamá de trabajar.

Aprendí a cuidarme sola desde muy pequeña. Poco supe lo que es que la mamá te despierte en la mañana, te vista y te sirva el desayuno. Eso fue algo que tuve que hacer por mí misma. Mi madre creció en un ranchito en la sierra de Jalisco. Durante toda su infancia no hubo luz eléctrica ni agua potable.

Socorro acarreaba botes de agua del río a su casa en un burro. Para alimentar a toda la prole que estaba a su cargo mezclaba agua con refresco Titán y cocia a diario muchos frijoles. Se fue de ilegal a Estados Unidos y trabajó en la pisca de la aceituna. Allá parió a mi hermano. Regresó en la Federal de Caminos y hasta la fecha tiene ondas de tira. Y luego conoció a mi padre, se casó, me parió, se divorció y tomó las riendas del Dominó. Mi mamá es esa mujer que reina detrás de una barra. Crecí entre un pueblo en la Sierra de Jalisco, cantinas, gallos y barrios periféricos. La primera discriminación que viví no fue por ser mujer. Fue por ser la niña que vivía en un barrio popular, por ser la niña que llevaba el uniforme mal lavado y planchado. Por ser la niña que llevaba el cabello «de niño» porque no tenía quién la peinara. Soy la niña que siempre sacó cincos en arreglo personal porque mi mamá se desvelaba cada día para pagarme un colegio. Mi primera otredad no fue la de hembra humana, mi primera otredad fue: «Tú no debes estar en nuestra escuela porque eres una naca».

Mi segunda discriminación fue descubrirme monstruo en un mundo que demanda belleza. Tengo una enfermedad que se llama Neurofibromatosis tipo 1. La nf1 es un trastorno genético que provoca manchas color «café con leche» en toda la piel, verrugas, desviación en la columna vertebral y formación de tumores en los tejidos nerviosos, principalmente en la piel. No tiene cura. En mi caso los síntomas más evidentes son la desviación en la columna vertebral y un tumor en un párpado. Cuando era pequeña ese tumor crecía sin control y amenazaba con cubrir todo mi rostro. Mi madre me llevó con un montón de especialistas en la Ciudad de México y en Guadalajara, viajábamos en tren. Todos esos especialistas le dijeron lo mismo: hay que operarla cada año o cada seis meses o el tumor le cubrirá toda la cara. De los dos a los seis años me operaron al menos diez veces. Eran operaciones invasivas bajo anestesia general. Me abrían y me raspaban toda la parte derecha de la cara, y luego me vendaban toda la cabeza como momia. La anestesia olía a gasolina, el olor a gasolina

me provoca vómitos. En la última cirugía me les morí. Bueno, esa es mi teoría porque de pronto a media cirugía empecé a ver todo «desde afuera» y vi a los médicos bien pinches desesperados, sabe qué tanto haciéndome. Cuando salimos del hospital le dije llorando a mi mamá: Prométeme que nunca me van a volver a operar. Me lo prometió. Y me lo cumplió. Desconozco si ocurrió un milagro o es que los doctores nos vieron la cara de estúpidas y me operaron diez veces por ojetes.

Tener un cuerpo abyecto es duro. Mi mamá y todas las personas cercanas a mi hicieron un trabajo excepcional en forjar mi autoestima de bichota y mi amor propio. Pero la gente es ojete y te ponen apodos mamones y se esfuerzan por recordarte cada segundo que vives en un cuerpo fuera de la norma. En un cuerpo mal hecho, feo y deforme. Y de pronto una si se cabrea. Una tiene que aprender a defenderse siendo una fiera. Chacaleándote a la gente de: Qué me ves, culera. Bájale de huevos. Vete a la verga. Ser contundente en un contexto de la verga es fundamental para que te dejen de chingar. Estar a la defensiva para que nadie abuse de ti. Cada vez que alguien me dice: Es que eres muy grosera, es que eres muy culera, es que eres muy agresiva, siento que me prenden un cuete en la cola porque esa gente no sabe de dónde vengo. Esa gente no sabe que para sobrevivir he tenido que ser una fiera, una culera, una desgraciada. En cuarto de primaria me desgreñé a una niña, su mamá fue a gritarme a mi casa que una niña tan salvaje como yo nunca iba a llegar a nada en la vida. Quedó.

Después de saberme un monstruo naco, la primera desgracia que marcó mi vida fue la muerte de mi gato Migajón. Sé que esto suena a una pendejada, pero, verga, juro que me dolió cabrón. Murió de leucemia felina. Vendí toda mi colección de *El señor de los anillos* para salvar su vida. Pero no se pudo. Todavía le canto: En esta no se pudo, corazón. Me senté en la parada del autobús que está a un lado del Templo de la Purísima, con las cenizas de mi gato muerto. Mi duelo lo viví en la ruta 19 con música de Sabor Kolombia de fondo. Lloré por lo menos un mes.

Después aborté dos veces en el baño de mi casa usando misoprostol, la primera cuando el aborto todavía era ilegal en todo México. La segunda vez tuve una complicación y me atendieron en la Clínica 2 del IMSS. Decir que me trataron de la verga es ser amable. Me rasuraron la vulva con una navaja de afeitar y alcohol líquido y me amenazaron con cortarme si me seguía quejando. Más de diez personas me hicieron tacto vaginal. Lo último que escuché antes de caer dormida por la anestesia fue: «No mames, casi se me pasa la anestesia. Qué bueno que le pregunté cuánto pesa». Desperté en una camilla a la mitad de un pasillo frío. Estuve de una a nueve de la mañana en una camilla, cubriéndome solo con la bata con un clima de cero grados. Fui al baño y manché el piso de sangre y me hicieron trapearlo. Fue una verdadera pesadilla. Tuve síndrome de estrés post-traumático por el mal trato que recibí.

La guerra contra el narco me quitó a una prima. La desaparición. Identificar a un cadáver en la Semefo. Los juicios sobre la marca de su ropa y de su camioneta. La investigación centrada en sus malas amistades. Calderón parado sobre cadáveres justificándose. Obrador sobre un charco de sangre, criminalizando a las víctimas. Una muerta más encontrada en un terreno baldío. Una mujer embolsada. Antes un levantón. El lenguaje no es inocente. Uso el lenguaje que nos ha marcado a todos en esta guerra para que quede clarísima la violencia que nos atravesó: un levantón y una mujer ejecutada, pero para mi familia no fue una cifra más: es una herida abierta.

Vi morir a mi padre. Ver morir es algo retórico para muchas personas. Para mí fue literal. Mi padre murió delante de mis ojos. Estuvo un par de días en agonía. Se retorcía en la cama mientras nos pedía a mí y a mis hermanas que acabáramos con su sufrimiento. Le propuse a mi pareja que le diéramos en una jeringa con agua las tres botellas que tenía de clonazepam en su tocador. No me contestó. Pensó que me había vuelto loca de tanto dolor. Pero estaba más lúcida que nunca y quería darle una muerte digna a mi padre, aunque fuera rayando en el pecado y el conflicto con la ley. Tomás, en sus

momentos de paz, llamaba a mis abuelos. Agonizó en su cama porque en ningún hospital público quisieron recibirlo para darle cuidados paliativos. Nos dijeron que era mejor que muriera en su casa rodeado de sus seres queridos. Mi *daddy issue* es no haber tenido dinero para comprarle una texana de muchas equis a mi padre. Mi *daddy issue* es que nunca pude comprarle unas botas de chichi de avestruz a mi padre. Mi *daddy issue* es que no pude garantizarle una muerte digna a mi padre.

Edith era mi mejor amiga. La conocí en tercero de secundaria. Era una chica alta, altísima. La escuché decir: Yo nunca me voy a casar. Yo tampoco me voy a casar nunca, le dije. Seamos amigas, me dijo. Podría contarles mil anécdotas. Como por ejemplo cuando el director de nuestra escuela le prohibió juntarse conmigo bajo el argumento de que yo era una niña con ideas muy revolucionarias y la iba a malear. Y la amenazó con correrme si insistía en conservar mi amistad. Edith se tomó tan en serio nuestra ruptura amistosa que le chismeó al profesor de matemáticas que los cubos de mi maqueta eran comprados.

El viejo bombo me puso un cinco. Fuimos dos adolescentes góticas que juntas descubrieron libros, películas, música. El amor y el desamor. La maternidad en su caso y la renuncia a la maternidad en el mío. Decíamos que éramos un ratón muy muy grande y un ratón muy muy pequeño. Edith ponía las sábanas moradas de borreguitos cuando me sentía triste y me quedaba a dormir en su casa. Me curó la gripe poniéndome jitomates calientes en las plantas de los pies. Me curó los bronquios con té de romero. Desde entonces el romero es mi lugar seguro. Edith estuvo conmigo en la muerte de mi gato, en el feminicidio que marcó mi vida y en la muerte de mi padre. Estuvo conmigo en mis dos abortos y cuidó de mí en todas mis depresiones severas. Fue mi cómplice por quince años de mi vida. Bailé «Payaso de Rodeo» en sus quince años y me organizó una fiesta sorpresa con piñata de Juana la iguana, invitaciones de Bob Esponja y aguas locas de rompope con Viva Villa la pandilla. Quisiera contar esto sin que me remuerda la conciencia, pero todavía me siento muy culpable. Cuando

teníamos como dieciséis años a mi empezó a gustarme la onda gótica, entonces la convencí de visitar tugurios góticos. La pasamos muy chévere, para ser justa. Conocimos personas increíbles. Nos peleamos con la policía en muchas ocasiones y huimos de los culeros de la AFI en un picadero cholo metalero en la Martínez Domínguez. Brindamos con los punks del Cerrito de la Cruz por la muerte de un policía. Fuimos a un montón de conciertos y a un montón de bailes. Su mamá me acusa de llevar fantasmas a su casa. Escuchamos rock urbano sentadas en el sillón cannabis en Pilar Blanco. Vomitamos borrachísimas todo el polígono de la marginación de la ciudad vestidas de negro. Cantamos hasta llorar las canciones de Rata Blanca y las de Vagón Chicano. Nuestro lugar favorito en la Feria de San Marcos era los Tapancos. Íbamos una vez a la semana a bailar cumbias con los cholos. Purgábamos nuestras melancolías bailando cumbias. Su canción favorita era «El Pianista», de Liran'Roll. Lloro cada vez que la canto.

En el picadero de la Martínez Domínguez conoció al que sería su esposo. Edith estaba muy dolida porque su ex, «El señor Vikingo», la había dejado por Lola, la morra que vendía tacos de tripas. Alberto era un joven usuario problemático de cristal, que vivía en la colonia Insurgentes, otra de las más violentas de Aguascalientes, y que escuchaba black metal. Mi amiga pensó que su amor lo iba a cambiar, pero, como en el episodio de *La rosa de Guadalupe*, lo que lo cambió fue el cristianismo. Alberto fue ese metalero satánico usuario problemático de sustancias que conoció a Cristo y se transformó en un hombre nuevo. Un hombre que veía demonios en los hospitales y que pensaba que con rezos su esposa se iba sanar de la insuficiencia renal derivada de la diabetes. El agua invadió los pulmones de Edith, la última vez que la vi ya no podía respirar. Traté de convencerla de ir al hospital, pero ella me dijo que tenía que ser obediente a su marido. Cuando su familia la llevó al hospital ya estaba muy grave, su cuerpo no resistió a la colocación del catéter, y murió.

Cuando su hermano me avisó que estaba muerta, duré una hora en shock. No pude llorar. No pude gritar. Me quedé una hora sentada, totalmente ida. No lloré. Duré muchísimo tiempo con el llanto atorado. Pero le escribí un cuento que dice:

Me siento de la verga cada vez que en mis recuerdos del Facebook aparece una publicación donde me etiquetaste. Los memes, las borracheras, nuestras canciones favoritas mantienen vivo tu recuerdo, pero es doloroso. He presumido que tú eres la única persona a la que le he dedicado canciones, tú sabes que no me canso de exhibir lo patética que puedo llegar a ser, entonces confesé en mis redes sociales lo de Las cosas y simples, y peor aún, la de pxndx qué oso, ¿verdad? Extraño un chingo, pero neta, un pinche chingo cómo me perreabas y los memes donde te burlabas de mi intelectualidad, y cómo me sobornabas con los videos que tenías en tu celular donde estoy bailando cumbias como chola pesada. ¿Te acuerdas de que fue en la Feria? Éramos bien borrachas, y ese dia nos quedamos sin dinero, y andábamos buscando un puesto de comida súper barato para bajar avión y fuimos a dar al área chola, había un puesto de tortas de carne extraña que costaban dos por treinta pesos. La gloria, la pinche gloria, y lo mejor de todo es que no daban diarrea. Ya estando ahí fuimos a ver cómo estaba el cotorreo en los antros-homies, tú les decías congales. Y pues quién sabe cómo terminé bailando cumbias. No me di cuenta de que grabaste hasta que me publicaste en Facebook: Tengo unos videos tuyos haciendo el ridículo. Trae dos litros de pulque y tres quesadillas de Doña Bigotona o te los publico. (...) Para que te echo mentiras. Llevo meses yendo al psicólogo y al psiquiatra. Te daría un chingo de risa ver cómo con manual en mano, el doctor psiquiatra me puso un chingo de etiquetas: trastorno límite de la personalidad, trastorno obsesivo puro, trastorno de ansiedad generalizada y síndrome de depresión recurrente. Según él yo siempre he estado bien loca a la verga.

y a ti solo te uso como pretexto para estar mal. Ya mero lo agarraba a chingadazos. Perdona que me desvíe del tema, pero, ¿te acuerdas cuando fui la primera vez con un loquero? Cuando terminó la terapia corrí a tu casa para que fuéramos por una quesadilla de la Señora Corajes y me dijiste: No mames, deja esa madre, esas pendejadas te las puedo decir yo, y ese dinero nos lo gastamos en pulque y tamales. Y te hice caso. En lo que no te hice caso fue en esa promesa, la que te hice de que si algún día te cargaba la verga no me iba dejar arrastrar por la tristeza. A mí la tristeza ya me arrastró. Es más, a veces siento que la tristeza soy yo. Te dará gusto saber que en tu honor y en el mío me tatué en un brazo: La tristeza es rebelión. (...) Yo siempre pensé, perdona que te lo diga, que te ibas a suicidar. ¿Te acuerdas cuando te amenacé con suicidarme si tú te suicidabas? Y luego vimos una película coreana de una morrilla que promete lo mismo, pero bien culona no cumple y regresa su amiga, en fantasma, a obligarla a que se mate a la verga. Bueno, yo estaba preparada para tu eventual suicidio. Pero no para que te fueras así. Y es que es tan fácil. Si te hubieras matado, estaría enojada contigo y eso haría mi duelo más fácil, pero así, así como sucedieron las cosas yo me siento víctima de la calamidad y de la tragedia. (...) Tu madre siempre me acusó de ser portadora de calamidades y espectros. Tengo al menos tres recuerdos guardados en Facebook donde me dices cosas. En la primera me dices que tu mamá no quería que fuera a tu casa porque quería dormir tranquila ese día. La segunda que por favor me llevara a mis fantasmas cuando me fuera de tu casa, y la tercera un reclamo por dejar en tu casa un hervidero de espectros. A mí jamás me ha pasado nada paranormal. Traté de invocarte muchas veces y nada. Yo en serio deseo que un día te sientes al filo de la cama mientras duermo y me digas que soy una perra sin corazón, o que molestes a mi gato, o lo que sea. Pero no pasa. Tu mamá neta que me tenía mala idea. Lo que hizo que mi familia me trajera al centro de salud mental fue que neta, neta, me obsesioné con contactarte. Fui con cuatro brujas diferentes, dos de las que están arriba del mercado, otra

en un pueblo cercano y otra en Zacatecas. Como verás, no podrás reclamar que no me esforcé por volver a verte. Ninguno de los rituales funcionó. Entonces empecé a languidecer. A morir, a dejar de comer. Yo en serio quería morirme, porque pensaba que esa era la única forma de verte de nuevo. Hice todo lo posible para morirme, excepto, claro, tratar de suicidarme, pero dejé de comer un mes. Sobreviví de avena cruda, agua, y aspirinas. Y un día me desmayé en el autobús. En el hospital se dieron cuenta de que tenía anemia. Al interrogarme, dije la verdad. Mi mejor amiga fue asesinada, y he hecho de todo para contactarla. Le he mandado whatsapps todos los días, con la esperanza que me responda. La he invocado con toda clase de rituales, entonces me quiero morir para reunirme con ella. Los doctores me veían atónitos. Entonces me mandaron al loquero. (...) La psicóloga estaba empezando a creer que quizás si la vida no era para todos, cuando se le ocurrió contarme una historia que leyó en un libro, dijo que se llama *Chicas muertas*. Tres. Me dijo que la Huesera* es una mujer vieja, muy, muy anciana, onda Doña Bigotes. Wey, pausa, se murió, por favor dime que está allá contigo haciéndote de comer. Ya, seguimos. Total, que la Huesera vive en algún sitio del alma. ¿Dónde está el alma? ¿En el cerebro? ¿La Huesera vive en el cerebro? Bueno, pues la Huesera es una señora que puede imitar los sonidos de todos los animales, y que de hecho emite más sonidos tipo maullidos, graznidos, rebuznos y pios, pios, que palabras. Su tarea, aunque creo que es bastante obvio, es recolectar tres chicas muertas. Huesos. Bueno, pues para no hacerte el cuento largo, resulta que la Huesera tiene el *hobby* de recolectar en específico huesos de lobo. Los busca, los guarda y cuando el esqueleto está completo, enciende una fogata y arma el cuerpo del lobo. Canta. Canta. Canta. Y como, de qué clase de brujería es esta, los huesos se cubren de piel, de músculos y de pelo, y de pronto el lobo ya anda corriendo en la vereda. Espérate, eso no es lo más loco. Lo más loco es que

*Tomado del libro *Chicas muertas*, de Selva Almada

mientras corre aullándole a la luna, el lobo se transforma en una mujer. Una mujer que corre riéndose a carcajadas. Luego de contarme la historia la psicóloga me dijo: Quizás esa es tu misión. Juntar los huesos de mujeres muertas, armarlas, contar sus historias y luego dejarlas correr libremente a donde se tengan que ir. (...) Te acuerdas cuando clausuraron el antro hipster que estaba en el centro y que todos los días íbamos a sentarnos afuera para burlarnos de las caras tristes de sus clientes. Ese día te dije que un día iba a ganar un premio de literatura con nuestras aventuras. No pude juntar cada uno de tus huesos porque tu familia te cremó. Pero hice el ejercicio mental de imaginarme que cada uno de mis recuerdos contigo era un huesito. Quisiera realmente completar doscientos seis recuerdos. Pero estoy cansada. Ha sido un proceso muy doloroso, y muerta no te serviré de Huesera. Yo quisiera contar cuando cayó un operativo a la casa del Guero y cómo nosotras escapamos por las azoteas de madrugada. Corrimos brincando bardas como una cuadra, y al final terminamos cagadas de risa en el estacionamiento de un centro comercial. Quisiera asociar a cada uno de tus dedos cada uno de esos vasos de pulque que compartimos, y a tu peroné cuando nos tomamos muchas fotos en el cementerio. Me gustaría que tu cráneo fueran todos esos memes compartidos, y tu mandíbula los tamales que me robabas diciendo: Mira, un ovni. Pero estoy cansada. Mientras escribo esto te stalkeo en Face, lloro, y tomo pulque. He escrito muchas cuartillas y las mandaré a un concurso. Te acuerdas de ese meme, el de «ser culisuelta me cambió la vida», pues lo he editado y ahora dice, «ser la Huesera me salvó la vida». Es una ironía bien cabrona, si lo piensas friamente, pero al final de cuentas, me salvaste como siempre. Para mí todos tus huesos están juntos, aunque tus cenizas, o parte de ellas porque la usurera de tu madre no me las quiso dar todas, están bajo mi cama. Espero escuchar tu aullido en la madrugada.

Edith siempre me decía que mi habilidad literaria nos iba a sacar de pobres. Fue la primera que confió en mí. Un día serás una gran escritora, me decía. Y aquí estoy. No sé si soy una gran escritora, pero sí siento que me la rifo dos tres y a mí personalmente me gusta mucho cómo narro. Este es un texto personal porque es en el primero donde hablo sobre las tragedias que han marcado mi vida, pero en realidad todos mis textos son personales. «Feminismo sin cuarto propio» lo escribí sumida en una crisis depresiva que casi me lleva al panteón o al psiquiátrico. *Perras de reserva* lo escribí como justicia a mis pérdidas. Sí, ser Huesera me cambió la vida y como dice el rapero Lobo Estepario: A mí ya me mató el insomnio y estoy viviendo el sueño.

Segunda parte

Por eso, es mejor hablar
recordando
que no se esperaba que sobreviviéramos.
Audre Lorde

No vengo de una familia dedicada al arte o a la cultura. Mi madre trabajó desde muy niña como comerciante, su primer emprendimiento fue vendiendo bolis que ella misma fabricaba. Inició vendiéndolos localmente y luego los distribuía por todas las comunidades cercanas. En su juventud se fue a trabajar a Estados Unidos como inmigrante sin papeles y piscó aceitunas. Estuvo un rato en la Federal de Caminos y, finalmente, como ya dije, en una pequeña cantina tradicional. Mi papá siempre se dedicó al giro de los bares y cantinas. No pasé mi infancia rodeada de libros, pasé mi infancia rodeada de olor a cigarro, cerveza, frituras y música de cantina. Mi círculo primario, que es mi familia materna, está compuesto sobre

todo por mujeres trabajadoras, pocas o casi ninguna profesionista. Por ejemplo, mi prima R trabajó toda su vida en la industria musical en el género del regional mexicano. Organizaba bailes gruperos. Empecé a leer por las mismas razones que en este momento estoy enganchada con el TikTok: para pasar el tiempo. Mi mamá siempre trabajó de noche y yo la esperaba despierta, no por miedo a que le pasara algo, sino por miedo a los fantasmas. Me daba miedo dormirme sola y que el coco me jalara las patas. En mi casa nunca hubo libros. Mi mamá nunca ha sido lectora y mi papá agarró el gusto por la lectura hasta que la enfermedad le impidió seguir trabajando. Los libros estuvieron a mi alcance en una época en que vivimos en la casa de una amiga de mi madre. En nuestra habitación había un librero con una enciclopedia infantil ilustrada. Nunca fue un *hobby* en sí, era como una distracción de emergencia, era eso o pensar en que el chupacabras o el ogro de la *Hora marcada* entrarían en mi habitación en cualquier momento. Cuando mi mamá me dejó sola sin avisarme todo un fin de semana porque le ganó la fiesta luego de ser jurado en un certamen de «Miss Gay» me compró una consola Family y, adiós libros. Empecé a matar el tiempo entre honguitos enojados y dinosaurios de colores.

Mi primera experiencia con la escritura fue en primero de secundaria. La profesora de español nos dejó como actividad y derecho a examen que escribiéramos un diario. Teníamos que escribir una página diaria. No recuerdo exactamente sobre qué escribía, pero me imagino que sobre las tardeadas en la Meneos, los duros preparados, comprar playeras de Blind, andar en patineta y rayar paredes, cosas que estaban de moda en las colonias populares en los años noventa. Cuando llegó la primera revisión la profesora me dijo que considerara dedicarme a escribir porque tenía habilidad literaria. No me lo tomé en serio. Seguí escribiendo porque me hacía bien, porque escribir acerca de mis emociones me ayudaba a lidiar con ellas, pero no porque pensara que sí podría ser escritora. En mi infancia mis intereses eran básicamente ver películas de

terror. Mi favorita era *Vacaciones de terror*, con Pedrito Fernández, andar en bicicleta y jugar videojuegos.

De los trece a los quince años me gustaba bailar hip-hop, ver a los danzantes ensayar, y los bailes de regional mexicano. En esa época vi a un chingo de los grandes exponentes del regional: Poder del Norte, Intocable, Pequeños Musical, Pesado, Cardenales de Nuevo León, Invasores. Mi mamá estaba tan ocupada trabajando y tan cansada que aplicó la de: Haz de tu culo un papalote, así que, a los quince años, yo ya me iba sola con amigas hasta Zacatecas a bailes. La verdad yo me la pasaba súper chévere, ni tiempo de pensar en libros o escribir otra cosa que no fuera mi diario, pero sucedió una tragedia, una tragedia para mí porque ellas están con madre con sus decisiones: mis amigas del barrio se casaron, sí, antes de los dieciséis, y me dejaron básicamente sola.

Esto sucedió simultáneamente a que en primero de secundaria reprobé todas las materias por faltas y mi mamá como castigo me cambió a un colegio para repetir el curso y terminar la secundaria. En mi nueva secundaria nos llevaron a la Feria del Libro. Yo andaba deambulando entre los pasillos cuando a lo lejos escuché una música que llamó mi atención, era Tristania, en específico «My Lost Lenore». Fue un momento de: Vete a la verga, no mames, esto es lo que he estado buscando toda mi vida. Sí, a los dieciséis años escuché una canción de metal gótico y pensé: No mames que esto es lo que he buscado toda mi vida. (Luego vieran nomás todas las cumbias que no bailé por andar de darketilla, pero esa es otra historia). Le pedí a una compañera que me acompañara al puesto de donde venía la música, y cuando llegamos le pregunté al vatillo que atendía qué grupo era ese y si tenía más discos de ese estilo. Me vendió uno de Lacrimosa, Lacuna Coil, Therion y una revista que hablaba sobre la subcultura gótica. Poco a poco empecé a vestirme de negro, juntarme con gente que se viste de negro y escuchar solo música que escuchan las personas que se visten de negro. Pero ser gótica es duro. De por sí el ambiente de la gente que se viste de negro es inmamable y pretencioso.

Recuerdo que aquí en Aguascalientes había un vatillo que hacía fiestas míticas en la vecindad donde vivía. Y el cóver era que le respondieras tres preguntas sobre cultura musical. Si no respondías las tres, no entrabas. El vato se ponía en la entrada de la vecindad y si llevabas una playera de Haggard te preguntaba de que: Dime el nombre de la vocalista principal, cómo se llama el track seis de tal disco y así. Entrar a su fiesta significaba algo muy importante entre la gente que se viste de negro: que no eres *poser*. Pero en lo que a lo gótico se refiere no basta con saberte de memoria las canciones de Bauhaus o Joy Division, tienes que, o tenías en aquel entonces, que saber de literatura y de cine, como mínimo. Entonces ahí me tienen viendo todas las películas de vampiros, las de serie B, las de horror y terror en blanco y negro y technicolor. Y por supuesto leyendo, leyendo un chingo. Le rogué y le rogué a mi mamá para que me llevara a sacar la credencial de la biblioteca, porque al ser menor de edad necesitaba un tutor que respondiera por mí. Empecé a leer como loca, pero solo los libros que había en esa biblioteca: la biblioteca pública Enrique Fernández Ledesma, que era la que menos requisitos tenía, porque mi mamá se mamoneó y no quiso cumplir con todos los que pedían en la Torres Bodet, que era la más chingona.

Mi familia materna vive en una comunidad en la Sierra de Jalisco, todas mis vacaciones las pasé ahí. Una de esas vacaciones, cuando tenía como diecisiete años, un amigo de mi hermano llegó en su Corvette color madera, estaba tapizado por dentro con piel de avestruz, se bajó y me miró sentada en una silla tipo Acapulco, tragando sandía como bestia y leyendo un libro. Me dio un billete de cien dólares y me dijo: Ten, para que te compres algo. Me compré libros. Me compré toda la colección de la editorial Tomo. Eran libros de «literatura universal», pero sobre todo de filosofía. La filosofía me mamó, qué vergas está este pedo, pensaba. Me gustaron sobre todo los filósofos atormentados y amargados. Me volví una maquina devoradora de libros, pero no era suficiente. Inicialmente, la verdad sí leía solo por «encajar», para que mis amistades

góticas no me dijeran *poser*, pero después si que le agarré el gusto. Pero ser gótica es difícil, y no basta con que seas súper culta y leída, también de preferencia hay que ser artista. Probé primero con la música, pero el profesor el primer día de clases me dijo: Tienes el oído cuadro, adiós. Quedé. Por dios que así me dijo. Luego probé con artes visuales, y era más o menos buena pintora, o eso me decía mi profesor Samuel porque le daba tristeza mi aspecto y mis pinturas de alma atormentada, pero era muy caro y mi mamá, de quien dependía económicamente en ese momento, nunca vio con buenos ojos mis intenciones artísticas, y me pedía y me rogaba que mejor estudiara algo de provecho como inglés o computación. Y pintar es caro, era imposible pintar sin el apoyo económico de alguien. Busqué trabajo y me lo dieron en una fábrica de dulces, pero me corrieron al mes porque «era demasiado lista para trabajar empacando dulces» y por mi edad no me volvieron a dar trabajo.

Aunque seguía escribiendo diario nunca pasó por mi cabeza la idea de ser escritora, porque para mí ese era un oficio propio de los genios, sí, genios con o. Un oficio para hombres burgueses que habían sido bendecidos con un don, el don de la palabra. Pero además porque el ambiente cultural y sobre todo literario de Aguascalientes tenía fama de estar dado a la verga, los talleres tenían fama de quitarte las ganas de escribir porque se impartían con pedagogías de la crueldad. Y bastante tuve con las monjas en los colegios como para permitir que me maltrataran en algo que de inicio haría por *hobby*. Pero sucedió un milagro y un día que fui a regresar unos libros a la biblioteca tomé el cartel cultural del pueblo y vi que había un taller de verano de literatura fantástica. Decidí entrar. Para mi sorpresa tanto la facilitadora como mis compañeras y compañeros eran amables y encantadores. Había un ambiente de total respeto. La facilitadora, Leticia Figueroa Estrada, hacía énfasis en que nuestros comentarios estuvieran enfocados en que el texto alcanzara su mejor versión y no en quitarle las ganas de escribir a nadie. Fui a varios talleres, casi siempre con Lety, porque no quería arriesgarme a que me maltrataran. Y porque ella era

en serio encantadora. Todo lo que sé lo aprendí en esos talleres. Nunca llevé ningún texto. De los diecisiete años a los veintitrés fui asistente frecuente de talleres literarios, pero nunca me sentí con la seguridad para tratar de escribir. En ese momento ya estaba convencida de que quería ser escritora, pero no sabía cómo, no sabía sobre qué escribir, no me sentía capaz.

El primer texto que escribí fue en 2009 y fue obligada por Rocío Castro, con quien tomaba un taller de guion cinematográfico. Nos dejó como tarea participar en un concurso literario sobre cuento. Me la jugué y gané. El certamen se llamó: Letras de la Memoria, el premio eran tres mil pesos y la publicación en *ParteAguas*, la revista de más prestigio local. Eso me dio la seguridad que necesitaba para seguir intentando, pero no pude como me hubiera gustado porque una tragedia tras otra me quitó las ganas de escribir. Como también ya les conté, en 2010 mi gato Migajón murió de leucemia felina. Fue durísimo, me costó mucho trabajo reponerme. En 2011 mi padre enfermó de cáncer y yo dejé la universidad y mi trabajo en un centro de atención telefónica para cuidar de él. Me puse a vender Avon para poder sobrevivir económicamente. Finalmente murió en abril de 2012. A principios de 2012 mi prima Rosalba fue víctima de feminicidio. En 2013 mi mejor amiga murió. Trataba de escribir, pero entre la tristeza, la carga laboral y los trabajos de cuidado, vivo con mi novio desde los diecinueve años, no encontraba la forma ni el tiempo.

Me era casi imposible, también, porque en ese momento tenía toda una configuración sobre el oficio de escribir: que necesitas un cuarto propio, ser hombre, blanco, de preferencia heterosexual, burgués o con amigos burgueses que te patrocinen y dueño del don de la palabra. Entonces, además de no tener ni muchas ganas, ni tiempo, me sentía incapaz de ser escritora. Esa posibilidad no estaba en mi curva de aprendizaje. Pensé que, si acaso llegaba a poner en orden mis ideas, publicaría en un blog o algo así. Pero jamás pensé en esto que me está pasando en este momento. En 2013 empecé a interesarme en el feminismo y empecé a escribir textos sobre la violencia

que vivimos las mujeres. Cuál fue mi sorpresa de que dos de esos textos se volvieron virales. De verdad no podía creerlo. Entonces supe que quería hablar sobre lo que significa ser mujer en México, que ese era mi tema.

Aquí me gustaría detenerme un momento para hablar sobre: ¿por qué, independientemente de la depresión mayor, del duelo constante, no me sentía capaz de escribir? Las razones son dos. La primera tiene que ver directamente con que soy mujer. Y una crece leyendo hombres, porque los hombres son los más visibilizados en «los clásicos literarios». Una crece leyendo sobre los temas universales de ellos: la guerra, el amor desde la perspectiva heterocentrada y el relato de la romantización de la violencia, sobre violaciones y apologías de las violaciones. Una crece leyendo sobre el universo de los hombres, blancos, heterosexuales y burgueses que hablan de pechos turgentes. Es difícil encontrar un tema, una voz propia cuando eres mujer y además eres subalterna. Y lo otro son las políticas culturales de Aguascalientes, que son sobre todo conservadoras, antañeras, canónicas y controladas por amiguismos. Y, cuando una quiere escribir sobre la violencia que significa ser mujer en el México de los bordes, pero además con una propuesta estética alejada del canon, no es amiga de nadie, ni hija de nadie, ni alumna de nadie, con modales de jabalí serreño, es básicamente imposible encontrar mentorías y espacios. Pido de antemano una disculpa si con mis críticas hiero alguna susceptibilidad, pero la ventaja de no deberle nada a Aguascalientes como ente cultural, porque desde luego hay dos o tres personas que siempre creyeron en mí, respecto a mi carrera literaria, es que no tengo miedo a perder nada, porque nunca he tenido nada.

Pero vaya que está dado a la verga el ambiente cultural en Aguascalientes. Para empezar, lo típico de provincia: las mafias culturales que por lo general son dos, y cuando una está en el poder vetan a la otra y cuando la otra está en el poder vetan a la otra. También las prácticas donde solo se invitan entre amigos, se premian entre amigos y se becan entre amigos. La

sobrerrepresentación de ciertos autores y la invisibilización de otras. Me gustaría dar nombres, pero no soy tan cabrona todavía. Pero es muy evidente. Hay nombres que se repiten una y otra vez. Y hay morras con una trayectoria increíble y con proyección nacional e internacional a las que se les pide que no se quejen porque ya fueron publicadas una vez, en una revista local. UNA VEZ, contra nombres que se repiten miles de veces y que, desde mi perspectiva, la única cualidad que tienen es que son hombres y escriben sobre cñoros.

No me hagan luz de gas. Empecé a ir a eventos culturales en Aguascalientes cuando tenía diecisiete años. Han pasado veinte años y sigo viendo los mismos nombres de siempre, las mismas propuestas de siempre, las mismas prácticas. Sería injusto decir que nada ha cambiado, si ha habido cambios o intentos, pero son tan pequeños que apenas se ven. Aguascalientes se resiste a deshabitar el país de los señores.* Como autora, como público y como mujer es cansado durante años y años ver a los mismos vatos hablando de la obra de los mismos autores, con sus actitudes de genios incomprendidos, con los mismos chistes de siempre, que ni risa dan. Años sin evolución en su discurso, en su propuesta literaria, en los autores que leen y sus actitudes de mierda, pero ahí están sobrerrepresentados, mientras que morras que están haciendo cosas increíbles como hablar sobre la maternidad, la enfermedad, la violencia, haciendo literatura fantástica de primer nivel, apenas y ocupan un espacio.

Y luego está la simulación, que las instituciones van de progres y vetan a los autores que les caen mal y salieron denunciados en el #MeToo, pero a los que les caen bien los siguen invitando. Pese a que los que les caen mal tengan denuncias por ser jefes de la verga y los que les caen bien por tener novias que podrían ser sus nietas. Y para hacer *purplewashing*, cuando lanzan convocatorias con perspectiva feminista invitan a lo más impresentable en materia de defensa de los derechos

*Concepto de la colectiva LibrosB4tipos.

humanos, a las Terfas. ¿Se imaginan hacer carrera literaria en un espacio asi? Aclaración: no todos los señores/señoras que están siempre y desde siempre son los que describo, hay varios que están trabajando constantemente y a los que siempre es un gusto escucharles.

Aguascalientes es, como muchos lugares de provincia, un espacio canónico donde la hegemonía es escribir y reescribir los clásicos, recrear los mitos y revisar y revisar y volver a revisar a cñoros y viejos que murieron hace cien años. Ver una y otra vez y otra vez al hijo del escritor célebre. Ver una y otra vez a la alumna favorita de tal. Es imposible hacer carrera literaria en Aguascalientes si no eres amiga de la persona correcta, si no fuiste alumna del gran maestro o si no eres hija del célebre escritor. Y ya de por si esto está de la mierda porque las instituciones públicas deberían ser plurales, y también está de la verga porque mandan un mensaje: si eres una subalterna, ni de pedo puedes ser escritora. Imaginense: yo era una chica gótica, hija de padres vendedores de bebidas embriagantes, estudiante de la licenciatura en Filosofía en una universidad sin prestigio y además haciendo la carrera online, trabajadora de un *call-center*, un tianguis y vendedora de Avon, que además quería escribir sobre la violencia que vivimos las mujeres en contextos periféricos con una propuesta estética no cercana al canon. El mensaje que recibí una y otra vez de forma directa e indirecta era: no hay espacio para ti. Y como yo hay muchas morras, porque la mayoría de las morras que queremos ser escritoras no somos hijas, ni alumnas, de nadie.

Yo traté. De verdad que traté. Porque una tiene la idea de que tiene que empezar desde abajo. Insistí en los talleres y solicité diez veces la beca del PECDA, porque el curriculum y la credibilidad como escritora en México está construido desde el acceso a becas. Solicité PECDA diez veces y me la dieron una vez. No me molesta que me hayan negado la beca tantas veces, pero si que quienes se la ganaban se jactaran de que se las dieron por amiguismos y que no la aprovecharan y siguieran siendo mediocres. En 2015 la maestra Martha Lilia Sandoval

confió en mi trabajo y me dio por primera vez la beca del PECDA. Su tutoría y consejos fueron fundamentales para sacar adelante mi proyecto, y de la mejor manera. Para que se den una idea de qué tan lejos veía yo la posibilidad de ser publicada por una editorial: mi proyecto del PECDA era escribir un libro de diez cuentos que tocaran el tema de los feminicidios en México y publicarlo en PDF de forma libre. Mi tutora me dijo: No, no lo distribuyas de forma libre, busca publicarlo. A mí me parecía imposible.

En 2015 me explotó la tacha de la depresión. 2015, 2016 y 2017 fueron los años más difíciles de mi vida. Mantenerme con vida fue un trabajo muy arduo de mi esposo, mi madre, mis amigas y mis terapeutas. Nunca me había sentido tan mal. Ya hablaré a fondo de ello en el texto personal sobre mi salud mental, pero durante todos esos años tuve una hoja de referencia en código de emergencia por riesgo de suicidio en mi cajón. La opción que me daba el IMSS, internarme en el centro de salud mental de Zapopan, no me pareció viable, porque me aterraba perder la beca que yo sentía era la oportunidad de mi vida. Entonces decidí tomar terapia en el Centro de Salud Mental Agua Clara. Me cobraban veinte pesos la consulta porque me hicieron un estudio socioeconómico y determinaron que era lo que podía pagar.

En ese momento trabajaba como editora de noticias internacionales y ganaba cuatro mil pesos al mes. Como pude y con mucho esfuerzo logré sacar adelante los textos de proyecto del PECDA y en 2016, cuando salió la convocatoria del Fonca, decidí aplicar porque me di cuenta de que en Aguascalientes nunca iba a crecer como escritora. Apliqué. Con un proyecto sobre mujeres en conflicto con la ley. Recuerdo que un día antes de que salieran los resultados publiqué en mi Facebook que estaba harta de pensar todos los días que lo mejor que me podía pasar era estar muerta y que ni la beca del Fonca iba a lograr darme ánimos. Me desperté con un montón de felicitaciones. No podía creerlo. Venía de ser rechazada tantas veces que no podía creer que me dieran una

beca nacional en el primer intento. La beca del Fonca ayudó a salvarme la vida. Tuve compañeros increíbles y a Hernán Lara Zavala como tutor.

En 2018 la volví a solicitar y me la volvieron a dar. Esta vez tuve la increíble fortuna de tener como tutoras a Brenda Lozano y Amelia Suárez Arriaga, que además de ser unas mentoras increíbles nos dieron lecciones de apoyo entre mujeres y gestión de espacios seguros para la creación. Asistir a los encuentros, leer lo que otras escritoras estaban escribiendo y saber que gracias a mi trabajo literario estaba recibiendo un ingreso mensual y viajando, me cambió la vida. Yo jamás había salido de vacaciones a otro lugar que no fuera Puerto Vallarta, que es donde vive mi familia materna, y gracias al Fonca pude viajar, comprar libros, comprar una Kindle y una computadora propia.

Del resultado de una beca del PECDA y dos del Fonca surgió *Perras de reserva*. Lo mandé dos veces al Premio Dolores Castro, sin éxito, pero finalmente en 2019 ganó el Premio Nacional de Cuento Joven Comala. Fue publicado en Tierra Adentro, y el año pasado salió una nueva y mejorada edición bajo el abrigo de Sexto Piso. Yo sabía que necesitaba una oportunidad, que una sola persona confiara en mi trabajo. Y sucedió en 2015 y ya no paré. No paré ni de escribir ni de encontrarme con personas, sobre todo mujeres, que han apostado por mí, como Gabriela Jauregui, que me invitó a participar en *Tsunami 2*. O como mi agente Marina Penalva, gracias a la que he podido publicar en el extranjero y tener oportunidades con las que nunca ni siquiera soñé. Toda mi obra literaria la escribí en momentos muy turbios de mi vida: pensando por lo menos una vez a la semana que ojalá tuviera el valor de matarme, atravesando toda la ciudad para ir a tomar terapia, con un pie dentro del psiquiátrico, escribiendo sin cuarto propio, sin computadora propia, con muchas limitaciones económicas. Hay un poema de Ana Elena Pena con el que siempre me identifiqué, que dice:

Esa chica que está fuera de control,
que se araña las muñecas y los muslos
como el cachorro de tigre que se hiere jugando solo,
que bebe y fuma con la avidez y desesperación de quien
no halla mejor medicina,
que llora y ríe a la vez porque todo le duele y todo le provoca hilaridad y orgasmo,
que se entrega con la misma premura con la que te abandona,
que a veces habla, brama o susurra como si la poseyera el diablo...

Esa chica, sí, esa chica:
cuando tome el mando de sí misma,
no habrá mujer más poderosa alrededor suyo.

Recuerdo que la primera vez que en un espacio hablé sobre lo mal que la estaba pasando, cuando escribí «Feminismo sin cuarto propio», casi me pongo a llorar. Poco a poco mi vida ha mejorado, mentiría si dijera que ya no tengo pensamientos catastróficos o deseos de morirme cada vez que algo no sale como yo quiero. Pero la vida es mucho más amable ahora y parece que cada día se pone mejor y, aunque no estoy segura de si lo que siento es felicidad, sí me siento como Jenni Rivera en la canción «Mariposa de Barrio», y es bonito y está bien.

Tercera parte

«Es un poquito complicado
tener el diablo aquí a mi lado
le dije que se fuera y no se quiere ir
al parecer él solo otra vez va a salir».
Geramx

Siempre fui «única y diferente». No importa si intentaba bailar break dance, rayar paredes, pintar un cuadro o escribir un cuento, siempre lo hacía con una sensación de nostalgia constante, de vacío interno. Como de tristeza, como de hueco en el estómago. Mis amigas del barrio me decían: Que eres muy melancólica; mis amistades de negro: Que eres muy oscura. A mi tristeza cotidiana se le sumaban episodios de impulsividad, de ponerme en riesgo, de hacer cosas muy intrépidas o temerarias. Normal, era adolescente. Pero la primera vez que me encontré con el perro negro llamado depresión menor fue cuando tenía dieciséis años. No empezó como desasosiego, empezó como enfermedad. Un día me desperté y sentí una bola en la garganta o más bien como si alguien me estuviera ahorcando. Tomé agua, me provoqué el vómito y la sensación no se fue. Le dije a mi mamá y ella me llevó al médico. No se encontró ningún síntoma de enfermedad física. Los síntomas empeoraron: palpitaciones, mareos, falta de apetito y la convicción de que me moriría pronto.

Mi madre me llevó de médico en médico y ninguno encontraba algo físico que explicara mis malestares. Fue hasta que mi tía Mayra le recomendó que me llevara con el doctor Felipe, un señor que daba consulta en un barrio popular. Llegamos a un consultorio pintado de azul claro, había un sillón forrado de plástico en una cochera que servía como recepción, y detrás de un escritorio lleno de cajas de medicamentos estaba el doctor Felipe. Me entrevistó sobre mis antecedentes médicos, me revisó la presión, analizó los estudios que me habían realizado y finalmente se centró en un interrogatorio sobre mi estado de ánimo. Le explicó a mi mamá que por mi edad no podía hacer un diagnóstico psiquiátrico pero que tenía síntomas de depresión, y me dio medicamento, un antidepresivo.

La primera vez que lo tomé me fui de peda y terminé en el hospital, me hicieron un lavado estomacal. Después los síntomas como llegaron se fueron. Se quedó la tristeza de siempre, la tendencia a hacer locuras, meterme en problemas y ganas de sacar de quicio a las personas nomás por chingar. Los

episodios del perro negro han sido recurrentes en mi vida, llegan siempre como síntomas de una enfermedad física: dolor en el pecho que me obsesiona al grado de hacerme ecocardiogramas y monitoreos Holter, mareos, dolores crónicos y falta de aire. Síntomas que casi siempre resultaba que estaban en mi imaginación y no tenían un origen orgánico. Los malestares físicos siempre vienen o venían acompañados con la idea de estar enferma de gravedad y en riesgo de morirme, preocupación desmedida por el destino de mis seres queridos ante mi muerte trágica e inesperada. La ideación de mi eventual muerte me entristecía al grado de abandonarme: no comía, no me bañaba, no salía de mi casa. Vaya, depresión mayor incapacitante. Pero además me gustaba hundirme en mi miseria escuchando canciones que le dedicaba a mis seres queridos en caso de morirme. Recuerdo en especial: «Vale of Tears» de To/die/for, que le dedicaba a mi esposo. Dios, el grado de azotamiento:

Your room is so dark
And you are too scared to fall asleep,
but I'm always there for you,
so warm is my heart for you my love,
sleep well my darling and leave,
this vale of tears behind,
land of nod is a better place,
don't feel fear in the darkness,
you can't see, but there I am with you,
I'm near, close to you.

Esa era mi vida: siempre idas y venidas a mil especialistas y siempre mil protocolos distintos de medicación. La depresión como llegaba se iba y regresaban los síntomas de siempre: necesidad de atención, mentalidad polarizada, especial interés por ver el mundo arder y desatar caos y sensación de vacío.

En el IMSS me catalogaron como una paciente inestable emocionalmente. Cada que iba a consulta por cualquier enfermedad, muchas de estas sí reales, me tiraban a león o de plano me preguntaban con condescendencia: ¿Dahlia, te estás tomando tus medicamentos? Recuerdo en especial una vez que me dio una alergia y que pensaron que era somatización hasta que se me empezaron a poner los labios morados por la falta de aire. Pero sobre todo recuerdo un disturbio visual. Esto es muy cómico porque extrañamente los médicos le pusieron especial y mucha atención a un síntoma que no podían comprobar si era real o no y cuya única prueba de existencia era mi testimonio. Un día mientras leía noté que había un punto ciego en mi visión, ese punto ciego se transformó en un zigzag de colores y luego en un aura. Cuando le dije al médico familiar y él me canalizó de emergencia al neurólogo, no podía creer que me estuvieran tomando en serio. Y menos cuando el neurólogo dio la orden para internarme de emergencia para hacerme estudios. Me internaron una semana en la Clínica 1 del IMSS, me hicieron una tomografía con contraste, una resonancia magnética, exámenes de sangre de todo tipo, incluida la tiroides, y hormonales y un encefalograma. Yo pensé que ellos pensaban que de plano ya había enloquecido, pero resultó que la neurofibromatosis, trastorno genético con el que vivo, puede causar tumores cerebrales y los disturbios visuales son síntoma de estos. Los estudios salieron normales, es decir: no había tumor cerebral ni ninguna enfermedad preocupante. Pero en el hospital estuve leyendo un libro sobre asesinos seriales y eso puso ansiosos a los médicos, en especial al neurólogo, porque encontraron una lesión en mi lóbulo frontal, y las lesiones en el lóbulo frontal están asociadas de forma estigmatizante a personas con conductas criminales y antisociales. Mirando la tomografía el neurólogo me dijo: por eso estás tan loca. Me mandó al psiquiatra.

El psiquiatra me diagnosticó con ansiedad, trastorno obsesivo puro, episodios recurrentes de depresión menor y rasgos de psicopatía sin riesgos de cometer crímenes porque, en

sus palabras, «estoy bien socializada». Me recetó un estabilizador del estado del ánimo, un antipsicótico y me mandó a casa. El disturbio visual, bueno yo chingo a mi madre, pasó a segundo plano, se enfocaron en la atrofia cortical frontal. Pero en foros de internet encontré que el zigzag de colores se llama: migraña oftálmica.

Cuando empecé a leer, sobre todo filosofía, empecé a identificarme con filósofos amargados, tristes e incomprendidos. Leía a Kierkegaard, a Cioran y Schopenhauer y decía: Ahuevo y: No mames, si soy. Presumía pasar las noches en vela leyendo *En las cumbres de la desesperación* y *El libro del desasosiego*, de Pessoa. Ser una artista atormentada que lloraba con el joven Werther y que se nombraba a sí misma como wertheriana era mi personalidad de muchacha que se viste de negro y trae un libro de Nietzsche bajo el brazo, pero también encontrarme identificada con los sentimientos de otras personas que evidentemente tenían problemas de salud mental me hacía sentirme representada. Todo bien hasta que pasé de que la tristeza, el desasosiego, el vacío constante fueran parte de mi temperamento de artista y una cualidad muy gótica a convertirme potencialmente en una poeta suicida con la ideación constante de meter la cabeza en el horno. Porque el suicidio y su idealización son material de muchas obras literarias, pero quienes luchamos todos los días con ideación suicida, poco a poco lo dejamos de ver como algo romántico y empezamos a verlo como una amenaza a nuestra vida. Hasta que mi vida estuvo en riesgo, riesgo de que me inmolara a mí misma, fue cuando corrí por ayuda.

Sería largo e inútil explicar cada una de mis crisis, de cómo me sentí cada vez que el perro negro llamado depresión venía a visitarme, sobre cómo evolucionaron los síntomas y las negligencias que cometí en el cuidado de mi misma y mi salud mental. Pero la cosa en resumen es que yo siempre fui de: Estoy enferma, me voy a morir y mi familia va a sufrir mucho sin mí, a: El mundo sería un mejor lugar sin mí, me voy a matar a la chingada. Pase de ser la loquita kul que a pesar de

ser depresiva hace cosas divertidas y temerarias que equilibran la balanza a ser la loca aterradora que cada que va a cruzar un puente sola tiene que pedir ayuda porque escucha una voz en su cabeza que le dice: Aviéntate. No sé cómo ni por qué mi tema con la muerte mutó de forma tan extraña, pero pasó. Para qué me hago pendeja, si sé. Nunca tomé en serio mi salud mental por varias razones, a veces por miedo a los efectos secundarios de la medicación, pero a veces también porque según yo «mi personalidad» es una de mis más grandes cualidades. A la gente, a mucha (claro que hay gente que piensa que soy una ridícula *attention whore* que hace cosas culeras y se justifica en que está loca), de verdad que a mucha gente le mama mi personalidad: esa dualidad de anti-heroína, el equilibrio entre valer verga durísimo pero que al mismo tiempo me valga verga literal todo; que presuma ser ojete y lo vea como cualidad, que me guste desatar incendios con mis opiniones. A la gente le mama esa Dahlia que es incendiaria, dada al egoísmo, arrebatada, cantadora de tiros. Y cuando el médico mencionó que con la medicación iba tener emociones normales, dije: No, no, ni vergas, porque como le dijo Daniela Rodrice al Tico: Lo que tú y yo tenemos es solo personalidad, si caemos gordo, ¿qué más?, ¿qué más vamos a tener?

Estaba también la parte de que había leído de antipsiquiatría, psicología feminista y análisis basados en Foucault sobre la clínica, la enfermedad y la locura. Entonces yo decía: Los medicamentos tienen efectos secundarios de la verga, ya me tuvieron que lavar el estómago una vez, los estabilizadores del estado del ánimo quizás me quiten la parte más encantadora de mi personalidad. Y además la psiquiatría es un régimen patriarcal que quiere meter a las mujeres que se salen de la norma al psiquiátrico, no me van a domar con clonazepam, locas a la calle. Me dejé perseguir por una bola de nieve, fui irresponsable con mi salud mental. Nunca me hice cargo de mí misma por una y mil razones, hasta que la bola de nieve era una avalancha. Nunca intenté suicidarme como tal, pero sí hice una infinidad de cosas muy aterradoras y alarmantes

para ponerme en riesgo y enfermarme. Mi familia, amistades y personas con las que convivía en ambientes laborales estaban hasta la verga de mi y de mis crisis. De mis crisis de llanto, de verme moreteada, flaca, ojerosa y sin ilusiones. Convivir con personas que tienen problemas de salud mental es duro. La gente se aburre, y con justa razón. Me sentía muy mal, pero esta última crisis también me reveló algo muy importante: a la gente le mama la Dahlia que es incendiaria, que escribe cabrón, que es cínica, pero no la que llora todos los días debajo de la regadera.

Un día se me pasó la mano en mi negligencia y abuso hacia mi misma y me cagué de miedo porque de verdad sí vi a la muerte muy cerquita y decidí pedir ayuda. Fui a mi Unidad de Medicina Familiar y le dije a la médico así tal cual: He tenido la sensación de que el mundo sería un mejor lugar sin mí y he estado haciendo cosas para morirme, claro, excepto tratar de suicidarme. La médico me preguntó si podía ver el daño físico que me estaba haciendo, le mostré y me preguntó: ¿Quién viene contigo? Le dije que iba sola, me dijo que me iba mandar a trabajo social porque no me iba ir de la clínica hasta que alguien fuera por mi porque me iba mandar a la Clínica 2, que es la clínica hospital, para que me internaran por riesgo de suicidio. No me dejaron ir hasta que mi madre fue por mí a la clínica. La trabajadora social y la médica le explicaron de forma muy empática mi situación emocional y le dieron la referencia en código rojo para la Clínica 2. En la Clínica 2 no sabían qué hacer conmigo, tienen protocolos para suicidas convencionales: los que toman pastillas o se tratan de ahorcar, pero no para quienes dejan de comer, o se golpean a sí mismas hasta dejarse moretones de diez centímetros.

El médico de urgencias quería mandarme al psiquiátrico de Zapopan y la psiquiatra de turno me prediagnosticó con trastorno límite de la personalidad y daba la opción de mandarme a terapia y medicación. Yo no tenía voz en mi propio tratamiento. Mi mamá y mi esposo decidieron que no me internarían porque el hospital psiquiátrico está en Zapopan,

Jalisco. Firmaron una responsiva, les dieron indicaciones de que: quiten los seguros de las puertas de su casa, no la dejen sola ni para bañarse, háganla que coma, y me canalizaron al Centro de Salud Mental de Agua Clara.

Agua Clara es el centro de salud mental estatal, está en las periferias y se especializa en tratamiento de uso problemático de sustancias psicoactivas y problemas emocionales. Te cobran basándose en un estudio socioeconómico. Pese a sus limitaciones, puedo decir que Agua Clara me salvó la vida. Para empezar por el golpe de realidad: de verdad, de verdad que es muy fuerte ver a las personas que van a atenderse, gente de las periferias de Aguascalientes que vive situaciones de precariedad, falta de acceso a servicios y condiciones de vida muy complejas. Aguascalientes es uno de los estados con la tasa más alta de suicidios. Mi vida tampoco era fácil. Según el estudio socioeconómico tenía la capacidad de pagar veinte pesos la consulta, hacia unas tres horas en traslados. Pero definitivamente era privilegiada respecto a muchas personas que iban a atenderse. También la honestidad del psiquiatra y la psicóloga. Confirmaron el diagnóstico del borderline pero fueron honestos conmigo: nada de que el patriarcado y el capitalismo, nada de que la medicación no me la quiero tomar. Nada de pobre de ti, esto es por una infancia traumática.

Fueron claros conmigo: esto es un hospital público, aquí estas consumiendo recursos que otra persona podría necesitar, se necesita compromiso de tu parte, que dejes de tenerte lástima, que dejes de hacerte la víctima y te hagas responsable de ti misma. ¿Cómo se hace eso?, pregunté. La terapeuta me dio una lista de cosas que tenía que hacer diario, si o si. No me importa si tienes ganas o no, si puedes o no, si te sientes de la verga o no, llorando, pero las haces. Fue durísimo, varios días me levanté a desayunar llorando y vomité toda la comida. Me daban ataques de pánico cada que tomaba el medicamento, duré jornadas laborales enteras llorando, no podía faltar a trabajar, era indicación de la terapeuta. Llorando, pero tenía que sacar mi trabajo. Toqué fondo muchas veces, pero la terapia

me dio las herramientas para levantarme. No fue una fórmula mágica. Fue una combinación entre la medicación adecuada para la sintomatología que me interesaba controlar, herramientas conductuales para manejar mis emociones y hacerme cargo de mí misma y círculos de apoyo.

Hay a quienes les funciona sentarse en un diván a analizar por horas por qué son cómo son. A mí no me interesa saber por qué soy como soy, me interesa ser funcional. Sé que ser funcional y borderline es un pecado «woke». Que lo socialmente aceptado en la crítica antipatriarcal y anticapitalista sería abrazar mi vulnerabilidad, pero a mí abrazar mi vulnerabilidad casi me mata. Y ahora necesito estructuras, necesito saber qué sí y qué no puedo hacer, qué me hace bien y qué no. Y buscar solo mi bienestar. Es una lucha constante y dura. Generar dinero, sí o sí. Levantarme de la cama, tenga ganas o no, si hay compromisos que sacar adelante. Limpiar mi casa como un ejercicio de autocuidado. Tengo pensamientos intrusivos todo el tiempo sobre hacerme daño, todos los días lloro abajo de la regadera, me preocupa mi salud a niveles insanos y la descuido casi que por deporte. Si algo no sale como quiero, pienso inmediatamente que ojalá me muera a la verga. Todavía tengo secuelas médicas de mis conductas del pasado, pero trabajo en tener una relación chida con la comida, con el sueño y con el cuidado personal. Me siento como exitosa y valiendo verga al mismo tiempo, pero ya no veo mi locura como un don, como una cualidad, como una personalidad, como un síntoma de capitalismo y patriarcado. La veo como lo que es: una enfermedad que pone en riesgo mi vida. Mi compromiso político más grande es mantenerme viva. Ya no abrazo mi vulnerabilidad, me acepto enferma y con necesidades específicas para sobrevivir. No me siento culpable por estar sobreviviendo, aunque eso signifique que si no hay nada mejor que hacer voy a estar todo el día en TikTok, sacar gente de mi vida, capitalizar todo lo que se tenga que capitalizar y tomar medicamento psiquiátrico.

En 2004 leí el libro *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam. Es gracioso e impresionante leer los subrayados. Han pasado dieciocho años desde entonces y reencontrarme con una Dahlia bebé que se sentía única y especial por estar bien pinche loca a la verga, fue enternecedor y revelador. Tengo subrayado, por ejemplo: las situaciones humanas impregnadas de locura son las únicas excepciones en el uniforme reino de la hipocresía. Quedé. Y no estoy soportando porque en este momento soy una señora pragmática que funciona con agenda y listas. Cuando vamos a la calle a lo que sea, así sea el cine, llevamos un itinerario y si la actividad no está ahí, simplemente no se hace. Y si se hace, me pongo como jabalí serreño. Ahora me gusta el orden, la estructura, prefiero distancia con la gente que actúa de forma impulsiva, que no controla sus emociones o busca las herramientas para controlarlas. Me convertí en el tío de botas tribaleras, tejana y hebilla ancha que dice: Mijo déjese de mamadas y póngase a bailar unos cumbiones bien locos, y me hace bien.

Cuarta parte

Nunca tuve dinero, pero fui trabajador
todo lo que tengo ha sido goteando sudor
para que vengan ahora que no lo hago por amor.
Nanpa Básico

Construí toda mi personalidad en torno a la sobrevivencia a la precarización, del comprar en la paca por necesidad, y no porque es ecológico o «woke», del reivindicar comer tacos de canasta de cinco por diez pesos, porque no había dinero para comer otra cosa. Del vender en el tianguis con la manta de la marcha del orgullo de lona para el sol. Escribí *Perras de reserva*

y «Feminismo sin cuarto propio» en computadoras baratas, viejas o prestadas. Hoy escribo este texto en una laptop de gama alta y por eso decidí escribir este texto sobre el maldito caballero don dinero.

Mi relación con el dinero siempre ha sido compleja porque «dinero no tengo, pero dios me pone donde hay». Crecí viendo dos realidades: la marginación, la precarización, el chingarle un chingo para salir de jodidos y usar como lema de resistencia «el trabajo dignifica». Sí, ya sé que en ambientes «woke» «el trabajo dignifica» es una frase de «alienados», pero allá afuera —donde sucede el mundo real para un montón de gente que sí experimenta la precariedad y que aprendió de lucha de clases viviendo en los polígonos de la marginación y no a través de la teoría—, trabajar y salir de la miseria es un acto, no solo de sobrevivencia, sino también de rebeldía. Pero también vi muy de cerca la opulencia, el lujo desmedido, no desmedido a lo gente blanca que demuestra su poderío económico viviendo en casas estilo industrial, sino más bien a lo Muñeca Diamante de Rubí.

No vengo de una familia materna, que es con la que me he criado, que sean ricos de abolengo o de dinero de toda la vida. Son en su mayoría mujeres que han trabajado un montón, la mayoría en trabajos polémicos. Han logrado salir del umbral de la pobreza y muchas de ellas incluso tener acceso a lujos. He convivido de forma cercana y familiar con gente que anda en camionetas chidas, con ropa de marcas caras, viviendo en fraccionamientos vergas y usando maquillajes Chanel, pero al mismo tiempo he visto de cerca el trabajo duro para alimentar a ocho miembros de una familia en un cuarto de cinco por cinco, el uso problemático de sustancias sin otra opción que el anexo y la bendición de dios y el desayunar un bolillo con vinagre. Mi experiencia, es decir lo que podía costear con mis recursos, era más cercano a la experiencia de la marginación que a la opulencia. Crecí entre dos realidades tan distintas y con tantos matices, además viviendo discriminación clasista toda mi vida, así que desarrollé una relación complicada con

el dinero. Dice Santa Fe Klan que, si nunca has sido pobre, no querrás ser millonario, y en la misma línea, Luis R. Conriquez, en el corrido «Me metí en el ruedo» dice: «Y miraba gente alivianada con muchos billetes/ Y yo también quería».

Quisiera desarrollar teóricamente estas dos frases de canciones de géneros populares y del por qué se han convertido en himnos para un chingo de personas, pero en corto: la precarización no es *cool*, vivir experiencias de precarización no está chido y disminuye la calidad de vida. Las personas reivindicamos estas experiencias para reapropiarnos del insulto y como estrategias contra el clasismo, pero al chile se siente bien culero no tener dinero, la falta de dinero real, no por postura política. Yo lo viví. Muchas veces tuve que empeñar o vender cosas que necesitaba, como mi computadora, para sacar el mes. Pedir lo más barato de la carta. Quedarme con ganas de un montón de cosas. Aceptar trabajos de mierda para poder pagar la luz y el agua. Pedir fiadas las croquetas de mi gata. Retrasar atención médica urgente porque no tenía dinero para pagar un servicio privado. Mientras que vivía experiencias de precariedad reivindicaba la situación: aquí en el Empeños el Tecolote, que no se raja y siempre me saca de apuros, o presumiendo que escribía líneas argumentales de cuentos mientras esperaba ser atendida en el IMSS. Me parece fundamental que se diga una y otra vez que la periferia existe porque resiste y que hablemos de nuestras experiencias desde otro lado que no sea el clasismo o la porno-miseria, porque la crítica debe ser contra el Estado que no garantiza que no existan personas viviendo bajo el umbral de la pobreza, y no para quienes resisten a ella. Pero eso no significa que esté chido comer tacos de cinco por diez pesos porque es para lo único que te alcanza.

De pronto mi situación económica empezó a mejorar. Y esto tuvo que ver en parte, sí con suerte, sí con mucha gente que me dio la mano y sobre todo trabajo o me recomendó para trabajos, pero también con que mandé al diablo ideas que tenía sobre el dinero, el trabajo y cobrar. Sobrevivir a la precariedad, y ser bellaca a pesar de ella, era el único estilo de vida

que conocí. Durante años me hice de celulares cada vez más chidos aplicando el comprarlos directamente en el tianguis, muchos sí supongo que «de Roberto», dando mi celular y una «feria a la mano». Pero, además estuve los últimos quince años de mi vida conviviendo con gente, perdón por la pedrada, que presume de tener conciencia de clase al mismo tiempo que presume los lujos que se dan. Que demonizan el dinero, pero constantemente renuncian a sus trabajos por mejores ofertas laborales. Personas que usaban maquillajes que costaban lo que yo ganaba en una semana, pero me decían que era una alienada por querer comprarme una bolsa Gucci. Gente que ama hablar de lucha de clases, precarización, desigualdad, neoliberalismo, abolición del trabajo, pero viven como los que más tienen y critican las formas de sobrevivencia de las que menos tenemos. Y eso me generó culpa. Sentirme culpable por querer vivir de mi trabajo.

Un día leí un texto de Andrea Dworkin. Un texto que mi amigui Carlos me hizo el favor de traducirme porque sabe que soy malita con el inglés. Con Andrea tengo diferencias políticas irreconciliables, pero en ese texto habla de su relación con el dinero, se llama *Cerda capitalista*, y habla de cómo las compañeras feministas la mal pagaban y la criticaron cuando empezó a cobrar lo justo por su trabajo. Dice una frase muy poderosa, que parafraseada es que cada uno sabe lo que necesita en su vida, y ella necesita dinero. Entonces, dije: A la verga con «la crítica a la generación de acumulación de capital» y el romantizar la precarización para quedar bien con gente que me habla de lucha social, pero se escama porque en los barrios se casan a los dieciséis. Empecé a cobrar mi trabajo dignamente. Y a no trabajar gratis, salvo excepciones muy puntuales.

El cambio fue radical en todos los aspectos de mi vida. Hubo muchos cambios positivos, por ejemplo, a nivel salud mental, no porque mi enfermedad mental fuera culpa del capitalismo, sino porque ahora tengo dinero para pagar los tratamientos que necesito y no los que me pueden dar en el IMSS. Sigo teniendo ansiedad, pero sí hay una diferencia abismal

entre tener ansiedad en la precariedad y tener ansiedad en la estabilidad económica. También ha cambiado la forma en cómo me mira la gente, hay tiendas donde los guardias me seguían por los pasillos, ahora que llego muy perra con tenis de marquitas ahí dos tres de que Nike y así, ¡ya casi no me siguen! Ahora a veces hasta me dicen: Pásele, señorita: ¡qué clase de discriminación es esta! Y desde luego la gente enojada porque me ven en sus espacios de gente blanca, rica. Hay un hilo de Twitter de las caras de gente blanca y rica, enojada porque personas racializadas o que son leídas periféricas están «en sus espacios».

Las preguntas han sido muchas: ¿desde dónde me posiciono? ¿Cómo acepto éticamente mi nueva situación económica? ¿Cómo abandono mi personaje de precaria pero bellaca y tránsito a «las sandalias con blin-blin y el dinero a lo Lil' Kim»? ¿Cómo me quito el trauma de la precarización que me hace pensar cada vez que compro algo caro que si todo se va a la verga como quiera tengo un chingo de cosas para vender porque los bienes son para aliviar los males? ¿Cómo dejo de sentirme culpable cada vez que quiero comprarme unos tenis Jordan? ¿Cómo se quita la culpa de clase que te deja juntarte con gente con varo que romantiza la precarización? ¿Cómo se sana la herida de clase de querer al mismo tiempo presumir que me está yendo chido para que vean que sí se puede salir de jodida sin sentirme presumida y frívola? ¿Cómo dejo de sentirme culpable por querer largarme de este barrio e irme a vivir a un coto residencial? ¿Cómo lidio con el asco que siento de mí misma por deprimirme por ir a la tienda de la esquina de mi casa y ver que venden mitades de quesos cuando yo antes compraba de esas mitades de queso? ¿Cómo dejo de sentir vergüenza porque me irrita que el señor de la tienda me pregunta que si voy a querer el aguacate porque está a sesenta el kilo? ¿Cómo dejo de sentirme farsante porque no me siento parte de las morras exitosas de Twitter pero tampoco de las que siguen viviendo en la precariedad, pero me sigo identificando más con las que viven en precariedad? ¿Cómo concilio que quiero una

camioneta Cayenne con que el mundo me sigue pareciendo injusto sin caer en la culpa burguesa?

Me está ayudando tener silenciadas las palabras «neoliberal», «capitalismo», «desigualdad», «abolición del trabajo» y todo lo que tenga que ver con críticas al sistema económico desde una perspectiva de las carmelitas descalzas, desde la romantización de la precarización, desde el moralismo, sobre todo si viene de gente de clase media/alta que nunca ha vivido experiencias reales de precarización porque no tienen otra opción. Porque escuchar sus discursos lo único que me trajo fue culpa, fue incapacidad para disfrutar, fueron chaquetas mentales. Y yo no necesito aprender de injusticia económica desde discursos que generan culpa, porque la he experimentado en carne propia. Lo que me está ayudando a sanar mi herida de clase y la culpa que me dejaron los discursos desclasados que se pintan como conciencia de clase es escuchar un chingo de morras que hacen reguetón y trap que hablan del dinero como una herramienta para sanar, para salirte con la tuya, para vivir más chido, para estar menos triste.

No soy rica y estoy muy lejos de serlo, pero sí, mi situación económica ha mejorado radicalmente y ahora tengo estabilidad y la posibilidad de tener acceso a cosas que jamás pensé que podría costear. Yo pensé, pendejamente, que, si mi situación económica mejoraba, no me haría chaquetas mentales y aceptaría mi situación con gusto y felicidad. Pero ha sido una experiencia en mitad sí satisfactoria porque ahora mi manada de lomitos come croquetas premium, pero también muy dolorosa, porque he descubierto partes de mi que ignoraba. Daniel Bisogno dijo una vez en *Ventaneando* que el dinero no cambia a la gente, solo la desenmascara, y en esa misma línea Cassu mencionó en una entrevista que para ella el dinero ha sido una posibilidad de salir de lugares donde ya no quería estar. Ahora que sí quiero puedo ir a comprar gorditas de chicharrón al tianguis o

también tengo la opción de ir a un restaurante de un costo un poco mayor, ahora que puedo elegir entre seguir comprando en la paca o comprar en otros espacios, he tenido muchas reflexiones sobre qué tanto hacemos lo que hacemos, compramos lo que compramos, comemos lo que comemos, porque no nos queda de otra, y qué tanto porque tenemos un deseo genuino por estar en esos espacios. Me ha pasado por ejemplo con el tianguis, antes era mi lugar de trabajo y mi lugar favorito para comprar. Y ahora tengo una relación agridulce y de amor y odio porque cuando pude dejar de trabajar en él me di cuenta de lo romantizado que lo tenia, lo culero que es en muchos aspectos y lo mucho que me hizo el paro para sobrevivir.

El dinero, o si quieren que use lenguaje más «progre», «la estabilidad económica», me hizo ver matices que antes no veía. Pero no solo ha sido a nivel qué comprar, qué comer, dónde comprar o cómo analizar los espacios donde una transita. También ha sido respecto a mis relaciones personales. Durante años conservé «amistades» o relaciones con personas que no me hacían sentir cómoda y lo hice porque son gente que de algún modo u otro tenían el poder para cerrarme o abrirme puertas. Durante mucho tiempo sonreí ante comentarios o bromas o actitudes que no solo me hacían sentir incómoda, sino profundamente violentada o herida. Me reí de chistes pendejos, hice de tripas corazón y me callé. Cuando mi situación económica se estabilizó y tuve la certeza de que difícilmente volveré a vivir precarización, la realidad me cayó de golpe: se pasaron de verga conmigo y yo soy chida, aunque diga que soy culera. Y mandé a la verga a un chingo de personas. No les dije: Caile a la verga porque eres deja abajo, porque qué perra hueva el drama de decirles a personas adultas que han sido ojetes para que se den cuenta que han sido ojetes. Pero he marcado distancia. Y me siento bien.

El dinero o la estabilidad económica me dio la posibilidad de abandonar espacios donde ya no quería estar. Mucha gente dice que se me subió o que siempre vi a las personas como medios y no como fines, pero siguiendo la línea discursiva del

Fantasma: «Por lo pronto me rodea la misma gente que me dio la mano para sobresalir» y de Los Dos Carnales en su obra maestra «El envidioso»: «Que si en su momento me brindaron algo estoy agradecido, pero no fue dado bien que me chingaron y no fue en ratitos». Si me usaron de token, ¿por qué se molestan si llegué a ver su amistad como relaciones públicas? La amistad se construye al ras del piso y mis amistades que han estado en las buenas, en las funadas y en las que no he podido ni sostenerme, aquí están conmigo. Constantemente estoy ante la pregunta: ¿el dinero me está desenmascarando o me está sacando de lugares donde ya no quería estar? Pienso que el dinero me dio la posibilidad de salir de espacios donde no quiero estar, y abandonarlos dejando atrás las máscaras.

Quinta parte

Te agradezco que sanes mi alma
Sobrevivo mirando en tus ojos
El resplandor de un verde talismán.
Rata Blanca

Me parece aventurado decir que hablaré sobre el amor porque en concreto hablaré sobre una persona: el Iván. Pero para mí hablar de amor significa hablar sobre él, sobre nosotros. Me está resultando muy complicado escribir este texto, a pesar de que estoy acostumbrada a sobreexhibirme. Y es que soy un jabalí serreño sin sentimientos románticos y cada vez que hablo sobre lo que para mí es el amor la gente me juzga, me dicen que soy fría, arromántica, mala persona, sin sentimientos, culera o que estoy descompuesta. Me juzgan porque no estoy interesada en sentir emociones fuertes ni mariposas en el estómago, ni andar cacheteando las banquetas por nadie.

Cuando pienso en amor no puedo pensar en flores, chocolates, cenas con velas o canciones cursis o citas tradicionales de corte «romántico» porque me da ansias. Y ya si hablamos de la infatuación me da coraje. He terminado relaciones de amistad con personas que se dejan llevar por la infatuación, porque mi cerebro no puede procesar esos niveles de irracionalidad. Entonces no entiendo el amor como demostraciones afectivas cursis o los sentimientos a flor de piel, y no es que no los haya sentido, pero los razono y trato de no dejarme llevar por las emociones, porque eso me parece estúpido, poco práctico, malo para la salud física y mental y quizás porque todavía conservo un poquito de filósofa mamadora y me voy por la línea de Sartre de no usar los sentimientos/emociones como excusa. El punto es que entonces entiendo el amor como tirar paro para sobrevivir en un mundo a veces muy de la verga.

Iván es el mayor de diez hermanos. Creció en una casa de sesenta metros cuadrados en lo que conocemos como obra negra. Sus padres eran adolescentes criando a un montón de niños. A él le tocó aprender a limpiar, cocinar y criar bebés para ayudar a su mamá. Es el primero de todos sus hermanos en terminar la secundaria y la preparatoria. Aprendió de la forma más dura a defenderse de otros vatos que se querían pasar de verga con él. Le ha costado muchísimo trabajo desaprender la violencia a la hora de relacionarse con sus pares hombres. Empezó a trabajar a los diez años: vendió paletas de hielo, manzanas con caramelo y dulces. Fue albañil, mesero, cuidador de mascotas, ayudante de cocina, lavaplatos y barman. Tuvo una vida llena de violencia clasista y racista.

En la escuela se burlaban de él por sus facciones racializadas. Le negaron muchos trabajos por el código postal de su comprobante de domicilio. Una de las primeras cosas que me gustó de él fue su ternura. Pese a venir de un contexto sumamente violento era muy dulce a la hora de tratarme, me decía «mija» y procuraba cuidarme. Es un excelente cuidador. Lo segundo fue su inteligencia natural, porque a pesar de no haber tenido el privilegio de estudiar es una persona brillante,

hace unos análisis de la realidad que me dejan pendeja. No hay día que no me sorprenda de su capacidad crítica. Él aprendió de racismo, de clasismo, de violencia, del barrio, de la calle, de precarización, de violencia policiaca, porque le ha atravesado la piel. Lo tercero que me dejó, como dicen los Cardenales de Nuevo León, totalmente cautivada, fue su forma de tratar a las personas que dan servicios: siempre es muy generoso en su trato y las propinas. Lo cuarto fue que en nuestra tercera cita adoptó un perro callejero, el perrito llegó a saludarnos y él lo agarró y se lo llevó. Ese perro fue compañero de su papá por varios años. Su costumbre de adoptar lomitos prevalece y en este momento tenemos seis: tres gatos y tres perros. Podría escribir un libro entero de todas las cualidades que me tienen como pendeja después de veinte años de relación, sobre su talento para dibujar sin haber estudiado dibujo, sobre su habilidad musical o sobre lo talentoso que es para narrar y lo generoso al cederme esas narraciones. Pero, se supone que esto se trata sobre mí.

Cuando la gente me pregunta: ¿cómo conociste al Iván?, esperan una historia de amor de película, llena de casualidades mágicas, destinos trazados, luchar por conquistar al amor. Pero no, nuestra historia comenzó afuera del Teatro del Parque, en 2005, con la cancelación de un concierto de metal gótico. Él era vecino de mi amigo Carlos. Ambos habitantes de una de las colonias más peligrosas de Aguascalientes: Palomitas 13. Los cholos de sus barrios les decían Draculín y Draculón, porque Iván era muy delgado y Carlos muy grande. Nos echamos ojitos y Carlos la hizo de cupido, dos, tres salidas y ya está. Ya éramos novios. En realidad, nunca me preguntó que si quería ser su novia, pero yo me adjudiqué el título después de que una exnovia suya, la Gelis, me dijera: Me dijeron que andas con mi ex, es un muy buen muchacho, te cuajaste, al chile yo lo dejé porque a mí me gana el desmadre y él necesita una buena mujer. Yo me adjudiqué también el papel de buena mujer. Nuestras primeras citas fueron en festivales oscuros, pero como su casa en las periferias quedaba muy muy lejos de mi

casa en una colonia popular en el centro de la ciudad, nos turnábamos: unos días venía él, otros días iba yo.

Nuestra primera noche en Palomitas 13 la pasamos abajo del módulo de policías porque había un operativo de Barrio Seguro. Mientras nos abrazábamos y dábamos besitos, policías estatales fuertemente armados se llevaban detenidos con violencia a todos los morros y morras que veían en las esquinas. Fue la primera vez que me dijo: Te amo, y yo le dije: Iván, no mames, no me puedes amar, me acabas de conocer. En nuestra primera salida a comer él pensó que me comporté como animal salvaje porque quería ahuyentarlo, pero la realidad es que como tenía toda la vida comiendo sola, no sabía de buenos modales en la mesa. Entonces yo muy fresca pedí dos gorditas de chicharrón verde con chile relleno y una de deshebrada con papas. Esto con su respectiva Coca de vidrio. Yo sorbía, me enchilaba, me limpiaba con la mano y hacía toda clase de ruidos. Él, que para ese entonces ya llevaba bastante tiempo trabajando en un restaurante de gente blanca, me veía con cara de: Vete a la verga, qué maleducada es. Pero luego se dio cuenta de que no era personal, que en general tengo malos modos. Durante nuestro primer mes de noviazgo ambos salimos en la *Tribuna Libre*, un periódico de nota roja. Yo por fumar marihuana en la vía pública, él por descalabrar de un cabezazo a un policía que le quiso quitar sus CDs de música darks. Duró setenta y dos horas detenido y le estuve llevando comida porque no le dieron derecho a fianza. El policía no levantó denuncia penal porque lo amenazamos con nosotros también proceder porque se llevaron a Iván a un terreno y le pusieron una golpiza.

Además de compartir gustos oscuros como vestirnos de negro con ropa de la paca y botas de la Coco Loca y escuchar música triste y leer a Edgar Allan Poe, el Iván y yo estábamos viviendo momentos complicados en nuestras vidas. Mi primo, al que mi madre había criado, se dio un plomazo en la cabeza por accidente y mi mamá me dejó a la buena de dios para ir a cuidarlo. Me dijo: Tú ya tienes diecisiete años, vivimos en un lugar seguro, te voy a mandar dinero, tú ahí arréglatelas como

puedas. En ese momento vivíamos en unos departamentos o vecindad remodelada en un barrio popular del centro de Aguascalientes. Yo duraba viviendo sola hasta seis meses, comía en una cocina económica cerca de mi casa, que ofertaba comida corrida en treinta pesos, o me iba a las pollerías de al lado del mercado por un poderoso caldo de patas de pollo, con arroz y mole, asistía a la preparatoria y me emborrachaba diario. Iván estaba pasando por una separación familiar complicada. Me lo traje a vivir a mi casa cuando mi mamá se iba a cuidar a mi primo.

El limpiaba la casa, preparaba la comida mientras yo estudiaba y luego se iba a trabajar. Nos empezamos a cuidar el uno al otro. Luego cuando regresó mi mamá porque mi primo fue dado de alta nos dijo: No, pues ya que se quede, pero con la condición de que nos mudemos de casa y cada uno tenga su cuarto. Y así estuvimos unos dos años, cada uno en su cuarto, hasta que ya no pudimos pagar la renta de esa casa y nos fuimos a una más pequeña y mi mamá nos dio su autorización para dormir juntos. Pero durante ese tiempo también a veces nos íbamos con su mamá a Villas de Nuestra Señora de la Asunción. Las dos, su mamá y la mía, siempre fueron muy *open mind* y aunque éramos unos chiquillos de dieciocho años nos dejaban dormir juntos. Cosas de barrio, supongo. Aunque dice Iván que quizás es que veían la conexión entre los dos. Dos chiquillos de negro, leyendo a Lovecraft o viendo películas en blanco y negro acostados uno al lado de otro. Ha estado conmigo en los peores momentos de mi vida: la muerte de mi padre, de nuestro gato Migajón, de mi mejor amiga. También estuvo en el asesinato de mi prima. Hemos vivido dos abortos juntos, en el primero él también se tomaba el té de ruda en solidaridad. He estado con él en los momentos más complicados de su vida. Nos hemos sostenido el uno al otro, algunas veces con ternura radical y otras con mucha torpeza. También hemos crecido juntos, no solo físicamente, sino como personas.

Cuando la gente recuerda anécdotas emblemáticas de su relación siempre recurren a las atravesadas por el amor

romántico, entendiendo amor romántico como velas, flores, canciones de amor, sorpresas y promesas difíciles de cumplir. Y está bien. Nosotros también tenemos momentos así. Él me ha sorprendido con regalos súper bonitos y yo a él con cenas si románticas con calaveras, música oscura y películas de terror gótico. Pero lo que recordamos como emblemático es aquello marcado por la sobrevivencia: cuando un taxista nos atropelló a propósito y le pegamos entre los dos y luego lo dejamos cuarenta y ocho horas detenido. Cuando viajamos en bici y no teníamos dinero para los diablos y yo iba parada en los tornillos de atrás y para que no me calaran me ponía unos creepers que compré en eBay. Cuando un pendejo confundió la casa de la mamá de Iván con una casa de seguridad y llegó empistolado a amenazarnos y yo hui por las azoteas y antes de irme le dije: Cámara, mi Iván, esto ya se puso caliente. Cuando fuimos al tianguis de San Felipe y el líder de los tianguistas no nos dio lugar y nos pusimos a la mala, vendimos todo y luego nos corretearon. De las veces que íbamos a comprar nuestra despensa a la tienda del ISSSTE y hacíamos la cuenta antes de llegar a la caja porque teníamos el dinero muy limitado, y de que ahora rara vez vemos el precio de lo que ponemos en la canasta. De cuando comprábamos champú del que al abrirlo con la boca te tragas la mitad. De cuando íbamos a la sierra de Jalisco a visitar a mi familia y aprovechábamos para ir a la playa que está a una hora en autobús, pero como nuestro presupuesto era muy limitado comprábamos en la tienda Ley cinco pesos de tortillas, cinco pesos de pico de gallo, una sardina, dos limones, una salsa Huichol y una Coca-Cola de 600 mililitros y hacíamos nuestro picnic en la zona gay de la playa pública.

De cuando íbamos al Coppel y veíamos las teles enormes y decíamos: Un día vamos a comprar una, y hace un año fuimos a Liverpool y vimos una de setenta y dos pulgadas en oferta y él me volvió a decir: Ya mero podemos comprarnos una y yo le dije: Hoy es ese día. Y la compramos y ahora vemos anime y películas de Marvel abrazados y lloramos y nos reímos y recordamos todo lo que hemos pasado. De todo lo que hemos

trabajado juntos: vendiendo en el tianguis, vendiendo esto y lo otro, aquí y allá, buscando siempre cómo mejorar nuestra calidad de vida. También ha habido momentos turbios. Ambos hemos cometido errores graves, hemos sido culeros y desconsiderados e incluso agresivos. La relación ha tenido altas y bajas porque llevamos veinte años juntos y no somos protozoarios, somos seres humanos complejos. Pero poco a poco hemos creado acuerdos de convivencia, de resolución no violenta de conflictos, de agradecimiento, reparación y de no repetición. Estamos comprometidos con el bienestar mutuo. Atesoro los abrazos, los besos, las citas increíbles que prepara para mí, lo sexy y brillante que me hace sentir casi todos los días, pero atesoro sobre todo su capacidad para tirar paro, para cuidar, para ayudarme a salir de la mierda, la ternura y rudeza con la que me corrige cuando estoy siendo racista o clasista.

Él todo el tiempo me dice que está orgulloso de mí. Pero no ve que si estoy aquí es en parte porque él tuvo hasta tres trabajos de mierda al mismo tiempo para que yo pudiera gastar todo mi dinero en estudiar. Él no ve que estoy aquí gracias a todo el trabajo de cuidado físico, emocional y sostenimiento de la vida que ha tenido para mí y nuestra familia de lomitos. Él no ve que cada vez que limpia toda la casa mientras yo me voy a una presentación, que cada vez que me ha cuidado enferma o con crisis de salud mental o motivándome para que tenga buenos ánimos ha contribuido. De lo mucho que su trayectoria de vida ha aportado para mi creación literaria y sus visiones sobre el mundo para mis posturas críticas. Porque cuidar es importante. Porque si yo fuera hombre y él fuera mujer la gente estaría diciendo que detrás de cada gran escritor hay una gran mujer que le sostiene la vida: él me sostiene la vida. Y todo esto también es de él. Forjar una relación a partir del romance, la mariposa en el estómago y la pasión desbordada está bien, pero en nuestro caso no han sido los cimientos clave: la clave ha sido la sobrevivencia en equipo, ser compañeros en el apocalipsis zombie, porque al final solo los amantes sobreviven.

Cuando empecé a escribir ni de pedo me imaginé formar parte un día del catálogo editorial de Sexto Piso. Esto porque en mi curva de aprendizaje solo los cñoros blancos que hablan con otros cñoros blancos, los amigos del editor, o las alumnas de los grandes maestros, tenían la oportunidad de publicar en una editorial. Pero después de que gané un par de becas literarias y un certamen nacional de cuento pensé que quizás no era tan imposible. Lo siguiente fue hacer un ejercicio de honestidad conmigo misma y preguntarme frente al espejo: A ver, culera, honestamente, si pudieras escoger, a dónde llevarías tu carrera literaria. Mi respuesta fue: Al chile, quiero dinero, éxito, que muchas personas me lean, usar la escritura para visibilizar temas que me parecen importantes y conectar sobre todo con morras que nunca se han sentido representadas por la literatura. Simón, todo eso en un mismo multiverso.

Hay quienes ven la literatura como una necesidad vital o como un don o como una pasión o un hobbie. Yo no les juzgo. Para mí es muchas cosas al mismo tiempo, y entre esas muchas cosas sí están el éxito y el dinero, porque considero a la escritura sobre todo un trabajo. Un trabajo que me permite narrarle al mundo sobre racismo, sexismo, transmisoginia y clasismo, pero al final de cuentas, un trabajo. Luego de saber exacta y honestamente, sin hacerme la interesante, de que «escribo porque amo la literatura hasta que duele», hice un análisis de, ¿mercado? Empecé, también con mucha honestidad, a hacer un trabajo de mapeo de escritoras de las que me gusta su trabajo literario, pero sobre todo hacia dónde están dirigiendo su carrera. Las empecé a leer como escritora: qué funciona, qué no, cómo logran que empaticemos, cómo abordan la violencia, cómo me siento ante ese abordaje y etcétera. Pero también a identificar en qué editoriales publican, cómo promueven su trabajo, dónde y qué estudiaron. Tracé un plan A, B y C para conseguir mis objetivos, basándome en los mapeos

que realicé y en lo que aprendí de otras escritoras, pero sobre todo en mi ejercicio de honestidad. El pedo fue, inicialmente, que yo no tenía ni idea de cómo es que se manda un manuscrito a una editorial. Así que publiqué en Facebook que cómo se hacía para mandar un manuscrito. Varias editoriales muy chidas me pidieron leerlo y Tierra Adentro muy amablemente se ofreció a reimprimirlo, pero no era lo que yo quería. Yo tenía un plan A, B y C.

Mi primera opción era si Random House. Supe que estaban recibiendo manuscritos y entonces les mandé *Perras de reserva* y me acusaron de recibido, pero nunca me respondieron nada más. Los silencios siempre los interpreto como un no. Mi segunda opción era Sexto Piso. Me mamaba el trabajo que hacían con sus autoras. En esas andaba cuando Gabriela Jauregui, a quien conocí por Brenda Lozano, que fue mi tutora en el Fonca, me preguntó si tenía algún texto sobre «ser mujer en México» para la antología *Tsunami 2*, para Sexto Piso. De verdad que dije: Ya chingué. Me sentí como el Miklo de que cuando no esperas nada y obtienes todo, eso es destino. Gaby había leído previamente mi trabajo en Tierra Adentro y estaba interesada en mi voz narrativa. En ese momento yo tenía a «Feminismo sin cuarto propio» compitiendo en un certamen literario, y no había tenido suerte en el Premio Dolores Castro, pero yo seguía aferrada. Escribí al certamen para cancelar mi participación y le mandé el texto a Gaby. Le encantó. A ella y a todo mundo. «Feminismo sin cuarto propio» llamó la atención de Eduardo y empezó a buscar *Perras de reserva* para leerme en narrativa. Luego de leerlo me buscó para externarme su interés en publicar una nueva edición. No le mostré mi emoción porque soy una criatura taciturna, pero por dentro estaba gritando de emoción desde que se presentó. Ya chingué. Ya chingué, pensé. Lo demás es historia.

Perras de reserva ha tenido una recepción muy chida y estoy muy contenta. Para mí, ser publicada en Sexto Piso ha marcado un antes y un después, no solo en mi carrera literaria sino también en mi vida entera. Ha mejorado radicalmente mi

calidad de vida. Como cualquier persona cuando está feliz, he tuiteado acerca de mi felicidad y no han faltado los colegas que con mucha superioridad moral me dan lecciones sobre la industria editorial que está detrás del éxito de mi libro, o sobre mi falta de crítica o mi amor al dinero, o sobre mi falta de talento, o sobre que no amo a la literatura de verdad o sobre que defiendo al Mercado, ese monstruo abstracto que no quiere que pensemos por nosotres mismes. Me da entre risa y coraje que personas que toda su vida han trabajado en la academia, dando clases, con plazas en universidades, o si en la industria editorial, me aleccionen sobre precarización, conciencia de clase, crítica al sistema económico, a mi que hasta 2019 trabajaba en un tianguis vendiendo ropa de segunda para completar el mes. La audacia.

O, peor aún, que me exijan sacrificio, dolor y sufrimiento por la literatura como una postura política, a mi que todos los días tiro paro a mujeres y personas con capacidad de gestar para que interrumpan sus embarazos en contextos donde el aborto es un crimen. O que quieran competir teóricamente conmigo cuando lo único que hacen es tomar atajos mentales como culpar al Sistema, Los Poderosos o El Mercado, conceptos a los que casi casi les dan omnipresencia y omnipotencia o usando frases de punks de cartón que no dicen nada pero suenan muy subversivas y que por supuesto no son un argumento: apelar al costo de una plataforma de creación de contenido, a la publicidad o a teorías de conspiración como que las redes sociales tienen el objetivo de tenernos enajenados para que no despertemos de la Matrix, no son un argumento. Y si me piden pensamiento crítico, me lo tienen que ofrecer para que haya un debate. Y cuando nos ponemos mamadores respecto al pensamiento crítico, mis estándares son muy altos, porque además de estudiar Filosofía de manera más o menos normal, soy activista. Sé qué funciona y qué no para transformar al mundo. Todos los días delinco para tirarle el paro a otras, para hacer el mundo más habitable, y me pides que no me guste ganar dinero de mi trabajo porque eso no es, ¿revolucionario?

Perdón, pero cuando pones tu vida y tu libertad en riesgo por hacer el mundo más chingón, una puede darse ciertas licencias. Yo no estoy cambiando el mundo con una postura política, lo hago en la práctica.

Y no soy idiota. Claro que sé que mi éxito se debe a que estoy respaldada por una editorial que tiene prestigio. Y sé que también estoy en un contexto donde hay una alta demanda de textos escritos por mujeres que hablen de los temas que nos atraviesan. Pero si algo he aprendido defendiendo los derechos humanos con trabajo de bases, es que hay que aprovechar todas las oportunidades, las reales y las forzadas, porque nos estábamos perdiendo de las voces de la mitad de la humanidad, y no es justo y eso debe cambiar. Pero también es verdad que, aunque muchas de las autoras que estamos teniendo éxito estamos respaldas por editoriales chidas y por las demandas del mercado, también es verdad que la mayoría de nosotras traemos mucho trabajo y talento a cuestas. Y les toca atacarse. Al menos en mi caso, si cumplo con las demandas de un mercado editorial, sí tengo todo el respaldo de una editorial, pero sí también tengo desde 2013 trabajando por generar un grupo de lectores y personas interesadas en mi trabajo. Y si también *Perras de reserva* es el resultado de años de trabajo, de lecturas, de investigación, de etnografía y de ensuciarme las manos escribiendo y reescribiendo. No soy idiota, sé que muchas editoriales, sobre todo las trasnacionales, tienen contratos abusivos donde no solo se quedan con los derechos editoriales, sino también con los audiovisuales de los autores, y les dan condiciones económicas de mierda. Sé que muchas y muchos autores tienen contratos abusivos.

Pero dentro de eso que llaman, uy el coco, «industria editorial», también están las editoriales independientes. Y en este caso, yo no sé cómo es que la industria editorial se está aprovechando de mí, si literal mi trabajo en este momento es mínimo comparado con el que hace toda esa gente englobada en ese monstruo que muchos llaman la industria. Yo en Sexto Piso no he visto una industria ni un monstruo, he

visto personas comprometidas con sacar adelante un proyecto al que aman. Cómo sentirme explotada si me despierto a las dos de la tarde y ya tengo lista mi agenda de promoción, mis boletos de autobús o avión, mis reservaciones en el hotel. Yo limpio arena de gato siempre, sin preocuparme por la distribución de mi libro. Duro horas en TikTok sin pensar en cómo promocionarlo porque hay un grupo de personas trabajando, sí, trabajando en ello. ¿Por qué mi trabajo como escritora vale más que el de Dulce o el de Eduardo? ¿Por qué debería recibir más de un veintinco por ciento del precio del libro si en este momento mi vida son vacaciones mientras que las personas que conforman la editorial trabajan ocho o doce horas? ¿Dónde está la precarización en este contexto para mí como autora? No me hagan caso, quizás es que yo sí vengo de contextos de precarización donde hasta 2019 gané el salario mínimo, y que alguien me pague por un texto lo que yo ganaba en toda una semana laboral, es sí el cielo. Yo con Sexto Piso lo único que siento es agradecimiento. Porque apostaron por mí, porque solo he recibido cariño, buen trato, preocupación genuina por mi estado de ánimo y mis necesidades. Por más que busco no encuentro a ese opresor que se está aprovechando de mi talento y que me está precarizando, y lo que sí encuentro es un espacio seguro y un equipo de trabajo. Larga vida a Sexto Piso.

3. SI FEMINISTLÁN FUERA TROYA, YO SERÍA HELENA

Es tu opinión, no es la verdad
y no tengo la culpa yo de que todo te venga mal
No te debo una explicación
ni me voy a justificar
no daré ni un paso atrás
Lo haré por mí
por comprobar que ser feliz es una posibilidad
porque me niego a ser la víctima que nunca fui
jamás lo consentí y te lo voy a demostrar
Lo haré por ti
por confirmar que sin mentir tu mundo se derrumbará
y que ese fuego que camina siempre junto a ti
no va a pasar de aquí y se apagará.
Fangoria

Una morrita muy macha

Quiero hablar sobre mi experiencia militando, militando en el feminismo. Quiero contar mi experiencia de forma honesta y transparente sobre lo que ha significado para mí ser feminista no solo a nivel enunciativo, sino también como activista de base, teórica y crítica del pensamiento feminista. Este no será un texto amable sobre mujeres que luchan juntas, será un texto realista. No esperen rosas, no esperen buen pedo, no esperen sororidad. Tampoco pretendo que mi experiencia defina a un movimiento que es muy amplio en praxis y agendas, pero sí quiero que sirva para la reflexión.

Llegué al feminismo porque la violencia tocó a mi familia. Pero mi práctica de rebeldía contra los mandatos de género empezó en la niñez. Nunca me sentí identificada con la feminidad blanca de clase media, esa que demanda que las niñas seamos princesas delicadas, frágiles y amantes del color rosa. A mí me gustaban los shorts, las chamarras ochenteras de colores, los tenis y las playeras holgadas. Tampoco me gustaban los juegos de té o los nenucos, me gustaban los juegos de química de Mi Alegría, andar en bicicleta y jugar *King of Fighters* en las maquinitas. Siempre me asumí como una niña, pero una niña que no se sentía identificada con la feminidad blanca de clase media. Hago esta aclaración para no dar lugar a los discursos esencialistas de género y que no usen mi experiencia para decir: Mira que si hubieras nacido en esta época te dirían que eres un niño trans. Porque sé que no sentirte atraída por la feminidad blanca y ser un niño trans son cosas distintas. Mi compañero de juegos era Aurelio. Había sido «asignado» «mujer» al nacer, pero además de gustarle andar en bicicleta y la ropa «masculina» era un niño trans. Cuando nos conocimos en las retas del *KOF* me dijo: Me llaman Ramona, pero me gusta que me digan Aurelio porque no soy una niña, soy un niño. Y ya está: Aurelio. Nunca me pasó por la cabeza cuestionar su identidad: ¡Aurelio, vamos a las maquinitas! Sin mayor complicación porque no tendría por qué haberla.

A mi madre no le gustaba para la nada la idea de que no me gustaran las cosas de las niñas e hizo todo lo posible por «civilizarme». Para mi madre ser civilizada era precisamente que me gustara el color rosa, las princesas y me comportara como la flor más frágil, porque sin duda la feminidad blanca y frágil tiene que ver con un proceso civilizatorio: primero había que civilizar a las «hembras» blancas para devenirlas en mujeres y luego colonizar a las «hembras» negras para devenirlas en menos «bestias». Mi mamá no lo hacía de mala fe, ella venía de un contexto rural, había vivido las violencias que atraviesan a las mujeres que no son «la mujer de mundo, de ciudad». Sabía de primera mano lo doloroso que es ser vista

como «la salvaje», la «aldeana», la «primitiva», y no quería que yo pasara por lo mismo. Pero yo tenía al lado a mi padre, que se divertía mucho con mi gusto por jugar a la baraja y montar burros, yeguas y caballos y buscar fantasmas en casas abandonadas. Entonces vivía entre dos mundos, el de mi madre de Hello, Kitty y el de mi padre de brincar charcos y cazar ranas. La feminidad blanca y la socialización de princesa frágil nunca fue un determinante en mi curva de aprendizaje, era una opción más que estaba ahí.

Mi carácter subversivo viene de nacimiento, pienso. Nunca me gustó hablarle de usted a los mayores, ni respetar reglas que me parecían absurdas, y era sobre todo una niña respondona y altanera. Tanto a mi mamá como a mi papá les causaba mucha gracia. A mi madre porque ella es así, gritona y peleonera. Y a mi padre porque él siempre me decía que yo tenía que ser una morrita chingona y cabrona. Me ponía a ver películas de mujeres fuertes como *Lola la Trailera*. Escuchábamos corridos y me decía que ante cualquier abuso de «algún cabrón» yo tenía que convertirme en una Laurita Garza o Camelia la Tejana: *una hembra si quiere a un hombre por él puede dar la vida, pero hay que tener cuidado si esa hembra se siente herida*. Cada vez que me iban a sacar sangre, que era muy seguido por mis problemas de salud, me decía: Te van a picar, pero no vas a llorar porque las niñas machas no lloran. Entonces entraba muy empoderada y le decía a la enfermera: ¡Píquele, píquele! Y por supuesto, no lloraba.

Aunque siempre fui petarda y salvaje, mi primer conflicto con la autoridad, con desafiar a una autoridad, fue en la secundaria. Como ya lo conté en «Feminismo sin cuarto propio», mis amigas del barrio se juntaron con sus novios rondando los quince años y me dejaron sola. Esto coincidió con que mi madre decidió cambiarme de la secundaria pública a una privada como castigo a mi mal comportamiento: había reprobado todas las materias por faltas, me gustaba más andar en los bailes de regional mexicano que estudiar. Así fui a dar al Colegio Renacentista, un colegio muy

económico que era dirigido por un señor al que llamaremos El Arqui, pues era arquitecto o algo parecido. No quiero una demanda de gente indeseable y por eso a lo largo de este texto cambiaré un montón de nombres.

Cuando llegué al Colegio Renacentista me pidieron que me presentara. Yo muy propia me paré al frente de un grupo de quince alumnos de unos trece años, yo era un poco mayor porque había perdido dos años escolares, uno porque tuve que repetir tercero de kinder porque no me aprendí los colores ni las letras y otro por las constantes cirugías en mi rostro. Me paré y muy fresca les dije: Hola, soy Dahlia y me gustan los bailes gruperos. Con mis amigas me iba a Zacatecas, León y Calvillo a bailar, también me gusta la cerveza y me estoy enseñando a patinar y rayar paredes. El Arqui se quedó en shock. Supongo se sintió timado por mi apariencia güera y pensó que era una niña más como el resto de las niñas. Me preguntó si mi madre me daba permiso de andar del tingo al tango y le dije que sí, que ella me daba mucha libertad. Me preguntó a qué se dedicaba mi madre y le dije con tremenda desfachatez: Ella tiene una cantina. No lo hice por molestar o por joder. Simplemente estaba siendo honesta y en mi contexto ir a bailes y tomar cerveza desde los trece años era algo básicamente normal. Y el oficio de mi mamá era un oficio más entre otros oficios poco «burgueses» que tenían las mujeres: vendedora en el tianguis, trabajadora sexual y estilista. Me preguntó si consumía drogas y le dije que sí las había probado pero que no eran lo mío. Un compañero me preguntó de qué escuela me habían corrido y le respondí que de ninguna, que estaba ahí cumpliendo un castigo por haber reprobado todas las materias y que mi plan era sacar las calificaciones más altas posibles para poder largarme a otra escuela porque estaba ahí contra mi voluntad.

El Arqui, supongo que por un montón de prejuicios clasistas y de género, porque aquí no solo era que hacía cosas no propias para las damitas, era que no hacía cosas de damita y que me comportaba fuera de la escuela como una mujer del «arrabal», empezó una cruzada en mi contra y le prohibió

a mis compañeros y compañeras que se juntaran conmigo. Edith, la que fue mi mejor amiga y a la que le dediqué mi cuento «La Huesera», no hizo caso y me empezó a hablar. A ella también le gustaban los bailes gruperos y se iba con sus hermanos a los municipios aledaños a bailar, pero no andaba de inventada diciéndole al Arqui. Ella en la escuela era una niña perfecta, responsable y femenina. Llegaron los primeros exámenes y para sorpresa del Arqui saqué puros nueve y diez porque salvaje, sí, pero pendeja, nunca. Supongo que al no tener un pretexto académico para correrme de su institución le advirtió a la mamá de Edith sobre mí. Mandó llamar a la mamá de mi amiga para decirle que yo era una morrita muy revolucionaria, que tenía unas ideas muy rebeldes y que era una mala influencia para su niña. La mamá de Edith le siguió el rollo, pero me siguió aceptando en su casa porque muy salvaje y todo, pero soy granjeadora, acomedida, todo lo pido por favor, siempre doy las gracias y, si me lo piden de buena manera, hasta agarro un tenedor para comer. En la escuela Edith y yo no solo nos ignorábamos, sino que ella me saboteaba mis trabajos escolares y mis exposiciones preguntándome cuestiones muy específicas. Pero fuera de la escuela andábamos de aquí pa'llá viendo a Los Tigres del Norte, Invasores de Nuevo León, Grupo Pesado y Banda Pequeños Musical.

Aunque soy de carácter taciturno, no tener nadie con quien hablar en los recesos si era algo muy duro, así que empecé a hacer amistad con la profesora que nos daba historia. Teníamos en común que nos gustaban las cosas paranormales y hablábamos sobre eso. El malvado Arqui se dio cuenta y: ¡le prohibió que se juntara conmigo! Yo soporté que no dejara a sus mocosos inútiles juntarse conmigo, pero lo de la profesora sí me enojó mucho porque ella era muy divertida y sabía mucho de muchas cosas, entonces me armé de valor y fui a confrontarlo. Me dijo muy seguro que el reglamento de la SEP prohibía la amistad entre alumnos y maestros y que además la maestra era una mala influencia para mi porque se vestía de negro y se pintaba el cabello de colores en vacaciones.

Esa tarde fui a un café internet e imprimí el reglamento de la SEP, lo leí y en ninguna parte mencionaba la prohibición. Al día siguiente fui a su oficina, le puse el reglamento en el escritorio y muy perrita le dije: ¿Me puede decir dónde dice que no me puedo juntar con la profesora? Me salió con la mamada de que era el reglamento escolar. Yo más perra, porque perra una nace, le dije que su pinche reglamento escolar terminaba saliendo de las instalaciones de su escuela y que quizás podía prohibirme la amistad con la profesora dentro, pero que fuera no, y que le tocaba atacarse.

Y en un desafío a su autoridad me seguí juntando con las dos, con la profe y con Edith. Pero lo de Edith era sobre todo un amor clandestino porque nadie sabía que éramos amigas, porque ella no quería perjudicar su carrera académica, y sí era muy brillante. Pero la profe y yo sí éramos más descaradas y nos íbamos a tragar pizza a la pizzería que estaba a unas cuadras de la escuela. Influenciada por la profesora me pinté las puntas de mi cabello color rosa. Al día siguiente llegué muy inventada a la escuela con mi cabello chulísimo. El Arqui fue a mi salón y me dijo: De la Cerda, no puedes traer el cabello así, va contra el reglamento, si mañana lo traes igual no entras. Yo no estaba dispuesta ni a cortármelo ni a teñírmelo, así que muy lista me compré una peineta y me hice un chongo donde me escondí las puntas. No se me veían, pero sí era muy sospechoso porque yo jamás me peinaba. Después del receso El Arqui llegó al salón de clases, me quitó la peineta y, ¡me agarró las puntas y me las cortó con unas tijeras! Frente a todos mis compañeros. Obviamente Edith y otras compañeras me defendieron y le dijeron que estaba llegando demasiado lejos. Yo agarré mis cosas y me fui. Llegué a mi casa llorando y le conté a mi mamá. Mi mamá me acompañó a poner una queja a la Comisión de Derechos Humanos y después fue a la escuela a ponerle unas cachetadas al Arqui y me cambió de escuela.

La rebeldía, los desafíos a los estereotipos de género y la subversión contra lo que considero injusto es algo que aprendí, desarrollé y puse en práctica antes de nombrarme

feminista. Antes de enunciarme como feminista aborté dos veces en casa usando misoprostol, la primera antes de que el aborto fuera legal en la Ciudad de México, y fui honesta con todo mundo al respecto. En mi universidad pedí permiso a mis profesores para faltar unos días porque iba a interrumpir mi embarazo. Para mí no era un tema de vergüenza ni mucho menos, era una decisión complicada como muchas otras decisiones complicadas que se toman en el barrio y ya está. Es importante mencionar que mi familia no es una familia progresista ni mucho menos. Ni una familia ilustrada o con una tradición de defensa de los derechos humanos. Simplemente son mujeres que toda la vida tuvieron que tomar decisiones complicadas, moralmente grises –o incluso inmorales–, para sobrevivir, y nuestros estándares éticos eran bajísimos para algunas cosas, pero altos para otras.

Cuando le dije a mi madre que estaba embarazada, la primera vez, apenas tenía diecinueve años. Ella me preguntó qué quieres hacer. Abortar, le dije. Y ella se encargó de buscar al médico que nos hiciera la receta del Cytotec. Mi madre por su trabajo siempre estuvo rodeada de personas de la comunidad LGBT, trabajadoras sexuales y personas en conflicto con la ley en diversos niveles. Un embarazo no deseado y su interrupción era una anécdota más de la vida compleja a la que se enfrentaba todos los días. Pero eso sí, me llevó a la Iglesia porque, amiga de «jotos y prostitutas», pero cristiana. La líder juvenil me dijo que mi decisión era una decisión sabia porque estaba guiada por el Espíritu Santo. Desde el momento en que me desperté y sentí que mis sentidos estaban súper desarrollados, sobre todo el olfato, luego las náuseas y luego la línea negra en mi vientre sentí que lo que se estaba desarrollando dentro de mi cuerpo era como un tumor o un alien o intruso. No hubo mucho debate moral ni una teorización feminista al respecto. Fue mucho más sencillo: tenía un problema y para ese problema había una solución: el aborto.

La información sobre cómo abortar me la dieron un grupo de mujeres feministas que se dedican a procurar abortos

seguros en lugares donde el aborto es ilegal. Así fue como conocí la palabra feminismo. El primer libro que leí fue *El segundo sexo*, lo compré en diez pesos en el tianguis donde trabajaba. Me gustó. Luego leí todo el canon del feminismo blanco, pero no me sentí del todo identificada. En mi contexto no había mujeres blancas aburridas de cuidar al marido. Me sentí agradecida con las feministas que me tiraron paro en momento complicado, pero no me sentí interpelada por su discurso ni por su agenda en aquel momento.

Hay violencias que no nos importan, hasta que nos atraviesan

Empecé a interesarme en el feminismo y los derechos de las mujeres cuando mi familia vivió la tragedia de un feminicidio. Mi prima R fue levantada, embolsada y tirada en un baldío. Para ser honesta, R y yo nunca nos llevamos del todo bien. Mucho era porque competíamos por el amor de mi mamá, pues mi mamá crio a R como hija propia, y mucho también porque yo representaba todo lo que R odiaba de sí misma y de lo que trataba de huir desesperada: la naquitud. La marca de la marginación y la violencia clasista hicieron que ella desde muy joven huyera de todo lo que le recordara su origen humilde: se esforzó por ser una dama, por vestirse como una dama y por vivir en los fraccionamientos donde viven las damas, las señoras, las amas. Y a mí nunca me interesó ser una dama, no es gratuito que uno de mis himnos personales sea la canción «Somos los que sobran», de Putilatex, que tiene un verso que dice: «No hacemos gala de gustos exquisitos, nunca pedimos la carta de los vinos». A R le molestaba mucho que yo fuera tan salvaje, tan maleducada, que desperdiciara mi inteligencia en «pendejadas» y no quisiera unirme a ella al lucrativo negocio del regional mexicano. Peleábamos un montón. Me reprochaba que me «encantaba el populacho y el proletariado». Una

vez me corrió de su departamento de lujo en una de las zonas más exclusivas de un puerto porque me dijo que me vestía naquísima y en plan villana de telenovela le contesté: Es más naco hablar como tú hablas. Agarró y me sacó a jalones al pasillo mientras me gritaba: A chingar a su madre de mi casa. Mi mamá me obligó a pedirle una disculpa. Recuerdo que la última vez que la vi chida, sin preocupaciones, nos alcanzó en la carretera en su carro deportivo y le gritó a mi mamá que era bien pendeja para manejar. En el fondo siempre la admiré, pero nunca se lo dije, la admiré porque ella y mi mamá venían de un contexto de alta marginación y ella con mucha cabeza logró salir del umbral de la pobreza y vestir Salvatore Ferragamo. Porque vivía en una casa donde se supone que no deberían vivir las mujeres como ella que vienen de contextos rurales y porque hizo todo lo que hizo en un ambiente muy machista como el regional mexicano.

La última vez que la vi se había cambiado de casa a una casa más modesta, nos recogió en un auto que no era de las marcas que ella acostumbraba a traer, nos dijo que su pareja estaba desaparecida y que tenía miedo. A mí también me dio miedo y me regresé antes de lo previsto y las dejé a ella y a mi mamá solas con sus temores. Luego una llamada en la madrugada avisando que estaba desaparecida. Googlear su nombre una y otra vez en busca de respuestas. Luego otra llamada avisando que habían encontrado un cuerpo que coincidía con sus características. Buscar la noticia en redes sociales y leer la palabra que nos ha marcado a muches en esta guerra: embolsada. A eso de las cinco de la mañana ya estaba su nombre en todos los noticieros, se enteró primero la prensa que la familia. Me encerré a llorar en el baño porque no tuve el valor de decirle a mi mamá. Sonó el teléfono, era una locutora amiga de mi madre y R. En cuanto contesté me dijo: Dime que no es cierto, me solté a llorar desesperada y supo mi respuesta. Mi mamá, que es fuerte como un roble, me abrazó y me dijo: Cálmate. Cálmate. El resto es la misma trama de la criminalización de las personas que son asesinadas en el contexto de la guerra

contra el narco. Andaba en malos pasos. Se juntaba con la gente inadecuada. Tenia lazos con tal o cual. Qué bonitos implantes. No sabemos dónde está el anillo Cartier que nos está reclamando. Carpetazo. Los titulares de los periódicos haciendo énfasis en su profesión y la historia de la familia, pero no en el crimen. La vida continuó para todos de forma más o menos normal, menos para mi, porque yo me di cuenta de que en México matan un montón de mujeres. Nada que no sepamos: impunidad, injusticia y revictimización. Pero a mi este suceso me politizó. Empecé a interesarme en la defensa de los derechos humanos y asi fue como llegué al Movimiento 132.

Feministas narcisistas y la izquierda chic

Yo debí anticipar que las cosas iban a terminar mal como en *Rebelión en la granja*, pero a mi favor puedo decir que estaba sumamente vulnerable: mi prima acababa de fallecer. Había sido la cuidadora de mi padre durante su enfermedad y me tocó verlo morir. Había atravesado por un nuevo aborto que se había complicado porque al necesitar un justificante para mi trabajo accedí a que me hicieran un legrado en el IMSS y me dio síndrome de estrés postraumático. No por el aborto, sino por el trato del IMSS en la unidad de ginecología. Además, sentía que mi mamá y mi pareja no estaban siendo lo suficientemente empáticos con mi depresión, con mi proceso de trauma y con mi duelo. Yo necesitaba desesperadamente reafirmación y que alguien empatizara conmigo. Necesitaba sentirme validada, respaldada y en una familia. Debí haber ido a terapia, pero el hubiera no existe y entonces fui a dar al 132. Qué difícil. Podría escribir un libro entero de mi experiencia en el movimiento estudiantil, pero me limitaré a lo concreto: aprendí las complicaciones de la organización colectiva, sobre el doble estándar, hipocresía y extractivismo de la izquierda, sobre todo la izquierda elegante, y sobre cómo todos

los movimientos sociales sí terminan como *Rebelión en la granja*. Y que las buenas intenciones rara vez son suficientes para cambiar el mundo.

Las primeras reuniones fueron muy emocionantes, sobre todo por la adrenalina de pertenecer a un movimiento autonombrado como «clandestino», porque hacía sus reuniones en la parte trasera de bares progres y por toda la parafernalia revolucionaria que de momento sí me cautivó: tomar mezcal con gusano y escuchar «música de rebeldía» como Manu Chao, Liliana Felipe y Bomba Estéreo. Por las fotos de Fidel, Camilo y Chávez en las paredes y que las parejas se llamaran entre ellas «mi comandante». Al inicio sí era interesante hablar por horas de las revoluciones que no pudieron ser y repensar y repasar la teoría revolucionaria. Nunca pensé que la materia de filosofía política que llevé en la universidad y haber leído toda la bibliografía obligatoria y recomendada me iba a servir para poder socializar con personas que iban a los bares a hablar del *El príncipe*, *El capital*, *El contrato social* y *La sociedad del espectáculo*. Hablar sobre libros que había leído pero que no había discutido estuvo bien hasta que no había lugar para el disenso porque había incuestionables como Marx y poca apertura para leer de forma crítica textos que iban en contra de nuestras posturas políticas como *Rebelarse vende* o los textos de Ayn Rand. Y yo no había estudiado filosofía para seguir dogmas, tener vacas sagradas y no someter a revisión mis posturas políticas. En lo que se refiere a mi proyecto filosófico y epistémico quiero mantenerme crítica y someter al escrutinio mis ideas y posturas una y otra vez. Entonces me aburrí y empecé a enfocarme solo a lo que fuera «praxis», es decir: hacer trabajo comunitario, acciones directas y de protesta. Pero estas eran pocas. La mayor parte del tiempo se iba en asambleas para discutir temas poco urgentes, por no llamarles pendejadas. Y la otra parte en discutir la teoría revolucionaria con pulque o mezcal y escuchar a Lila Downs de fondo.

Además de la falta de pensamiento crítico, también estaba que sus fiestas, una vez agotada la novedad de la parafernalia

revolucionaria, me parecieron sosas y aburridas. Y es que yo venía de otro contexto. En nuestra adolescencia Edith y yo habíamos agarrado el gusto por el alcohol y la fiesta intensa. Cuando hablo de gusto por el alcohol me refiero si a un uso problemático, al menos en mi caso. Nos gustaba ponernos hasta la madre, éramos atascadas y descaradas. Tomar mucho, amanecernos y ponernos en riesgo. Nuestros amigos góticos eran muy fresas, si había alcohol y desvergue, pero no en los niveles que a mí y a Edith nos gustaba. Buscábamos desmadre más hardcore y terminamos por juntarnos en un «picadero» en una de las colonias más peligrosas de Aguascalientes. Quienes movían la droga, en su mayoría piedra y marihuana, eran metaleros, pero ahí se juntaban cholos, punks y gente de contextos muy marginados y en conflicto con la ley. Se escuchaba a los Ángeles del Infierno, pero también se bailaban cumbias. El primer cuarto era el de los metaleros, ahí había un refrigerador lleno de caguamas para la venta, una sala armada de sillones de salas diferentes, todos forrados con plástico. Y de decoración un Cristo de cabeza. En el segundo cuarto, había tendederos de metal con todo y ganchos, sí, de los de la ropa. En una mesa había papel aluminio y botellas de Coca-Cola para usarse de embudo y drogas, muchas drogas. Ahí era el espacio del consumo de sustancias y los tendederos se usaban para «los comales». Ahí sonaban cumbias. Cada semana había pedo con la policía y una vez hubo un operativo de la AFI. Además, nunca le perdimos el gusto a los bailes gruperos y nos íbamos de vez en vez a bailar con vaqueros. Pero, como lo narré en mi cuento «La Huesera» nuestro hit eran los bailes sonideros y bailar con cholos. Lo dejamos cuando nos «juntamos» con nuestras respectivas parejas, pero nuestros estándares de rebeldía y desmadre quedaron muy altos. Porque no es lo mismo brindar por la muerte de un policía con punks de una de las colonias más marginadas que practican el antiespecismo, el antifascismo y sobreviven de la autogestión, que hablar de revolución mientras bebemos vino tinto y comemos queso de cabra.

El encanto por el mundo revolucionario se esfumó pronto por su rebeldía de cartón. Porque si mucha marihuana, mezcal y pláticas profundas pero poco conflicto con la ley y subversividad real, cosa que en mis ambientes sí pasaba. Quizás pude haber tolerado un poco más que esa banda se sintiera la cúspide de la rebeldía por cantar «correr es mi destino para burlar la ley», cuando jamás habían cometido un acto delictivo, y eran unos nepobebés hijos de políticos de izquierda de toda la vida que pasaban por lo que no eran: se sentían lumpens por usar chamarras de jerga, pero eran sobre todo unos fresas rebeldes. Pero también hubo conflictos políticos y éticos: que llamaran muertos de hambre a las personas que venden su voto por una despensa o se sorprendieran porque en los barrios las morras se juntan a los quince, o que nos querían vender a un partido de izquierda, o que muchos estaban buscando hacerse de carrera política y, ¡lo lograron! O porque muy rojos, pero ellos querían escribir los comunicados, ser los voceros y a nosotras nos querían poner a cocinar y limpiar, o porque llamaban alienadas a las personas en contextos de marginación que no querían unirse al movimiento, o que plantearan acciones para ir a «llevar la cultura» a las colonias de la periferia, sin preguntarles a las personas de esas periferias qué necesitaban y que no vieran lo problemático del planteamiento: vamos a llevarles cultura. Eso sí fue demasiado. Pero, aprendí: aprendí sobre las dificultades de la organización política, que la mayoría de las veces los intelectuales de izquierda tienen metida la cabeza en el culo y no tienen idea de la realidad social, que siempre habrá gente que use los movimientos sociales de trampolín político y que macho de izquierda, macho se queda. Pero, en los hechos concretos y sin análisis de por medio, lo que me hizo entrar y luego abandonar y luego no querer trabajar bajo ninguna circunstancia con la mayoría de las personas que estuvieron en el 132 fue, sí, la simulación, la violencia sexista y la falta de mecanismos para atender la violencia, y también la falta de una estrategia real,

eficiente, eficaz para cambiar la realidad más allá del espectáculo revolucionario, como las acciones directas.

Me fui del 132, pero a la hora de despedirme dejé en el muro del grupo de la organización un fragmento de una película, porque siempre he sido una inventada: «¿Queréis escuchar hasta el final? Esto no es un drama; es una farsa, aunque no lo parezca. Si llegamos al final pasará lo de siempre: *vosotros os levantaréis para aplaudir, y nosotros saldremos varias veces a saludar, y seremos cómplices de la farsa, de vuestra farsa. Luego volveréis a vuestras casas y todo seguirá igual. Seréis tan corruptos, tan hipócritas, tan mierdas como siempre. Pero tendréis la conciencia tranquila porque sois modernos, porque habéis aplaudido a rabiar una obra de izquierdas muy dura, "durísima, tío...". No estáis de acuerdo con el mundo que os ha tocado. Pero no hay salida, no podéis cambiarlo. Hay que aceptar las reglas del juego. Pero vosotros no sois culpables, porque todavía sois capaces de echar una lagrimita por la revolución que no pudo ser. Sois unos farsantes hijos de puta que merecéis mi más profundo desprecio*».*

En el 132 también conocí a los primeros grupos de feministas, tanto dentro de Aguascalientes como en otras ciudades y países. Empecé de lleno a militar en el feminismo. Spoiler: salió mal. Primero hablaré sobre mi proceso y mi contexto. Llegué al feminismo vulnerada y vulnerable. Pero, si puedo ser honesta, más que una víctima directa de los hombres, del patriarcado y del machismo, me sentía triste. Estaba muy deprimida. Nunca tuve la oportunidad de vivir el duelo de la pérdida de mi padre como debí hacerlo. No pude abandonarme a la tristeza como hubiese querido porque me tocó ser fuerte para poder acompañar su proceso de enfermedad. Cuando llegué a su casa y me dijo: Tengo cáncer en etapa cuatro, sentí que el mundo se me caía encima. Pero no lloré, no quería que él viera a su morrita bien macha llorar. Le dije: Vamos a darle hasta donde tope, y eso hicimos. Aguanté estoica todos los procesos médicos, incluyendo verlo perder peso y dejar de comer.

* Frase de la película *Martín (Hache)*.

Aguanté estoica verlo morir. No lloré. Y aguanté como la morrita macha que pensé que era no volver a verlo y el dolor que eso me causaba. Me pasó lo mismo con R. tuve que contener todo mi sufrimiento para sostener el de mi mamá. Entonces, cuando llegué al feminismo, a la militancia, estaba muy deprimida y vulnerable. Más que la teoría, en la que seguía sin encontrarme del todo, me cautivó la promesa de encontrar una manada. Una manada que me abrazara, me permitiera ser vulnerable y que me procurara. Encontré apapachos y reproches en partes iguales. Apapachos porque si había escucha activa, si había palabras cariñosas y de apoyo y si había esa sensación de colectividad. Pero también había reproches porque me gustaba pintarme los labios de rojo, porque me gustaba ver películas de horror/terror muy violentas, porque me gustaba la música de banda, porque me gustaban los hombres y porque compartía mi cama con uno. Me sentía juzgada todo el tiempo: porque no tenía la suficiente formación teórica, porque era incapaz de reconocer que mi esposo –que tenía trabajos de mierda para pagarme la universidad– era un explotador. Me juzgaban y me aplicaban la ley del hielo porque no hacía lo suficiente por el movimiento, como no querer pintar fuentes de rojo porque me parecía tétrico e inútil y porque no quería pegar cruces rosas sin la autorización de las madres de víctimas de feminicidio. Me miraban con desdén y vergüenza porque era una salvaje que solo sabía hablar con maldiciones, porque era una egoísta por poner mi libertad personal por encima de la colectividad y por ser violenta por defender mi personalidad y poner límites. Pero cuando necesitaban alguien que fuera a gritarles a los tomadores de decisiones que eran unos inútiles, cuando las buenas maneras ya no eran suficientes, entonces era la salvaje útil. Me usaban como perra de pelea, pero no toleraban que les dijera «perras» de cariño.

Quizá lo que diré a continuación resultará polémico para muchas personas, pero en los primeros grupos feministas en los que estuve, si miro en retrospectiva, me siento más como si hubiera sido coptada por una secta que militando en un movimiento político. Me parece muy revelador que lo que me atrajo de un movimiento político fue sentir que estaban siendo empáticas y apapachadoras conmigo, y no los postulados políticos. Lo que debería de atraernos de un movimiento emancipatorio es la propuesta política, la agenda, las estrategias de liberación, y claro que los lazos de empatía son importantes: el mirar profundo, le llama Lorde. Pero cuando la necesidad de ser apapachada, de que te digan: Siento tu dolor, no estás sola, es lo que te sostiene dentro de ese movimiento, aunque no estés de acuerdo con todo lo demás, si es una *red flag*. A cambio de la empatía que recibía, de tener una manada y de escuchar: No estás sola, tuve que dar mi personalidad, tuve que hacer cosas con las que no me sentía cómoda por encajar, cosas desde muy pendejas como cortarme el cabello y desfeminizar mi imagen, pasando por consumir solo aquello que tuviera el sello feminista: cine feminista, música feminista, literatura feminista, hasta cosas de las que hoy me arrepiento, como empezar a ver a mi pareja como un potencial feminicida, como un agresor y tratarlo en consecuencia. Pero también a alejarme de mis amigas de toda la vida porque no estaban de acuerdo con mis nuevos valores morales. Sí, me alejé mucho de Edith porque ella estaba en contra del aborto. Que otras mujeres pusieran en práctica «lo personal es político» conmigo y me reconfortaran por la violencia que había vivido me costó además mi dignidad porque empecé a permitir abuso de tipo emocional y clasista. Me sentía en escrutinio constante no solo por mis gustos o forma de ser y hablar, sino también por esa necesidad imperante de que me asumiera como una víctima del patriarcado. Yo no me sentía ni oprimida, ni

víctima. Si habia vivido violencia sexista, sexual, machista y discriminación, pero estaba en el feminismo por la violencia que vivió mi prima, no por la mia.

Me empecé a sentir una victima hasta que el feminismo y las feministas me convencieron de que lo era. El feminismo en principio creó en mi miedos que yo no tenia: el miedo a los hombres. Si, sí habia vivido violencia sexual por parte de los hombres, cuando era niña intentaron abusar sexualmente de mí. Si, fue un familiar. De adolescente un ojete puso una pastilla en mi bebida para violarme, pero mis amigas me rescataron y me llevaron a mi casa. Mi madre me llevó al médico y el médico le dijo que pude haber muerto porque la cantidad de droga estaba muy cerca de la sobredosis. Y en mi juventud un «amigo» nos invitó a mí y a Edith a seguir la peda en su casa. Esa noche habíamos ido a un baile de los Tigres del Norte, mi madre nos dio dos pases VIP para la zona de prensa. Vimos la primera ronda, nos robamos una botella de Hennessy y nos largamos a nuestro bar favorito: El Averno. Ahi nos encontramos a unos amigos. A uno de ellos le decían el Patrick porque «se parecia al protagonista de *10 cosas que odio de ti*», y nos invitó a seguir la peda en su casa. Fuimos y lo demás es la historia más universal en la vida de las mujeres: intentó abusar de mí, primero mediante la coerción, luego por la fuerza. Cuando digo fuerza estoy hablando de que me golpeó. Me dejó los brazos, el cuello, las piernas y los hombros llenos de moretones, moretones enormes y muy negros. Me abrió un labio y me sacó sangre de la nariz. Me defendí mordiéndolo y rompiéndole una botella de caguama en la cabeza. Quise poner una denuncia, pero me dijeron que era mi culpa por calientahuevos. Mis amigos le pusieron una putiza y me pidió perdón. Le dije que el perdón no bastaba, que me tenia que jurar que no se lo haría a ninguna otra o lo matábamos. Él sabia que mis amigos, los del picadero, si tenían el poder para matarlo. No se lo volvió a hacer a ninguna.

Nunca me sentí víctima ni oprimida. Sí me sentí violentada, si me sentí discriminada, pero el feminismo me convirtió

en victima. Y esto es problemático porque dice bell hooks que las personas oprimidas saben que están oprimidas aunque no tengan las herramientas para teorizar su opresión, porque la opresión, la violencia y las agresiones se sienten en la piel, y las mias las senti. Senti los golpes y la vulneración a mi cuerpo, pero no fue la experiencia que más me marcó. Mi herida más profunda sigue siendo el clasismo. Pero en ese momento el feminismo me convenció de que era una victima del patriarcado y me llené de rabia. De rabia contra todos los hombres, incluyendo mi pareja. El feminismo me creó traumas que yo no tenia y me generó miedos que tampoco tenia, empecé a tenerle miedo a salir de noche sola, a quedarme sola, a estar a solas con un hombre. ¿Tenia razones para desconfiar de los hombres? Si, muchas. Pero el feminismo me debió dar las herramientas para medir el peligro de una forma sana, desde la potencia de la resistencia y no desde el miedo que paraliza. ¿Tenía razón para odiar a los hombres? Si, a los que me habían agredido a mí y a mis amigas, pero el feminismo debió darme las herramientas para entender que los hombres participan dentro de la trama de la dominación en dos niveles: que son al mismo tiempo violentadores y violentados y que, odiarlos a todos como colectivo, no iba abonar en nada a la sanación colectiva.

Lo que sostiene a un movimiento de emancipación es politizar que viviste una violencia y entender que las violencias que vivimos obedecen a estructuras complejas, pero no sobredimensionar una violencia que no te marcó de manera significativa. Un movimiento político te tiene que ayudar a nombrar tu dolor, identificar tus heridas y a sanarlas. Pero lo que nunca debe hacer un movimiento de liberación es mediante la manipulación activar traumas que no tienes, llenarte de terror y de odio. Dejé esos espacios feministas porque me estaban haciendo daño, porque sentirme indefensa me estaba poniendo en riesgo. Porque estaba arruinado mis relaciones más significativas. Porque me hacía ser deshonesta conmigo misma nombrándome oprimida cuando solo me sentia discriminada.

Uno de los problemas principales es que en el activismo feminista desgraciadamente hay muchas mujeres que llegan muy heridas y en lugar de sanar por medio de la terapia se convierten en cristales rotos que hieren a los demás. También hay muchas «empáticas» oscuras, narcisistas e histriónicas que no trabajan en sus problemas de salud mental y personalidad y canalizan sus síntomas en el activismo generando a su alrededor espacios de codependencia entre las víctimas y ellas: ayudan a las víctimas mientras las víctimas se cuadren a todos sus deseos y exigencias. Y si las víctimas cuestionan, entonces las amenazan o chantajean. Muchas están más interesadas en el reconocimiento o en encontrar un caso emblemático para posicionarse políticamente que en buscar acceso a la verdad y la justicia. He visto a activistas manipular y mentirles a las víctimas. También he visto a activistas pedirles a las víctimas que mientan o exageren una situación. He visto activistas visibilizar casos en contra de la voluntad de las sobrevivientes. Todo esto para legitimar su trabajo, ganar un caso o probar un punto. He visto a activistas amenazar a trabajadoras sexuales de zonas de tolerancia con denunciarlas por proxenetismo o trata de personas para tener víctimas que defender y seguir siendo las heroínas y seguir cobrando los bonos de la filantropía internacional. Las he visto convertirse en mártires de la revolución morada para obtener validación inmediata, poniendo en riesgo de precarización y criminalización a otras que aspiran a ser la activista perfecta.

Para militar en el feminismo es necesario hacer un ejercicio de introyección: ¿por qué quiero militar? Y si la respuesta es solo por validación, porque estoy herida y quiero sanar, porque quiero ser reconocida o porque quiero tener un espacio de poder, porque quiero sacar mi rabia o porque quiero venganza, hay que trabajarlo en terapia. No está mal querer sanar de forma colectiva, ni querer tener validación, ni siquiera aspirar a un espacio de poder. El problema es que estas motivaciones sean las más importantes. Militar en un movimiento emancipatorio significa que tu principal objetivo es que el

mundo sea menos de la verga. Si llegas al feminismo solo buscando sanar, solo buscando amigas, puedes ponerte en riesgo de vivir violencia por parte de morras que se aprovecharán de tu estado de vulnerabilidad o de empeorar en tus procesos de salud mental. Si llegas al feminismo porque quieres validación, poder o adeptas, entonces eres un peligro y deberías asumirlo y hacerte cargo de las consecuencias políticas y personales, porque tener un trastorno de la personalidad o problemas de salud mental no justifican tu violencia. Si quieres sanar, pero también que otras sanen, no dejes la terapia y acompaña tu militancia con acompañamiento emocional y psicológico. Si quieres validación y poder: sé eficiente y eficaz para que te lo merezcas, y una vez que lo tengas, sé cada vez más perra.

Me dejé de nombrar feminista hasta que encontré a Itziar Ziga que decía: «No encarnamos una feminidad dulce y autocomplaciente, ni mucho menos. No reivindicamos la feminidad de las chicas buenas, somos perras malas. La nuestra es una feminidad extrema, radical, subversiva, espectacular, insurgente, explosiva, paródica, sucia, nunca impecable. Feminista, política, precaria, combativa, incómoda, cabreada, despeinada, de rimel corrido, bastarda, okupa, desfasada, perdida, prestada, robada, excesiva, exaltada. Borde, canalla, borracha, viciosa, barriobajera». O: «No hay mayor insumisión que la risa y el placer. Nos negamos a ser guerreras de ceño eternamente fruncido y piernas cerradas. Nos resistimos a sentirnos culpables por haber sobrevivido. Somos manada furiosa, devenimos perras». De ahí brinqué al feminismo negro y decolonial y supe que ahí era.

Encontrar mi camino

Luego de encontrar la propuesta teórica con la que me sentía identificada, vino el tema de la praxis. ¿En qué voy a militar?

¿Y cómo? Participé como voluntaria en un encuentro feminista. Ahí encontré grandes amigas a las que conservo hasta hoy, pero también conocí los primeros conflictos de las mujeres, todas juntas, haciendo la revolución. Desde la impresión que me dio ver a una señora muy famosa que hace apropiación cultural con un cartel que decía: La teoría queer es el eje patriarcal. Hasta disputas históricas entre las institucionales y las autónomas, que si la revolución feminista andaba muy cara porque se hacía en un hotel de lujo, que si había financiamiento de partidos políticos y cuentas poco claras. Mucho protagonismo, discusiones de horas para decidir la sede del próximo encuentro, muchas reflexiones sobre la horizontalidad y repensar las formas organizacionales, pero poca organización de base para trabajar en lo concreto fuera de las paredes del hotel. Ah, y mucha exotización de las mujeres racializadas a las que no dejaban participar en los debates políticos ni mesas de discusión y las tenían afuera de los salones «vendiendo sus artesanías». Supongo que esto último no tengo que desarrollarlo teóricamente para que se entienda lo racista y problemático, pero Rafia Zakaria, en su libro, *Contra el feminismo blanco*, narra algo similar. Narra que la invitaron a un encuentro feminista y que ella se preparó para participar en una mesa de discusión pero que el evento se trató en realidad de que mujeres racializadas del sur global expusieran a mujeres blancas sobre lo más representativo de sus culturas. Esto quiere decir que es una práctica normalizada dentro de algunos feminismos. Nunca volví a un encuentro de ese tipo, aunque sí se siguen celebrando. Pero, con las alianzas que realicé dentro de ese espació sí trabajé en procesos organizativos posteriores. Malena, Dianne y yo organizamos una protesta nacional contra el acoso callejero. En retrospectiva, no es algo que haría en este momento, por un tema estrictamente de posturas políticas, pero sí es importante reconocer que para mí fue un ejemplo de organización colectiva, de cómo con una buena estrategia de trabajo sí se puede convocar a una protesta masiva en un país tan grande como México. ¿Cuál

fue la clave del éxito? Que abortamos la idea de la horizontalidad y la colectividad.

Malena quería convocar una acción colectiva llamada Calle sin acoso. Me sumé para ayudarla a convocar a través de mi página de memes «E-cards feministas». Desde el día que empezamos a convocar ya había un plan de trabajo y una estructura organizativa: en cada ciudad habrá un grupo de Calle sin acoso, se organizarán de acuerdo con su contexto, elegirán una representante, esa representante entrará al grupo de acuerdos nacionales. En el grupo de acuerdos nacionales éramos treinta. Tomar decisiones sobre un comunicado, un logo, un piso político y ético básico, es mucho más sencillo que si se hace entre doscientas o quinientas. Los acuerdos nacionales fueron: el día en que se realizarían las acciones, el logo que usaríamos todas, los hashtags, las peticiones y el piso político básico. El tipo de acción directa y el horario lo decidimos cada una según nuestro contexto. Fueron treinta ciudades de México unidas contra el acoso callejero y Calle sin acoso fue nominada a mejor acción colectiva. En la primavera violeta o 24A seguimos la misma estrategia: tomar las decisiones entre quince o treinta representantes de colectividades, llegar a acuerdos nacionales, un piso ético y político en común y accionar según el contexto. Para la Marea Verde tratamos de hacer lo mismo pero se salió de control por dos razones: algunas feministas chilangas que querían dirigir la estrategia sin escucharnos a las de provincia y apostando por una despenalización a nivel federal, sin conocer nuestros contextos. Y las feministas antiderechos de las personas trans que llegaron a romper la organización con discusiones bizantinas como «el borrado de las mujeres».

Muchos procesos organizativos dentro del feminismo fracasan porque se apuesta por esas abstracciones que llamamos «la colectividad» y «la horizontalidad» sin tener claro cómo se aplican de forma eficiente y eficaz en procesos de toma de decisiones políticas. Y porque confundimos el movimiento feminista, que es de todas, con las acciones concretas

convocadas por un grupo determinado de feministas, como las marchas o acciones directas. En las marchas y acciones directas quienes toman las decisiones son quienes las convocan. Todas tenemos derecho a convocar marchas, acciones directas o buscar incidir en políticas públicas porque, sí, el feminismo es de todas. Pero no podemos decir qué sí y qué no se hace en acciones que no convocamos nosotras, porque las acciones son de quienes las trabajan. Muchos procesos organizativos también fracasan por la adicción a las asambleas, porque se gastan días, semanas, meses y años en discutir el color de un pañuelo o la ruta de una marcha y cuando hay que discutir sobre políticas públicas, acciones comunitarias y praxis que sabemos si funcionan, no hay interés para debatir. Porque las mujeres juntas que organizan la revolución muchas veces vienen de movimientos estudiantiles y han aprendido que, si una discusión no la ganas mayoreando, si la puedes ganar apelando a la horizontalidad y al consenso.

Apelar a la horizontalidad y al consenso se usa la mayoría de las veces cuando quieres sabotear un proceso organizativo. Porque muchas feministas están rebasadas por la teoría feminista y priorizan que una política pública o ley sea bien feminista a que funcione, como en el tema de la tipificación del feminicidio, que nadie me va a contar, porque yo lo viví. Las feministas estaban más interesadas en que la ley dijera «misoginia» o «violencia de género» que en que funcionara. Pese a que se les dijo que incluir conceptos que no fueran fáciles de acreditar como «misoginia» solo abonaría a la impunidad, no les importó. Priorizaron la victoria simbólica de que una ley incluyera lenguaje feminista, a que esa ley realmente garantizara acceso a la verdad y la justicia. Los procesos organizativos fallan porque a muchas feministas les interesa únicamente la catarsis, el espectáculo revolucionario, antes que las acciones que sí funcionan. Si convocas para marchar, para pintar paredes o para llorar todas juntas como hermanas, llegan miles. Si convocas para capacitar servidores públicos que están criminalizando por abortar, llegan dos. Luego

de rayar iglesias, convocar acciones nacionales, impulsar la tipificación del feminismo y marchar estrictamente los 8, 19 y 25, y honestamente no ver cambios tangibles, decidí cambiar de estrategias. Pensé mucho, mucho: ¿qué puedo hacer que sí funcione? Recordé que yo aborté y aborté bien gracias a que hubo un grupo de feministas que me ayudó. Encontré mi camino en el acompañamiento de abortos.

Ser feministar en Feministlán es como ser rica en el Turista

De forma paralela a acompañar abortos empecé a publicar mis opiniones en mi blog en Tumblr, «Organizando la rabia». Mi primer texto viral fue en 2014 y se llamó «La chica que no sabía tocar el piano y fue asesinada por un feminicida», luego vino mi vergonzoso «Nosotras no somos Ayotzinapa». Mi blog alcanzó un total de seiscientas mil visitas. Hablar claro, fuerte y tener opiniones incomodas empezó a ponerme en el mapa de mucha gente. Mis opiniones empezaron a ser valoradas y odiadas por partes iguales. De pronto me convertí en una suerte de influencer feminista. Uno de mis textos más odiados y celebrados fue: «¿Dónde está la revolución feminista que me prometieron?»:

Hoy salí temprano de casa, la vecina me dio los buenos días mientras barría la calle y regaba sus plantas. Leí en internet que al Paro se habían sumado cincuenta países y que se auguraba un suceso histórico en la lucha por los derechos de las mujeres, me imaginé una utopía cyber-punk: un mundo sin mujeres. Me imaginé caos en el kinder que está frente a mi casa por la ausencia de maestras, imaginé a los patrones de las maquilas en pánico al imaginar las pérdidas millonarias por un día sin producción; la ausencia de puestos de comida

Imaginé a todas las mujeres ausentes de todos lados. Calles desiertas. La mitad del mundo en sus casas. La mitad del mundo como pueblo fantasma. Los hospitales con enfermos muriendo a destajo por la ausencia de enfermeras. Me imaginé los autobuses vacíos, las tiendas cerradas, y no. Afuera el mundo era el mismo de todos los días. No noté ninguna diferencia: en el autobús, en las calles, en las fábricas, en las zapaterías, en los puestos de comida estaban las mismas mujeres de siempre haciendo lo mismo de siempre: ¿dónde está la revolución feminista que me prometieron?

Al llegar a mi trabajo encontré la revolución que estaba buscando, la revolución sucedía aquí y ahora en Feministlán. Revisé mi feed de noticias y, sí, había una revolución. Ahí estaban las mujeres en huelga de trabajo y cuidados de cincuenta países, ahí estaban muy bravas con sus cartulinas, sus banderas moradas, sus batucadas, sus chichis de fuera y las consignas. Pero no era la revolución que me prometieron, era la revolución feminista, que no es la de todas, porque una revolución que sucede en espacios feministas con mujeres politizadas bajo más o menos los mismos privilegios y las mismas epistemes, pero que deja fuera a las mujeres precarizadas y racializadas, no es una revolución real, o, si quieren algo menos rudo: no es una revolución completa. Entonces me di cuenta de que hay dos mundos, Feministlán o esta microsociedad global de mujeres que se enuncian y se posicionan como feministas, y el de las «otras». El paro fue en Feministlán, no en el mundo de las otras. Y eso no tendría por qué ser cuestionable si no fuera por algunos *issues* que me generan cuestionamientos.

Primero. Las vidas que importan y las que no. Ya todas sabemos que la vida de las mujeres está dentro de las vidas que no importan, pero acá también hay divisiones: la vida de las mujeres que puede generar indignación colectiva porque se consideran buenas víctimas, y las vidas desechables, la vida de las mujeres que solo engrosan las cifras. Las feministas estamos dentro de la «buena víctima». ¿Por qué? Para empezar, ya solo con el hecho de ser activistas somos consideradas

«buena víctima», porque en caso de morir asesinadas se especularía que fue por defender los derechos de las mujeres, y generaría indignación, al menos la de ciertos sectores sociales. Por otra parte, el riesgo de ser víctima de violencia machista y no sobrevivir a ella por no tener herramientas o redes de apoyo, NO es el mismo en todas las mujeres. Ser feminista NO nos hace inmunes a vivir violencia, pero SÍ nos da herramientas para sobrevivir y para salir triunfantes. Hacer ejercible el derecho a una vida libre de violencia es la mayoría de las veces un privilegio epistémico, de clase y de raza. Entonces, leí en las publicaciones: Yo paro porque quiero seguir viva. Yo paro porque no quiero que me paguen menos. Yo paro porque quiero abortar sin que me lleven a la cárcel. Yo paro porque quiero que me dejen de acosar en el camión, escrito por mujeres que tienen herramientas para exigir pagos justos, que pueden abortar sin riesgos, que saben defenderse de agresiones, que politizan el trabajo de cuidado, y me daba mucha risa. ¿Paras por conservar tus privilegios de clase y epistémicos? Qué chingona tu revolución.

Segundo. El trabajo que es vital para el funcionamiento del capitalismo y el trabajo que aunque no es valorado no hace la diferencia en casi nada. Explico: el sistema sexo/género se alimenta de la explotación de ciertos cuerpos y de ciertas vidas, no de todas. El trabajo de las mujeres obreras en las maquiladoras, por ejemplo, es vital para su funcionamiento, pero el mío, no. Si yo paro solo afectaré a mi jefe directo y a mis compañeros de trabajo, pero al capitalismo/patriarcado, no. PERO si un día paran las mujeres de las maquilas de Ciudad Juárez para exigir seguridad vital, eso sí sería un gran golpe al sistema. La fuerza de trabajo que sostiene al sistema moderno-colonial de género es aquella que está precarizada, es aquella que realizan las mujeres de color, es aquella que hacen las mujeres precarizadas de las periferias. El trabajo en la academia, en las oficinas, en la ciencia, en las artes, no. Parar en estas áreas puede servir para visibilizar la importancia de las mujeres en todos lados, pero no para modificar la estructura del sistema

Tercero. Paradojas. La paradoja acá está en que la fuerza de trabajo que sostiene al sistema es precisamente la que producen aquellas vidas que no importan. ¿Ciudad Juárez? ¿Estado de México? Los números rojos en feminicidios, precariedad laboral, violencia racista están entre las mujeres racializadas, de la periferia y trabajadoras precarizadas, no en las académicas, artistas, blancas y mujeres de clase media alta. ¿Y quiénes son las que están parando? Las segundas: las vidas que SÍ importan y cuyo trabajo NO es vital para el funcionamiento del sistema: ¿qué clase de revolución es esta?

Cuarto. Acá en este punto me podrán decir: Estoy parando por aquellas que NO pueden parar. Sororidad, le llaman. No. No estás parando por ellas. No digas que sí, aunque tu intención sea buena no lo estás haciendo, esa es demagogia pura, y es tiempo de que reflexionemos sobre ello. Si estuvieras parando por «las otras», en lugar de no ir a tu trabajo para irte a la batucada, estarías en la fábrica, en la comunidad, en el barrio de la periferia preguntando: ¿En qué puedo serles útil? Acá y de momento lo único que estás haciendo es demostrarnos que todavía puedes indignarte, pero la indignación no compromete a nada. Si te molesta lo que te estoy diciendo porque tu rebeldía, tu rabia, tu cuerpo desnudo lleno de consignas te pregunto: ¿Qué perdiste con parar? ¿Un día de salario? ¿Tu trabajo? ¿A quién afectaste con tu paro de labores y cuidados? ¿Qué diferencias hay para las mujeres empobrecidas y racializadas después del paro? ¿Cómo este Paro Mundial va a mejorar las condiciones de vida de las mujeres que no tienen los mismos privilegios que tú? Ahora tienes tus respuestas.

Quinto. La indignación y la falsa sororidad. He leído hasta el cansancio las razones por las que cientos de feministas van a parar. Paro por el aborto seguro. Paro porque dejen de matarnos. Paro por trabajos no precarizados. Paro porque los trabajos del hogar y de cuidado sean valorados y remunerados. Paro por esto y por lo otro. Pero al noventa por ciento de las mujeres que hoy paran las he visto preferir tomar un café con las amigas feministas y hablar de violencia en un espacio seguro que

tomar un curso para tramitar amparos. Y no es que esté mal ir a tomar café con las amigas, pero está jodido que pienses que con eso están construyendo la revolución. He visto cientos de mujeres en marchas por el derecho a decidir, pero son incapaces de acompañar un aborto. He visto a decenas parar hoy, pero pagan sueldos de miseria a las trabajadoras del hogar que les limpian la casa. He visto a miles decir: Paro por ti, hermana, y luego quieren despojar a las trabajadoras sexuales de su trabajo. He visto cómo se rasgan las vestiduras contra la violencia, cómo se indignan, cómo dicen que no quieren ser la siguiente, y he leído todas sus razones para parar, pero cuándo las he visto solidarizarse en lo concreto con las trabajadoras sexuales y sus derechos, con las trabajadoras del hogar, con las mujeres empobrecidas y racializadas. Las veo con pancartas en batucadas y rayando paredes, pero rara vez me he enterado que estén acompañando a una víctima de violencia al MP o que estén haciendo algo por las mujeres que no son sus amigas feministas. Esas inconsistencias entre su indignación y el usar sus privilegios para solidarizarse con luchas que no son las suyas, por buscar hilar rebeldías con otras mujeres para construir cambios concretos, me hace mucho ruido. Siento que priorizan las acciones directas, las marchas, las cartulinas y las manifestaciones a la ayuda concreta y la solidaridad real. Y hoy fue un ejemplo de ello.

El paro, lo lamento, no fue más que un *performance*. Un turismo de mujeres con privilegios hacia las herramientas que han desarrollado las mujeres obreras y de color para hacer escuchar sus voces, por no decir un robo.

Mucha gente dice que mi «éxito» actual es una cosa de suerte o del mercado editorial o de amiguismos. Pero, también es que tengo años hablando fuerte, claro y soez sobre mis opiniones políticas y eso ha generado interés en mi trabajo. Antes de tener una plataforma como Sexto Piso mis textos ya se hacían

virales y mi blog había sido leído por seiscientas mil personas. Ingresar a la industria editorial en todo caso amplió mi plataforma y me dio legitimidad en algunos sectores.

Salir de la secta y regresar a los zulos

Empecé a acompañar abortos por la cruz escarlata de mi frente: «Dahlia abortó, pregúntale cómo». Entonces venían y me preguntaban cómo y yo les decía. Mis primeros acompañamientos fueron a mujeres cercanas a mi círculo: mis vecinas, mis cuñadas, mis compañeras de la escuela. Lo hice oficial con Chiquita. Por ahí de 2013, mi suegra se mudó a Villas de Nuestra Señora de la Asunción, la colonia más grande de Aguascalientes, y también una de las más violentas y con altos índices de marginación. Uno de tantos días de visita había un grupo de morritos con mi cuñado fumando mota afuera de la casa. Cuando salí a la tienda, Chiquita, de trece años, me alcanzó y me dijo: «Mija, me dijo el Rana que tú sabes cómo hacer que se me venga el niño, estoy embarazada y soy bien loca y no quiero tener un morrito, no quiero ser como mi jefa, sin juzgarla, verdad». Lo primero que le pregunté desde mi adultocentrismo e incipiente feminismo fue: «¿Cómo te embarazaste?». Ella se empezó a reír y me dijo: «Pues cogiendo con mi novio, ni modo que cómo». Yo honestamente pensé que se trataba de un caso de violencia sexual porque en mi marco teórico feminista era imposible pensar en una niña de trece años embarazada por un ejercicio autónomo de su sexualidad. Chiquita me contó que su mamá la apoyaba y me pidió que fuéramos a su casa para que yo le explicara a su «jefa» cómo abortar. Fuimos. Tuve que hacer un ejercicio enorme de contención para no soltarme a llorar. Su mamá era una joven de apenas veinticinco años. Una niña criando a cinco niños en un espacio de treinta metros cuadrados, tratando de mantenerse limpia de cristal, y que no

quería una responsabilidad más. Me invitó un vaso de caguama, me lo tomé con ellas mientras les explicaba. Chiquita, con ayuda de su mamá, pudo abortar sin ningún tipo de problema. En mi siguiente visita la vi moneando en la esquina y me hizo la seña de amor y paz. Le mandé un beso con la mano.

Chiquita les dio mi número a otras morritas y esas otras morritas a otras morritas y de pronto sin querer ya era acompañante. Para protegerme, porque en Aguascalientes participar en un aborto es delito, hice una página web donde vacié toda la información sobre aborto seguro en casa con misoprostol y me hice de un número exclusivo para acompañar. Empecé a pegar stickers de «Podemos Abortar», mi número y la página en espacios públicos, como autobuses y paradas de autobús. También empecé a difundir mis datos en internet. Al principio era anónima, pero poco a poco le fui perdiendo el miedo y me empecé a ver en persona con las morras para darles información, sobre todo con aquellas que no sabían leer. Así conocí a la Warrior, quien marcó mi filosofía del aborto en casa. A la Warrior le di la información en unos columpios del parque que divide la periferia del resto de la ciudad. Iba rumbo a una fiesta de perreo y pensaba abortar el domingo. Tenía doce años, iba apenas a cumplir los trece y estaba embarazada de su novio de trece. No quería tener un bebé porque quería seguir perreando. Abortó el lunes y el sábado ya andaba en otra fiesta. Al inicio si me escandalicé porque ni un reposito ni nada, ni un lutito ni nada. Pero luego pensé: es mejor perrear tu aborto a tener que visitar al psiquiatra para reponerte de la violencia que viviste mientras abortabas.

Decidí que mi camino sería el de acompañante de abortos. Y lo hice por dos razones, la primera por mero pragmatismo. Yo necesitaba militar en algo que funcionara, que transformara la vida de mujeres concretas ahora mismo. Pero también porque como dice Yuliana: Una siempre piensa y actúa desde las heridas y yo sabía perfectamente lo que es abortar con miedo y la tranquilidad que da que alguien te diga que todo va a estar bien. Alrededor del mundo la información sobre cómo

abortar con misoprostol fue una práctica que revolucionó el acceso a un derecho que en muchos contextos es un delito. Pero, aunque fueron más Mujeres Sobre las Olas las que iniciaron la colectivización del protocolo de miso, fueron las mujeres negras de las favelas de Brasil las que descubrieron cómo usarlo para abortar de forma segura. En Latinoamérica ya existía la línea de aborto seguro en Chile y en Argentina las Socorristas en red. Leí todos los manuales disponibles, vi documentales y revisé la evidencia científica que había hasta el momento. Cree un Tumblr donde vacié la información y diseñé los primeros manuales que se empezaron a socializar en México de forma libre. Difundí los manuales y la información sobre cómo abortar de forma segura usando misoprostol en mi página de E-cards. Pero no daba acompañamiento, solo la información. No daba acompañamiento porque me daba miedo ser criminalizada. Luego encontré fundamentos legales para dar acompañamiento, como la libre expresión, y empecé también a acompañar. Compré un chip para abrir una línea de aborto seguro y empecé a dar información, monitoreo y acompañamiento.

Las feministas se escandalizaban al escuchar la palabra clandestinidad, citaban tratados internacionales que no tienen dientes y me decían que si la CEDAW recomienda que no sean clandestinos, que si la ONU dice que la obligación del Estado es procurar que las mujeres tengan acceso a la interrupción del embarazo legal y gratuita. Que «si aborto sí, que si aborto no, eso lo decido yo» siempre y cuando sea en un hospital (sobreviviendo a la violencia obstétrica), con un doctor (misógino), y el permiso de papá Estado. Que si mejor hay que informar sobre el uso de anticonceptivos para evitar embarazos no deseados. Que si la interrupción legal del embarazo ya es una realidad en la CDMX, por qué mejor no invitamos a los cuerpos que quieren abortar a que lo hagan allá; que si es una irresponsabilidad difundir información tan «delicada» porque el aborto no es un juego. Que si el síndrome postaborto; que si abortar en casa es un delito. Que si el aborto es una experiencia traumática. Durante años me dediqué a contestar

estos juicios y cuestionamientos porque para muchas feministas la lucha por el aborto libre se debe enunciar como «abogar por la interrupción legal del embarazo» y debe darse solo en el marco de los derechos humanos, respetando las recomendaciones de la CEDAW. Muchas feministas dicen que no debemos decir lucha, porque lucha hace connotación a la guerra, y la guerra es patriarcal, claro, como si la docilidad, el pacifismo y el amor no fueran construcciones patriarcales. Empecé a plantear preguntas: ¿Realmente hemos analizado lo que dice la CEDAW respecto a la interrupción legal del embarazo? ¿Conocemos las lagunas jurídicas que tiene? ¿Podemos basarnos en una herramienta que recomienda, pero no exige, que sentencia, pero no castiga la omisión? ¿Podemos poner toda nuestra confianza en una herramienta que es tibia al señalar que las leyes de ILE deben ser congruentes con las legislaciones de cada país? ¿Anticonceptivos para no abortar realmente es una consigna a favor del aborto? Pronto me di cuenta de que todes estaban a favor de «la libre elección», hasta que se habla de aborto libre en casa con pastillas. Mi trabajo no solo era dar información y acompañamiento, sino también informar por medio de publicaciones en redes sociales al personal médico y otras feministas sobre la importancia de colectivizar cómo abortar de forma segura.

En 2013 que empecé a acompañar no se hablaba de aborto en casa en México. Ni siquiera las organizaciones feministas lo hacían, aunque tuvieran el conocimiento. Y si lo hacían era de formas muy discretas. Yo empecé a colectivizarlo a lo desgraciado sin estigmas ni reproducción de miedos. Y aun estando en un contexto de leyes restrictivas, de abortos inseguros y de criminalización recibía mucho odio y me decían que difundir información sobre el uso seguro del misoprostol era contrarrevolucionario porque entorpecía el acceso al derecho de la interrupción legal del embarazo en el marco del respeto a los derechos humanos y las recomendaciones de los tratados internacionales. «Hay otras formas de apoyar la libre decisión». «Yo estoy a favor de la libre elección, pero no así»

Pero, pero... ¿cuáles son otras formas? ¿Las marchas a las que solo vamos los grupos feministas? ¿Las iniciativas que pueden tardar años en ser aprobadas? ¿Las AC que ayudan a las mujeres a viajar a ciudades donde existe la ILE? ¿Negociar con las instituciones que generan políticas públicas que obligan a mujeres racializadas a esterilizarse? Claro, todas estas son opciones... Pero mientras «alcanzamos el derecho al aborto», ¿qué? Seguimos yendo a las manifestaciones a gritar «¡Aborto sí! ¡Aborto no! ¡Eso lo decidido yo!», pero somos incapaces de tirarle paro a una mujer para que aborte en su casa de forma segura sin pedir perdón ni permiso, les preguntaba. Me llamaban irresponsable por difundir información sobre abortos libres en casa. Un día decidí dejarlo por la paz porque estaba rebasada por los mensajes que solicitaban información.

El trabajo me sobrepasó. La cantidad de mujeres que abortan es de que te mueres: son un chingo, pero un chingo. Entonces invité a mis amigas a unirse al clan de aborteras del pueblo. Así iniciamos Aborta Segura. En Aborta Segura incorporamos los elementos más efectivos de todas las líneas de aborto del mundo, pero quitamos aquello que no favorecía. El adultocentrismo: hay organizaciones que no dan información a menores de edad. Nosotras sí. La judicialización: hay colectivas que piden INE, bajar programas específicos de comunicación, e incluso ecografías. Nosotras no pedimos nada: hemos dado información a trolls, hombres, policías y gente provida, porque nuestra premisa es facilitar el acceso a la información sin ningún filtro. La exageración de los efectos: muchas colectivas todavía socializan el aborto con misoprostol como algo de cuidado. Nosotras no, para nosotras es algo que puedes hacer mientras perreas. He acompañado mujeres de doce a cincuenta años. Casadas, solteras, madres, jefas de familia y trabajadoras sexuales. Cagadas en varo y sin dinero para el misoprostol. He mandado misoprostol en cajas de maquillaje y en libros a todo México, lo he entregado en la mano de morras y también lo he dejado en casilleros de supermercados. Me han dicho que abortan porque son veganas y no van a

comer carne por el bienestar de un embrión, que se acaban de hacer la cirugía de sus sueños y no la van a arruinar con un embarazo, me han dicho que es un embarazo deseado, pero perdieron todo por el sismo y el futuro es incierto, me han dicho que sus esposos las van a matar a golpes si se enteran de que están embarazadas. Las mujeres abortan solas, y a escondidas. Esa es la generalidad. Tenemos teatros armados para fingir abortos espontáneos y engañar a todo el mundo o conseguir la incapacidad del IMSS, pero también guiones para hacerlo y que nadie se entere.

En 2015 vimos una convocatoria de un fondo para activistas. Decidimos postularnos y nos dieron nuestro primer financiamiento. Con ese primer financiamiento creamos una imagen «corporativa», un piso ético y un nombre. También nos constituimos legalmente y creamos materiales personalizados para hablar de aborto. En un año Morras Help Morras ya tenía imagen «corporativa», logo, materiales propios, página de internet y dos líneas de aborto especializadas. Mientras triunfábamos nacionalmente, fracasábamos en Aguascalientes. Porque aunque Morras se leía como una colectiva feminista nacional, nuestro objetivo era reducir los embarazos en adolescentes en Aguascalientes, porque desde nuestra visión adultocentrista y colonialista y de salvadoras blancas las adolescentes de las periferias de Aguascalientes iban a salvarse de los embarazos adolescentes gracias al aborto. Fallamos.

Al principio, en Aborta Segura queríamos enfocarnos en las morritas de la periferia. Aguascalientes está en los primeros lugares de embarazos en niñas de doce a quince años. Entonces tapizamos la periferia de stickers y grafos de Aborta Segura y nuestro número. Nuestro objetivo era también no dar la información desde el clasismo y el adultocentrismo, queríamos que supieran que estaba bien preferir perrear o ponerle al chemo y a la mota que tener un bebé. No lo logramos. Chiquita y Warrior son excepciones. He acompañado unos cinco mil abortos: solo dos son de morritas de la periferia.

La mayoría de las chicas que nos buscan de las periferias son mayores de quince años y ya están instaladas en la lógica de la periferia como casa-dormitorio: su vida está en el centro de la ciudad, trabajando en las zapaterías o tiendas de ropa. Las más jóvenes prefieren llevar a término sus embarazos. Hicimos una breve encuesta preguntando a morras de doce a quince años por qué no consideraban abortar y nos encontramos con que ven el embarazo como una vía de escape de sus casas, donde hacían labores de cuidado y crianza. Según sus matemáticas, es mejor irse a vivir con la suegra y cuidar a un bebé que cuidar a sus siete hermanitos. Pero no siempre les salen chidos los planes, porque en la casa de la suegra se tienen que «acomedir» y terminan limpiando y criando igual o más que en sus casas. Entonces, en ese contexto inmediato de fracaso de Aborta Segura en las periferias, creamos Perrea tus Derechos, un proyecto integral que busca alternativas para que las morritas de las periferias se emancipen bajo sus propios términos.

Con Perrea tus Derechos he llegado a casa a llorar. He surcado la periferia escuchando cumbias en un autobús conducido a toda velocidad por un morro hasta el huevo de perico para aguantar las doce horas de trabajo. He llorado de tristeza, rabia e impotencia. Porque llegamos allá a los asentamientos irregulares, caminado sobre charcos de aguas negras a hablar del sistema sexo/género a morritas que viven en casas de lámina y que su problema no es que un embarazo, sino que el agua se les mete y moja sus camas cuando llueve. Ahí donde se intersecciona la clase, la raza y el género, la realidad es abrumadora. Mis morritas tienen todo en contra, y yo quiero solucionarlo todo con pastillas de misoprostol y mi pañuelo verde en el cuello. Hay días en que no les quiero hablar de qué significa el feminismo, porque me siento pendeja de que mi preocupación sea que ellas tengan una mala idea del feminismo, cuando en su vida diaria se enfrentan al papá cricoso, a los ríos de mierda y la desesperanza. A veces solo perreo con ellas o lloramos con canciones de la banda MS o les pido que me cuenten de sus novios porque me siento más honesta. Siempre antes de

irme les anoto mi número de teléfono, mi Facebook y les pido que me contacten para cualquier cosa. Me mandan mensajes para pedirme consejos respecto al novio, al papá, pero nunca para abortar. Las veo en sus Facebook compartiendo fotos con sus bebés en brazos, tirando barrio en murales de San Judas Tadeo o posando sexys en patios alejados de nuestro concepto clasemediero de bienestar, y las veo tan felices.

Lei a un tuitero criticarme por reivindicar el barrio. Dijo que la marginación, el empobrecimiento y la violencia genera delincuentes y «mamás luchonas», que nada bueno puede salir de un barrio pobre y violento. Una feminista me dijo un día que nuestro trabajo en las periferias era valioso porque estábamos disminuyendo la tasa de natalidad y con ello a los «Kevins y las Britanis». Y luego veo a las morritas rifándose con todo en contra y recuerdo a Rafeef Ziadah en su poema: «Nosotros enseñamos vida, señor». Hay niñas que se levantan a las cinco de la mañana para ir a ver a su mamá al penal, que está presa por vender mota para poner un plato en la mesa. Hay niñas que no terminaron la primaria porque tenían que quedarse en casa a cuidar a sus hermanitos mientras papá y mamá trabajaban en la maquila. Hay niñas que viven en casas de cartón que se destruyen con el viento del lobo feroz. Y hay gente que me dice que hago un trabajo genial porque nada bueno va a salir de los vientres de esas niñas, que mejor que se extingan las mamás luchonas para que ya no haya delincuentes. Y luego veo a Lupita con una sonrisa de oreja a oreja con su bebé en brazos, posando en el mural tributo a su hermano que mató la tira a palos, y pienso: aquí se enseña vida. En la periferia se enseña vida, quizás por eso las morritas no quieren abortar.

De 2015 a la fecha en Morras Help Morras hemos tenido al menos diez financiamientos de al menos cuatro fondos diferentes, pero no fue sino hasta 2020 que empezamos a pagarnos de forma chida nuestro trabajo. Si me preguntaran cómo empezó Morras Help Morras diría que fue con Sofía y yo sentadas en la banqueta de un barrio bravo comiendo con las manos pastel vegano para celebrar el aniversario vegano de Sofi. Las dos la estábamos pasando muy mal, tanto emocional como económicamente. Ese día nos prometimos que un día las cosas iban a mejorar. Pero no sabíamos cómo. Sofía era apenas una estudiante y yo estaba recluida en mi trabajo como editora de noticias internacionales. Aunque ya hacíamos activismo y estábamos recibiendo financiamiento nuestro presupuesto en ese momento no alcanzaba para retribuir nuestro trabajo lo suficiente para sostener nuestras vidas. Y es que, en el activismo feminista, aunque se problematiza la gratuidad de los trabajos de cuidado, y el activismo no es otra cosa que cuidar, cobrar por hacer activismo está mal visto. Parece que entre más te sacrificas, más legitimidad tienes. Nosotras veníamos de militar en espacios donde militar desde la autonomía y la autogestión era el feminismo de verdad, mientras que se despreciaba a las feministas que accionaban desde las colectivas que recibían financiamiento. Sin mayor argumentación o profundidad bastaba y basta todavía con decir: Soy autónoma y autogestiva, para que te coloques dentro de las feministas de verdad, las que sí son anticapitalistas, las que sí son antisistema, las que no se venden.

Como resultado de esta narrativa hay cientos de activistas que ponen en riesgo su salud física, económica y mental por mantenerse pulcras y no venderse. Nosotras fuimos de esas, de esas que en nombre de la autonomía y no claudicar vendiéndonos a los «poderosos que manejan la filantropía internacional» nos precarizamos y autoexplotamos. Durante varios

años en Morras Help Morras generamos contenido educativo para redes sociales, acompañamos por lo menos cinco abortos diarios y dábamos talleres en colonias de las periferias solo a cambio de los gastos corrientes. Sin pagarnos un peso por nuestro trabajo. Y ahí estábamos, mucho activismo, muchas mujeres acompañadas, pero llorando sentadas en el piso comiendo con las manos un pastel vegano porque no nos alcanzó el dinero para comprar cubiertos desechables. Sin tener dinero para atender nuestra salud mental. Cuidando de cinco mujeres al día, pero sin practicar el autocuidado. Sosteniendo la revolución con nuestro trabajo gratuito. Sosteniendo la lucha colectiva precarizándonos. Los fondos ahí estaban, íbamos para nuestro tercer financiamiento. El problema era que nuestra moralidad de feministas de verdad nos impedía pedir más presupuesto para incluir salarios. Nos parecía impensable. Eso era vendernos. Eso era lucrar. Preferíamos no tener dinero para comprar medicamento psiquiátrico a abandonar la etiqueta de autónomas y autogestivas.

Esto cambió por diversas situaciones. La primera fue acompañar un caso de una morrita a la que se le negó la aplicación de la NOM-046. GIRE nos ayudó con todo el litigio estratégico, pero también con el financiamiento para garantizar que la víctima tuviera acceso a la ILE y a la reparación del daño. Ahí nos dimos cuenta de la importancia de abortar la pulcritud teórica para garantizar tener los recursos para resolver. El dinero sí puede ser la diferencia entre poder resolver o no un caso. La familia estaba dispuesta a vender su auto o endeudarse para pagar el viaje a la CDMX y que su hija pudiera interrumpir su embarazo. No fue necesario porque existen feministas que trabajan procurando fondos. Ella interrumpió su embarazo en una clínica libre de estigmas, se hospedó en un hotel súper bonito y se trasladó en avión. También se logró la reparación integral del daño. Pero para ella y para la familia fue muy significativo que además de preocuparse por su bienestar y que tuviera acceso a la justicia, las consintieran con viaje en

avión y un hotel bonito. El dinero puede ser una herramienta de sanación y de acceso a la justicia.

Lo otro fue que en 2018 empecé a buscar trabajo porque la beca del Fonca había terminado y por mi edad no iba poder solicitarla nuevamente. Ya no quería regresar al tianguis y pensé que haber tenido tres becas literarias seguidas y mi experiencia como activista me generarían oportunidades laborales. Además, había decenas de personas que me adulaban todo el tiempo: eres súper brillante, te admiro tanto, te quiero mucho. Empecé a buscar trabajo, primero como asesora en temas de género, feminismo, derechos humanos o creación literaria. Nada. Nadie me llamó. Ser brillante y saber un chingo de derechos humanos no me garantizó tener un plato en la mesa. Mandé currículum aquí y allá. Busqué incluso como administradora de redes sociales. Nada. Me decían que no querían alguien con mi perfil: alguien que abiertamente acepta que ayuda a otras a abortar. Y alguien que por todo la hace de pedo. Regresé a trabajar al tianguis. También traté de buscar una oportunidad laboral en el mundo de las ONGs feministas. Pero este es todo un tema. Te piden maestría, puntos extras si es en el extranjero. Que hables inglés perfecto. Que estés dispuesta a ponerte la camiseta y trabajar más de ocho horas diarias cuando sea necesario. Que seas güera. Que vivas en la CDMX. No importa cuánta legitimidad, experiencia de base, conocimiento empírico tengas. Si no tienes una maestría, de preferencia en el extranjero, tu experiencia no vale. Porque al feminismo todavía le falta abortar la colonialidad del saber. Yo nunca he viajado al extranjero, no tengo ni siquiera la licenciatura y no hablo inglés. Pese a tener muchísima experiencia, no era candidata.

Un amigo que se dio cuenta que estaba buscando trabajo me preguntó por qué. Le dije que necesitaba dinero y me preguntó por qué Morras Help Morras no me estaba generando un ingreso. Me dijo que nosotras teníamos el potencial para vivir de nuestro trabajo como activistas porque además de ser valientes, eficientes y eficaces, éramos unas cabronas. Que le

perdiéramos el miedo al éxito y me dio estimados de lo que ganaban otras integrantes de colectivas similares a nosotras, pero asentadas en la CDMX. La diferencia entre este señor y el resto de gente que nos decía lo mismo fue que él nos recomendó con una fundación internacional de filantropía. Nos buscó el oficial de programas, le presentamos un proyecto, lo aprobaron. Y nuestra vida cambió radicalmente. Cambió a nivel económico porque esta fundación no te pregunta cuánto dinero quieres, sino que te asigna un presupuesto. No diré cifras, pero fue lo suficiente para pagarnos un salario competitivo por año y medio, comprar equipos vergas y echar a andar nuestro proyecto: Morras vs fundamentalismos. Pero también tuvo un impacto directo en nuestra autoestima porque entendimos que sí nos merecíamos tener un salario. Tener un ingreso digno mensual por nuestro trabajo como activistas impactó directamente en nuestras vidas, salud mental y física, pero también en nuestro activismo: nos empoderamos y empezamos a ser más perras y descaradas y a acompañar casos cada vez más complicados. Se nos quitó el poco miedo que nos quedaba y empezamos a reconocer públicamente que sí hacíamos entregas de misoprostol. Pero sobre todo aprendimos a ponerle precio a nuestro trabajo. Cuando nos tocó meter proyecto con otros fondos duplicamos nuestro presupuesto y asignamos que el ochenta por ciento fuera para salarios. Y nos funcionó. Ahora somos defensoras de dignificar el trabajo de las activistas y de cuidar a las que cuidan.

Las activistas entramos a una dialéctica en la que somos heroínas y contrarrevolucionarias, dependiendo a quién le preguntes. Por un lado, se cree que las y los activistas debemos ser mártires de la causa, sacrificarnos e incluso ponernos en riesgo para que nuestro trabajo sea legítimo, pero para gobiernos negligentes somos opositores, golpistas, revoltosos o personas problemáticas. Lo que sí hacemos sin duda es un trabajo extraordinario: trabajamos todos los días, impactamos en las vidas de personas específicas en nuestras comunidades, de maneras muy concretas. Trabajamos largas jornadas para

cambiar las leyes, promover la igualdad de género, la justicia racial y resolución no violenta de conflictos. Trabajamos buscando en fosas a nuestras desaparecidas, trabajamos acompañando y generando espacios de seguridad, acceso a la justicia, cultura y esparcimiento. Lo que también es un hecho es que, aunque las activistas sí amamos hacer el mundo más habitable, también tenemos necesidades básicas como comer y tener asistencia médica cuando nos enfermamos. Una vez que aceptamos que lo que hacemos es un trabajo y merece ser dignificado nos encontramos con la falta de herramientas, recursos, apoyo adecuado y beneficios y protecciones. La dificultad para acceder a financiamiento y herramientas de bienestar nos empujan a vulnerar nuestro bienestar económico, físico y emocional.

Es un hecho que las activistas necesitamos recursos y apoyo tangibles. Acceder al dinero para el cambio social se convierte en *Los juegos del hambre* porque la mayoría de los fondos cometen el error de poner a las colectivas a competir entre ellas. Y la competencia no se da en términos de equidad: organizaciones enormes con presencia nacional e internacional que tienen departamentos específicos para la procuración de fondos compiten contra colectivas de apenas cinco integrantes. Hay fondos que te piden que la colectiva esté constituida legalmente para acceder a un financiamiento o incluso te exigen que tengas la figura de donataria autorizada. Otras solo te donan dinero si compruebas que el año fiscal anterior recibiste donativos por encima de un millón de pesos. Sí, le piden a colectivas del sur global que tengan financiamiento previo para obtener financiamiento. Además, los recursos disponibles se priorizan para agendas que muchas veces no se ajustan a las verdaderas necesidades y formas de trabajar de nuestras comunidades. Esto porque muchas organizaciones internacionales con sede en el sur global siguen teniendo como oficiales de programas a personas del norte global que siempre han hecho activismo de escritorio y que no tienen experiencia de base en los contextos que están trabajando. Además, los donantes rara vez lanzan convocatorias centradas en las

personas: los requisitos son agotadores y excesivos. Se valora más la forma que el fondo. Se necesita tener formación especializada para llenar un formulario porque te piden que abordes el problema a partir de la teoría del cambio. Y hacen que las activistas compitan entre sí. Son pocos los donantes que dan dinero para apoyo en general, entonces las activistas tenemos que presentar proyectos nuevos cada año para pagar los gastos corrientes de nuestra organización. Es como hacer un hoyo en la tierra para tapar otro hoyo. Son pocos los fondos que dan donativos multianuales y cada año o cada año y medio las activistas nos enfrentamos a la incertidumbre laboral porque tenemos que iniciar de cero el ciclo de financiamiento con dos riesgos: quedarnos sin trabajo y sin la continuidad del proyecto.

Personalmente, y desde Morras Help Morras, trabajamos para promover espacios transformadores donde los activistas de base, donantes y aliados puedan unirse como socios, compartir nuestras realidades, sanar y construir un verdadero y profundo entendimiento mutuo. Espacios donde discutimos juntos qué está y qué no está funcionando en la forma en que se dan los recursos. Espacios donde creamos alternativas que apoyan un cambio verdadero, humano, justo e inclusivo y que realmente apoyan a quienes hacen que el cambio suceda. Queremos dotar de humanidad a las y los activistas de base, esto es: que dejemos de ser vistos como héroes o como generadores de problemas y seamos vistos como personas que buscan hacer el mundo un lugar más habitable. Nadie es mejor activista por vivir en la precariedad; mientras que tener salario, seguridad social y herramientas para trabajar no nos hace menos activistas. Queremos destacar el trabajo de grupos y movimientos más pequeños e informales, especialmente los que buscan el cambio, como un componente esencial del cambio que necesita ser reconocido y apoyado de manera más intencional. También queremos generar espacios de diálogo entre donantes y organizaciones desde la horizontalidad, donde seamos las organizaciones las que tengamos el

protagonismo. Porque cuando los procesos de financiamiento y obtención de recursos no son agobiantes, opresivos, injustos, no ponen en riesgo las causas/agendas de la sociedad civil y no incluyen solicitudes sin sentido. En cambio, permiten la libertad, la creatividad, la innovación, el fortalecimiento interno. Muchas veces los y las activistas de base tenemos que convertirnos en administradores, contadores, abogados y expertos en redacción de proyectos para cumplir con los requisitos administrativos de un fondo.

Feministlán arde, pero el fuego soy yo

En todo mi transitar por Feministlán he estado involucrada en muchas polémicas por mi arrebatada y salvaje forma de ser. Soy pedera y ni modo. En muchas controversias por mis posturas políticas a favor de los derechos laborales de las trabajadoras sexuales, de la gestación subrogada y por supuesto por mi postura sobre las personas trans: las mujeres trans son mujeres, los hombres trans son hombres, las personas no binarias existen, resisten y son válidas. Y soporten. Había quienes decían que el fuego en Feministlán siempre venía del mismo lado: del mío. Que me gustaba generar controversia nomás por ver el mundo arder. Que en realidad no era tan crítica y mi pulsión por siempre tener una opinión contraria a las demás feministas era un síntoma del border y no una postura política real. Pero también he generado muchas reflexiones en muchas personas. También he sido funada varias veces. La primera por escribir «Nosotras no somos Ayotzinapa», pero esa fue una funa bien merecida por racista. Sin embargo, la funa que me cambió la vida fue por las acusaciones de doxeo y proxenetismo.

Feministlán no es otra cosa que la «aldea virtual» donde interactúan las feministas. Feministlán son específicamente las interacciones de las feministas en redes sociales.

Los ejércitos de Feministlán pelean todos los días, a veces por temas muy importantes como el racismo, el clasismo, o si es ético o no coger con vatos en una relación cerrada. Pero a veces también abundan las discusiones, los rumores, los chismes y el fuego sororo, que es sobre todo un escarabajo pelotero. Como en todos los universos imaginarios en Feministlán hay clanes y territorios. Los territorios son las diferentes redes sociales y los subgrupos dentro de las redes sociales. Y los clanes: las institucionales y las autónomas. Las decoloniales y las blancas. Las «cabezas de glitter» y las terfas. Esto a grandes rasgos, explicado de forma muy banal y para dar contexto. En los territorios de Feministlán había un grupo que se llamaba Bolsa de trabajo violeta. Ahí convivíamos en guerra constante, nosotras las cabezas de glitter y las terfas. Había un grupo especialmente agresivo que administraba una página de memes que tenía como principal objetivo humillar a las mujeres trans. La mayoría de ellas, excepto dos, tenía perfiles alternos para tirar mierda, esto porque no tenían el coño para joder a otras desde sus perfiles reales, dando la cara, poniendo el cuerpo. En una ocasión una integrante del grupo pidió consejos de seguridad para empezar en el trabajo sexual. He trabajado en diversas ocasiones con trabajadoras sexuales, pero también tengo amigas trabajadoras sexuales. Así que le di los consejos que mis amigas y compañeras ponían en práctica. Me atacaron por días en grupo y el conflicto escaló al grado de que empezaron a acosarme y violentarme llamándome «niña teletón» y «lisiada». Yo denuncié varias veces en redes sociales y la mayoría de las feministas lo redujeron a un «pleito entre feministas» o «una diferencia de opiniones». Karen, Mariela, Karla y Cynthia fueron las únicas que me defendieron a capa y espada. Yo me defendía como podía. No fui muy asertiva porque en ese momento estaba pasando por el punto más bajo de mi vida y las ideaciones suicidas y las crisis de ansiedad me tenían sumamente vulnerable.

El conflicto escaló y escaló. Ellas me llamaban proxeneta en público, adorapenes, cerebro de glitter. Me mandaban

mensajes directos con ofensas sobre mi físico y burlándose de mí. También mandaron mensajes anónimos a través de la página de denuncia anónima de la Fiscalía acusándome de proxeneta y de vender misoprostol. Muchas veces tuve que salir a desmentir la primera. Por la segunda me mandaron llamar de la Fiscalía. Mi barrio feminista, mi manada, nunca estuvo a la altura: son problemas entre mujeres. Ellas publicaban fotos de morras trans antes de su reafirmación de género para humillarlas, pero eran diferencias políticas. Nombraban hombres con falda a las mujeres trans, pero era una diferencia de opiniones. Le desearon a Cynthia un feminicidio, pero eran diferencias políticas. Me decían piel deforme y niña teletón, pero era solo que no estaban de acuerdo con nosotras.

Después de ser llamada en la Fiscalía por las acusaciones de vender misoprostol, pensé que las cosas estaban llegando demasiado lejos porque me estaban poniendo en riesgo. Entonces puse una denuncia contra una de ellas que era servidora pública. Puse la queja por discriminación, acoso colectivo y violencia comunitaria ante la Comisión de Derechos Humanos del estado donde ella trabajaba. La queja fue aceptada, gané el caso: se demostró que ella junto a sus amigas violaron mis derechos humanos y atentaron contra mi dignidad. Tengo una sentencia de la Comisión de Derechos Humanos de ese estado a mi favor y tengo el acuerdo reparatorio donde se estipula que yo pedía que ella tomara una capacitación en materia de derechos humanos y me dejara en paz. Jamás pedí que la despidieran. Pese a que hice públicas todas las pruebas: de que fui víctima y de que jamás pedí que la despidieran. ¿Cuál fue el rumor que se difundió? Que yo usé mis privilegios para hacer que despidieran de su trabajo a una mujer racializada. Nunca se pronunciaron por el capacitismo en mi contra, ni porque se burlaban de mi cuerpo, ni porque le desearon la muerte a Cynthia, ni porque le decían hombres con falda a nuestras amigas trans, ni porque cuando estaba muy deprimida me escribían que ya me matara. Pero sí se pronunciaron para defenderlas

cuando tenían que hacerse cargo de las consecuencias de sus actos y la mala fui yo. Casi nadie le hizo caso a mi denuncia. Pero sí me empezaron a mirar como una mala persona y una problemática. Me sentía completamente sola. Llegué al feminismo porque me sentía sola y herida y me abrazaron porque mis supuestos agresores habían sido hombres, pero cuando mis agresoras eran mujeres, entonces no había un: No estás sola, ni una: Hermana, aquí está tu manada. Yo no era la única agredida de este grupo de mujeres, ellas eran acosadoras seriales. Y el problema es que la mayoría de este grupo usaba perfiles anónimos y esto las hacía más peligrosas. Porque detrás de un perfil anónimo puede estar alguien que te dice: Te quiero.

Un día me llegó un mensaje de un correo falso donde me decían que estaban haciendo una base de datos para «ponerle cara» a los perfiles falsos que acosaban a otras. Y me preguntaron si tenía datos de alguna. Respondí que solo tenía los datos de la morra a la que había denunciado ante la Comisión de Derechos Humanos, y los di. Luego me mandaron la liga para una página de internet que tenía contraseña para entrar. En ella había datos de quienes estaban detrás de los perfiles de las acosadoras. Por ejemplo: Sheila Millet era un perfil falso de una acosadora, en la página venían los datos de su Facebook real. No había información sensible, ni privada. No había lugares de trabajo, ni números telefónicos, ni mucho menos cuentas bancarias. La única información era la que ellas mismas habían hecho pública en sus redes sociales reales. Lo único que hacía esa página era mostrar la información publica de acosadoras anónimas y de forma censurada. Tampoco se difundió en grupos de acosadores. Me culparon de crear la página, de violencia feminicida, de ponerlas en riesgo vital y de difundir información privada. De un montón de cosas falsas y exageradas. Me funaron públicamente. Tuve que salir a desmentir. Aclaré que yo no cree la página, pero acepté que sí aporté información. Y también deje en claro que lo volvería a hacer porque defenderme a mí y a las mías es algo que siempre voy a hacer.

De pronto todas las cosas que estaban prohibidas entre mujeres resultaron que para mi sí estaban permitidas. No hay que difundir rumores de mujeres, menos de Dahlia, de ella sí hay que difundirlos. No hay que escrachar mujeres, menos a Dahlia, a ella sí hay que escracharla. No hay que cancelar mujeres ni dejarlas sin espacio ni silenciarlas, menos a Dahlia, a ella sí cancélenla, ni le den espacios y aíslenla. Ningún postulado feminista de sororidad y praxis de no agresión entre mujeres se aplicó conmigo. Todo mundo tenía una opinión sobre el tema, todo mundo se puso de forma directa o indirecta del lado de las agresoras. Las víctimas resultaron ellas porque alguien decidió sacarlas del anonimato. Casi nadie tuvo empatía cuando me agredían, casi nadie me preguntó si me afectaba o no que me dijeran tiro por viaje que cumpliera mis amenazas y me matara. Casi nadie me defendió cuando me decían lisiada, pero sí me juzgaron por participar en una «venganza». Las que merecieron toda la empatía de Feministlán fueron ellas, a mí me sacaron de la mayoría de los grupos, me dejaron de seguir o me invisibilizaban para que no las contagiara de la deshonra. En privado me decían TQM pero en público me silenciaron para no darle *like* a mis publicaciones. En público y en privado mandaron mensajes a las donantes de Morras Help Morras para que nos quitaran el financiamiento. Hicieron hilos advirtiendo sobre mí, las mismas que para todo apelan a la misoginia, que para todo lloran de que las quieren silenciar y que para todo gritan que las quieren aislar. A mí me trataron de callar, de dejar sin trabajo, de silenciar. Querían verme sin amigas, sin trabajo, sin financiamiento, sin espacios. Y vaya que se esforzaron. Fue muy duro porque desde luego que sí perdí alianzas, amistades y espacios de trabajo. Durante mucho tiempo nadie tenía el valor para aceptar su afecto por una doxeadora como yo en público. Ni me querían en sus espacios. Yo estaba luchando con la depresión y con las ideaciones suicidas y desde luego que empeoré. Me sostuvo el amor de mi pareja, mis amigas y mis lomitos. Me enfoqué en trabajar en mi salud personal, cumplir con los compromisos que Morras

tenia con sus donantes y en mis proyectos literarios. Luego el terfismo se convirtió en un monstruo que lo está devorando todo. El tiempo me dio la razón y la historia me absolvió. Fui de las primeras en hacerles frente, ahora somos muchas. Ahora ya todas saben que no debemos tenerles consideraciones. Ahora si está bien visto responderles con furia.

Yo soy una hierba mala, como dice Pita Amor: Yo misma he construido mi anatema. He vivido un montón de cosas terribles y perder trabajo, espacios y amigas cuando recuperé mi salud mental se convirtió en una anécdota equis. De pronto Morras Help Morras empezó a crecer. De pronto nos convertimos en un referente por nuestro modelo de atención en el acompañamiento del aborto, pero también por cuestionar las narrativas dominantes dentro del feminismo. Porque empezamos a decir que aborto clandestino y aborto inseguro no es lo mismo. Que el aborto en casa con misoprostol en contextos de ilegalidad es clandestino pero seguro. Porque cuestionamos el clasismo en las consignas de «aborto legal para que no haya niños pobres en las calles». Y porque cuestionamos la consigna de anticonceptivos para no abortar, porque o estamos o no a favor del aborto, todas tibias. Al mismo tiempo las feministas transodiantes se destaparon como lo que son: unas terraplanistas antiderechos capaces de pactar con la derecha y tirar derechos como el acceso al aborto con tal de joder a las mujeres trans. De pronto saqué un libro y fue la sensación y de pronto todas querían ser mis amigas otra vez. Gracioso, pero no gracioso que da risa, sino gracioso de: No se pasen de vergas.

Con el feminismo todo, con las feministas nada

Seré muy honesta al respecto. Salvo por personas y colectivas muy concretas, a nivel personal no me gusta trabajar en el tema del feminismo en Aguascalientes. La razón es sencilla:

marcos teóricos distintos, formas de organización distintas y pisos éticos distintos. Yo me siento más cercana a la fuga de los feminismos, al feminismo tercermundista, de color, de colonial y de frontera, a procesos organizativos que desde la teoría del cambio han probado que funcionan, alternativas comunitarias, feminismo de barrio, fuera de las mareas verdes y violetas. Y mi piso ético es antipunitivo. Pero, también, porque fui violentada de forma laboral y emocional por una colectiva feminista hidrocálida y no quiero compartir espacios con personas que me hicieron sentir vulnerada. Desde Morras Help Morras decidimos sumarnos a la organización de la marcha del 8 de marzo de 2022 porque en una reunión de retroalimentación nuestra oficial de programas nos externó su preocupación de que no accionábamos en el feminismo local. Que si bien a nivel nacional e internacional teníamos redes sólidas, en Aguascalientes, no, que en Aguascalientes nadie nos conocía. Tengo objeciones al respecto. Simplemente en el año 2021, junto con la Terfu, A.C., dimos talleres de justicia reproductiva y derechos sexuales a ochocientas adolescentes de las periferias, junto con GIRE hemos tramitado tres amparos indirectos y solo en 2021 di trescientos ochenta acompañamientos de aborto para morras de Aguascalientes. De que trabajamos/trabajo en lo local, lo hacemos. Pero nos faltaban las acciones directas, la organización de base. Pensé que sería una buena oportunidad. No me arrepiento y sí me arrepiento. No me arrepiento porque el proceso de organización fue hermoso, incluso Sofi, mi codirectora en Morras, tuiteó que la organización de la marcha le había devuelto la fe en las marchas. En este punto me gustaría aclarar que, aunque mi participación en la organización fue a nombre de Morras Help Morras, todo lo escrito en este texto es a título personal.

¿Cómo nos organizamos? Primero me gustaría dar contexto. En la marcha del 8 de marzo del 2021 sucedió algo inusual en Aguascalientes: brutalidad policial. Nunca en una marcha había habido un uso desproporcionado de la fuerza contra las manifestantes. Esto, aunque es un suceso atípico,

no puede dejarse en eso, ser un suceso atípico. En México la militarización del espacio público ha normalizado el uso excesivo de la fuerza. La violación a derechos humanos y la violencia armada han ido de la mano de la presencia excesiva del brazo armado del Estado y de los abusos policiales en marchas feministas. Y este contexto no podía ignorarse.

La militarización no es un tema solo de tener militares en espacios públicos cumpliendo funciones civiles, recibir cada vez más dinero y tener cada día más atribuciones. No. La militarización también impacta en cómo vemos el tema de la seguridad pública y cómo normalizamos ver oficiales con armas largas en las calles y cómo normalizamos también la brutalidad y el despliegue excesivo de policías. La sola presencia de la policía es un hecho atípico pero que ha ido incrementándose en las marchas feministas. En la Primavera Violeta no hubo presencia de la policía. De hecho, nos burlábamos de que no había corporaciones policiacas porque «damitas». Ahora cada vez es más común el abuso policial en las marchas feministas. La normalización de la violencia policial que nos dejó la guerra contra el narco nos alcanzó. Nos tardamos en darnos cuenta. Hablamos de policía hasta que la policía llegó a pasarse de verga en nuestros espacios, pero las violaciones a derechos humanos por parte de la tira en los barrios de Aguascalientes es un tema que tendríamos que habernos tomado muy en serio hace años. La violencia armada, la brutalidad policial y las estrategias para evitarla siempre debieron ser un tema feminista, nos toque directamente o no.

Conociendo el contexto, y muchas de nosotras viniendo de espacios periféricos donde el tema de la policía se toma muy en serio, decidimos hacer incidencia. Nosotras no confiamos en la policía porque nosotras, nuestros hermanos, nuestras parejas han sido víctimas de abusos policiales. Porque en los barrios el abuso por parte de los puercos es una constante y porque sabemos que esos cabrones se meten las recomendaciones de derechos humanos por el rabo. Y quisimos aprovechar la visibilidad que muchas de nosotras tenemos para

obligarlos a cumplir. Mucho se ha cuestionado sobre esta incidencia. La incidencia fue, y lo digo con total transparencia: tener mesas de trabajo con corporaciones policíacas para una sola cosa: garantizar que se cumplieran todas las recomendaciones que la Comisión de Derechos Humanos hizo por violaciones a derechos humanos en la marcha del 8 de marzo de 2021. La cosa fue sencilla: les exigimos que solo hubiera policías mujeres, sin insignias ni performance de aliadas, que fuera el menor número posible y que estuvieran capacitadas no solo en el tema de derechos humanos, sino en el tema de la importancia del 8 de marzo y la iconoclasia. Por primera vez en la historia de Aguascalientes se capacitó a trescientas policías en el tema de la importancia de la iconoclasia y el 8 de marzo. Ellas manifestaron que no les gusta que el gobierno las use como escudo de la propiedad privada y que no era algo que estuvieran dispuestas a hacer el 8 de marzo. Y se cumplió. No hubo policías defendiendo el espacio público ni privado de iconoclasia.

Yo a nivel personal soy ACAB.* Durante mi adolescencia gritaba «¡Salud!» por la muerte de un policía. Porque fui acosada por la policía por ser gótica y soy acosada todavía por estar toda rayada. Estuve en la PGR una vez por posesión simple de sustancias psicoactivas y al menos cinco en la policía preventiva por pistear en la vía pública, obstrucción de la justicia, faltas a la autoridad y vagancia. Mi esposo, al inicio de la relación, estuvo preso setenta y dos horas por descalabrar a un policía mientras se defendía de un operativo en su barrio bravo. He visto durante dieciocho años abusos policiales contra jóvenes de las periferias en los operativos Barrio Seguro. Pero mi postura sobre la policía es personal. Ante un contexto donde la criminalización de la protesta, de la pobreza, del usuario de sustancias psicoactivas —y en un contexto donde el poder de los militares crece y crece y con un antecedente de brutalidad contra menores de edad en una marcha—, hubiera sido muy mezquino de

* Siglas de la frase en inglés «All Cops are Bastards», o, «Todos los policías son bastardos».

mi parte anteponer mis posturas personales a la seguridad de ocho mil mujeres que asistirían a la marcha. Ni modo. A darle. A reunirnos con la tira para decirles: No vamos a tolerar ninguna detención, ninguna violación a derechos humanos. Confieso que yo no asistí a las reuniones porque veo policías y se me calienta el hocico y quiero decirles: pinche puerco. Y ya bastante esfuerzo hago con participar en el programa de intervención comunitaria de mi colonia. Pero me sumé y acepté todo lo que se acordó. Que, repito, no fue otra cosa que obligar a las instituciones a garantizar la seguridad. ¿Dimos algo a cambio? La pregunta me ofende, perro. Y cumplimos. Hubo saldo blanco. Había un visitador de la Comisión de Derechos Humanos en el C4 que se la pasó viendo memes. Había un chat con abogadas penalistas listas para cualquier incidente. No se necesitó. No hubo una sola detención. Las morras pudieron quemar, rayar e incluso podrían haber quemado el Palacio de Justicia, sin represalias ni detenciones. Porque aprovechamos las voluntades forzadas para que por escrito las autoridades se comprometieran a que no habría detenciones por iconoclasia, que no iba a ser considerada como daño a las cosas.

El 31 de enero, Angie pregunto qué onda con la marcha. Hasta ese momento nadie había dicho nada porque las heridas del 8M anterior todavía estaban abiertas. Hubo diecisiete mujeres detenidas, muchas de ellas menores de edad, todas detenidas a gritos, golpes, jalones de cabello y una violencia de la verguísima, de arrastrar morritas por el piso, malditos policías hijos de la chingada. Hay muchas morras con procesos abiertos. Lo hablamos, lo discutimos y decidimos tomar la iniciativa. Varias representantes de colectivas feministas y activistas independientes tenemos un chat que usamos para organizarnos contra las acciones de los antiderechos. Empezamos a agregar a representantes de otras colectivas para organizarnos. Agregamos a feministas de casi todas las colectivas feministas, salvo aquellas que no quisieron o que no quisimos porque son terfas. Hicimos una primera reunión para hacer lluvia de ideas. Pese a que todas venimos de posturas políticas

distintas y hay morras que apuestan por trabajar lejos de las instituciones acordamos hacer mesas de trabajo con los gobiernos municipales y estatales con el único objetivo de garantizar que se cumplieran las recomendaciones emitidas por la Comisión de Derechos Humanos.

Varias venimos de trabajar en contextos de aquí y allá y hemos escuchado voces diversas sobre las acciones directas, las marchas y los eventos feministas. Nutriéndonos con las perspectivas de madres, de discas, de morras neurodivergentes, trans, de las periferias nos dimos cuenta de que las marchas anteriores, incluidas las que nosotras habíamos organizado, habían sido dirigidas a mujeres jóvenes, con disponibilidad de movilidad, sin neurodivergencias o enfermedades crónico-degenerativas y eran poco amigables con las infancias. Decidimos hacer algo que nos incluyera a todas y todes. Pensamos en todas las posibilidades: que no hubiera sobreestímulos para las morras con neurodivergencias, poder tener acceso a contención emocional para las morras con problemas de salud mental, que el horario fuera amigable con las compañeras que vienen de las periferias, que las adultas mayores, las infancias, las personas trans y las discas tuvieran espacios de participación y seguro. Nuestra intención siempre fue abrazar la casa de la diferencia. Porque, perdón, pero, hacer hogueras de agresores, gritar, abrazarnos todas, llorar y rayar, es una forma válida y valiosa, pero no es para todas. Quisimos que la marcha fuera: gritar, quemar, llorar, rayar, pero también organizarnos de otras formas, como la alegría y el perreo del puercote.

Acordamos que habría espacio para todas las formas de manifestarse, minuto de silencio por las mujeres asesinadas, pase de lista de las mujeres víctimas de feminicidio, proyección de un documental sobre los sucesos del 8M pasado. Que habría un tendedero de la sororidad para honrar a las mujeres que nos han mantenido vivas. Pese a la posición personal de algunas de nosotras contra los tendederos de agresores, se acordó un tendedero de agresores que estaría gestionado con

morras formadas en primeros auxilios emocionales. Gestionamos un espacio con mamparas para que las infancias pudieran dibujar y ser parte activa de la marcha.

Y, quizás una de las decisiones más polémicas: decidimos poner un escenario, porque Aguascalientes es un espacio muy hostil con las mujeres artistas, y queríamos visibilizar que desde el arte también se hace resistencia. Gestionamos además un pago para las morras que se subieran al escenario a compartir su arte. A nivel personal voté a favor de un escenario porque soy artista. Y como artista he sido invisibilizada durante toda mi carrera artística en Aguascalientes. En Aguascalientes soy básicamente invisible. Y eso duele, sí pesa el rechazo, sí pesan los noes. Sí pesa ser artista y que te cierren las puertas en la cara. Pensé que un escenario donde mujeres artistas pudieran exponer su arte ante ocho mil mujeres sería un sí en sus carreras. La decisión de un escenario y de protestar desde la alegría, el baile y el arte no se nos hizo extraña porque a nivel mundial las marchas del 8M en muchos espacios terminan con conciertos, con festivales.

Rebeca Lane, las Crudas, Batallones, Las Tesis han participado en festivales donde hay un escenario. De hecho, en un montón de lugares del mundo las organizaciones feministas exigen al Estado que se haga cargo del escenario porque la cultura es un derecho y los recursos etiquetados para las mujeres existen y podemos elegir ejercerlos. También sucede que en un montón de lugares las mujeres se manifiestan desde la alegría y la danza. En Perú y Colombia hay batucadas poderosísimas de mujeres negras que usan la música y la alegría como forma de resistencia. Pensamos que Aguascalientes podría ofrecer esta opción. Y siempre fue eso, una opción. Quienes lo vieron como una imposición es bueno que ejerciten su rebeldía e iniciativa de organización.

Nos dividimos en comisiones, hicimos un programa cultural de mujeres artistas, gestionamos recursos para pagarles. Gestionamos condones para pene y vagina, pruebas rápidas de ETS y kits de misoprostol; esos los compramos desde Morras

Help Morras. Gestionamos un escenario mediante un oficio. Hicimos la primera reunión de trabajo con instituciones de gobierno. Trabajamos muy duro por un mes. Les juro por el amor que le tengo a Alucarda, mi perra, que no recibimos ni un peso en efectivo. Nada. Que todo fue solicitado mediante oficios. Y que aprovechamos las voluntades reales y forzadas para que tuviéramos una marcha segura y un mitin político donde cupieran todas las formas de manifestación. Sé que todo lo que les estoy contando suena al sueño: una marcha que busca que toda la diversidad de mujeres se sienta convocada e incluida, con actividades diversas, donde se cuidó hasta el último detalle de la seguridad. Procuramos con muchísimo amor un espacio libre de transodio, racismo, clasismo. Pero. No. Amistades, no. Todo se descontroló.

Cuando todo estaba casi listo y solo faltaba afinar detalles fuimos convocadas por otra colectiva. Es importante mencionar que al menos dos de sus integrantes formaron parte desde el día uno de la organización, votaron a favor de todo lo que se decidió e incluso participaron en la primera reunión de trabajo con las instituciones. Si no quedó claro lo vuelvo a explicar: al menos dos integrantes de esta colectiva fueron parte activa de la organización desde el día uno y votaron que sí a todo.

Aquí es donde el chismecito se pone bueno: nos convocaron a una junta para leernos un manifiesto de quejas donde nos exigían saber por qué tomamos las decisiones que tomamos, todo esto desde un aire de superioridad moral: nosotras las autogestivas, las horizontales, las que no se sientan con las instituciones: ustedes las protagónicas, las institucionales, las verticales, las que acaparan los reflectores. Mis compañeras amablemente les explicaron el porqué de cada una de las decisiones, les hablaron sobre las consecuencias que ha tenido en Aguascalientes no exigirles a las instituciones hacer incidencia. Vaya, los ejemplos de no hacer incidencia, de no vigilar a las instituciones y quedarse solo en el posturismo o la exigencia cada 8M, en manifiestos sin dientes, son un chingo: el pin parental, las omisiones de la NOM-046, cinco mujeres criminalizadas por aborto en

cuatro meses, brutalidad policial y hasta una trágica muerte en una marcha. Yo, que soy menos diplomática, me rompí y les dije que me parecía una falta de respeto la reunión, porque todas sus dudas se respondían en las minutas a las que fulanita y zutanita tenían acceso y que además ellas habían votado a favor, que sí, el feminismo es de todas pero los procesos organizativos son de quien los trabaja y que llegar a cuestionar así un proceso organizativo ya empezado hablaba o de ganas de romper o poca experiencia en procesos organizativos. Que yo no tenía tiempo para esta mierda, que si se le movía una coma a lo que nosotras habíamos trabajado me bajaba de la organización y que si no les gustaba no fueran a la marcha y convocaran ellas un evento aparte. Mis compañeras fueron muy muy amables y respondieron todas sus inquietudes. Al final decidieron ir a la marcha, pero no quedarse en la plaza. Salieron del chat. Pudo quedar ahí. Pudo quedar en diferentes formas de organizarse que no salen bien y ámonos. Cada quien se organiza como puede, como le dicta su cora, su ética, su marco teórico o sus vísceras. Se vale. Tenemos derecho a disentir. Tenemos derecho a decidir con quién sí, con quién no, cómo sí y cómo no, porque eso de que el feminismo es un movimiento donde somos todas juntas como hermanas es una mamada, es mentira, poco estratégico y problemático: lo perrón es trabajar con quienes nos sentimos cómodas, sin guardar silencio ante la reproducción de sistemas de opresión de otras, pero sin chingar deliberadamente y nomás por nuestros ovarios a otras. Les digo, pudo quedar en procesos organizativos diferentes, pero no, hermanas, no.

Pero sigamos: hubo varias morras que estuvieron en esa junta y a título personal decidieron sumarse y les dimos la bienvenida. Con dos de ellas había tenido problemas en el pasado por temas igual de organización, pero esta vez trabajamos increíble. De todo el proceso de organización de la marcha yo solo puedo hablar maravillas. Y no estoy idealizando y sé que ustedes saben que una vieja amarga y mierdilla como yo no idealizaría un proceso de organización feminista, porque siempre

me quejo de que pasamos días discutiendo por el color del pañuelo. Pero acá fue distinto el pedo. Éramos mujeres desde apenas la mayoría de edad hasta los sesenta años, con diferentes trayectorias, posturas, formas de hacer las cosas. Pero trabajamos en equipo con un solo objetivo: garantizar la seguridad de diez mil mujeres. Nosotras estábamos muy ilusionadas y contentas. A todas y cada una de las organizadoras: mi respeto, mi amor, mi admiración y mi respaldo. Son unas chingonas.

Gracias por llegar a este punto, y prepárense porque ahora sí viene lo ojete. Llegó el día del evento. Sofía, Verona y yo nos quedamos en la plaza para cuidar los instrumentos y los insumos que gestionamos. Cuando llegó el contingente Sofía y yo tomamos el micrófono y empezamos a darle la bienvenida a los contingentes de feministas pioneras, al contingente de infancias y adolescencias trans, haciendo énfasis en que era un espacio libre de transfobia. Me sorprendí muchísimo de ver tantas mujeres tan diversas. En alguna parte dije: No mames, somos un chingo, se me pone la piel chinita, voy a llorar. Dimos recomendaciones de seguridad, como no caer en provocaciones de los grupos provida. Y les explicamos que había un tendedero de agresores y uno de la sororidad, que las mamparas eran para las infancias y que ellas podían tomar el espacio público sin temor, apelamos al cuidado colectivo.

La plaza se empezó a llenar. Eran fácil unas diez mil mujeres. Una cosa impresionante. De pronto arribaron dos contingentes que se veían previamente organizados para agredirnos. Empezaron a gritar: ¡Marcha vendida! ¡Grábense sus rostros! ¡Fuera políticas! ¡Vendidas! ¡Quién pagó ese escenario! Los sentimientos son altamente contagiosos y el grito de «Vendidas, no queremos show, queremos justicia», empezó a extenderse por diversos puntos de la plaza. La colectiva que iba a hacer el minuto de silencio y la mención del pase de lista no se quiso subir al escenario por miedo y confusión. Nos amenazaron con quitarnos hasta las playeras. Nos agredieron física, emocional y verbalmente. Asustaron a las mujeres artistas, les gritaron «vendidas», intentaron subirse al escenario

mientras ellas bailaban. Mientras Flor de Jade cantaba «Canción sin miedo», un grupo de unas cincuenta chicas gritaba «No queremos show, queremos justicia». Una de las cantantes bajó del escenario con lágrimas en los ojos. Las morras que protestaron por medio del baile estaban realmente muy abrumadas. La maestra de danza tuvo que hacer un video llorando para contar su historia, para contar cómo es sobreviviente de múltiples violencias y cómo el baile le salvó la vida. ¿Les parece justo y feminista que una morra que tira paro a otras a recuperar su cuerpo mediante el baile se rompa frente a la cámara por las agresiones que vivió en una marcha feminista? Yo nomás pregunto. ¿Les parece chido que la rebeldía de algunas provocó las lágrimas de morras que se manifiestan desde el arte? La vocalista de Flor de Jade con la voz quebrada les gritó que ella usaba su música como forma de protesta. No se callaron. Seguían y seguían.

Al chile, yo no me voy a hacer la santa, porque mi orgullo es que en mi curva de aprendizaje básico siempre estuvo sacar la casta de vieja liosa y ponerme bien hostil y yo sí les dije que eran unas perras culeras y que ojalá así se pusieran de vergueras con los agresores. Luego pedí disculpas. Pero, aquí como Peña pregunto: ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar si ven que unas culeras agreden física, emocional y verbalmente a sus amigas bajo la excusa de: el feminismo es de todas y la marcha es de todas? Tuvimos que parar el evento y huir. Verona, una mujer que le ha entregado su vida al feminismo, que milita desde hace cincuenta años, que nos abrió camino y que el año pasado tuvo neumonía por covid y estuvo en rehabilitación pulmonar y aun con su salud muy mermada decidió sumarse a la organización, tuvo una descompensación a causa del estrés que vivimos ese día. Durante días vio su foto acompañada de mensajes donde la acusaban de vendida. Angie tiene estrés postraumático. Itzel tuvo que volver a tomar ansiolíticos. Todas atravesamos por días muy complejos por el estrés que nos causaron en un espacio que se supone era seguro: ¿esto les

parece aceptable? ¿Les parece que sea justificable por diferencias políticas? Yo nomás pregunto.

Aquí me parece importante hacer una aclaración. Hemos recibido más comentarios positivos que negativos. La mayoría de las mujeres que asistió a la marcha se sintió contenta y segura. Muchas ni siquiera se dieron cuenta de lo que pasó. Tengo amigas que me preguntaron: ¿qué paso? Porque literal el drama solo era atrás del escenario. Hemos recibido el respaldo de un montón de gente hermosa. Hago este comentario porque leí por ahí que: «Hay que ser perversas para pensar que una colectiva o dos tuvieron el poder para lograr el repudio colectivo». No se equivoquen. No fue repudio colectivo. Hay mujeres a las que genuinamente no les gustó, que esperaban otra cosa y que se organizaron para accionar en la plaza rayando y haciendo hogueras o fueron a cantarles tiros a los antiderechos: eso mis chingonas, así se hacen las cosas, si no te gusta algo te paras y te vas y haces lo tuyo sin chingar a otras. Aquí el pedo es con las morras que iban organizadas para agredirnos y reventar bajo el argumento de alzar la voz, pero sobre todo las que generaron los rumores para que esto ocurriera. Varias morritas me mandaron mensajes para pedirme disculpas, me dijeron que ellas solo se dejaron llevar por la emoción: que escucharon que nos gritaban vendidas y sin indagar nada se sumaron a gritar, porque, de nuevo, los sentimientos son altamente contagiosos. Otras me contaron que durante toda la marcha se corrió el rumor de que «la marcha había sido vendida», «que una candidata iba a hablar al final», que «las organizadoras se vendieron» y que se dejaron llevar por el rumor. De hecho, hay publicaciones en redes sociales donde morritas reconocen que iban organizadas en bloque a manifestar su descontento porque en chats feministas se corrió el rumor de que habíamos «pactado con el gobierno», «que nos habíamos vendido» y «que teníamos chats con la policía». Pero, ¿por qué pasó esto? Pues tenemos un montón de evidencia, basta con que ustedes busquen en publicaciones en Facebook, de que hubo una intención de personas concretas y

colectivas concretas de sabotear el evento mediante el rumor, la desinformación y la información sacada de contexto. Y lo hicieron con dolo. Sean dignas y reconózcanlo. La información, por ejemplo, sobre «los chats con policías», que no eran chats, eran canales de comunicación donde se nos informaría de inmediato si había detenidas para que pudiéramos iniciar el acompañamiento desde el minuto uno, era información confidencial que solo teníamos las organizadoras del evento y que alguien, que no fuimos las organizadoras, filtró sin contexto y con toda la intención de generar pedo. Y lo logró y aquí estamos.

Se deslindaron de la organización un día antes, difundieron el rumor de que habíamos pactado con el gobierno, que había partidos políticos involucrados, que Angie era precandidata. De hecho, en las publicaciones donde les preguntaron de forma pública sobre la intervención de partidos políticos, hubo quienes de forma pública no desmintieron ese rumor sabiendo que era falso, y al contrario, lo alimentaron. Al día siguiente, luego de ver todo el cagadero y las consecuencias emocionales para nosotras y las artistas sacaron comunicados diciendo que no se sumaron a la marcha porque no se sintieron representadas y que también estaban muy decepcionadas. Jamás asumieron responsabilidades que sí tienen, aunque se hagan pendejas, y jamás se pronunciaron contra la violencia física, verbal y emocional que vivimos, derivada de sus rumores y desinformación. Se limitaron a decir que no las representábamos y por eso no participaron en la marcha. Bien rápido se les cayó el «fuimos todas». Y a mí que me esculquen porque no es por hacerme la ética, pero cuando a esa colectiva que se deslindó de nosotras y no desmintió rumores y los alimentó pese a que a mí no me gustan sus formas, estaba siendo atacada en un grupo, las defendí. Y no espero un paro por paros. Pero sí sororidad mínima de quien se llena la boca con esa palabra.

Conozco perfectamente la diferencia entre disentir de formas de organización de actitudes para reventar. He participado en mis procesos aquí y en Sudáfrica. Y sé distinguir

cuando la crítica es porque son formas distintas, a cuando es por chingar. Desde 2012 participo en procesos de organización dentro de los movimientos sociales. En Aguascalientes fui parte activa de las acciones colectivas para acompañar familiares de víctimas de feminicidio o desaparición forzada, tipificación del feminicidio y frenar iniciativas contra los derechos humanos. Más recientemente, en una campaña para frenar la avanzada de grupos fundamentalistas organizada por fondos para activistas y en la que participamos colectivas de toda América Latina y el Caribe. Y en una campaña que busca visibilizar el activismo de base y las dificultades que atravesamos las y los activistas, incluidas las experiencias de pobreza. Esta es encabezada por activistas del sur global, pero involucra a activistas de todo el mundo.

En ninguno de estos grupos se me ha identificado como una morra rompedora o saboteadora, pero sí como una morra intensa que señala cuando algo no está bien, que a veces es asertiva en la forma en que comunica su malestar. Pero siempre, siempre como una voz crítica que a veces ve lo que otras personas no ven. De todas estas experiencias puedo hablar de dificultades para organizarse, de discusiones medio pendejas, de vivir y sobrevivir mucha policía del tono, pero nunca de ganas deliberadas de chingar, de pasarse de lanza, de sabotear toda una organización. Nunca sentí en riesgo mi salud física o mental y aunque muchas veces sentí que me tiraban línea o eran poco empáticas con mi forma de comunicarme, grosera, petarda y con lenguaje del barrio y de la calle, nunca me sentí agredida. Fui confrontada, pero nunca lloré, y ahora lloré por sentirme profundamente traicionada y agredida en un proceso de organización colectiva. Y de todos estos procesos aprendí, aprendí a ser más asertiva, a ser más paciente, a ser más empática. Pero de lo que pasó atrás del escenario el 8M y lo que pasó días después aprendí que con el feminismo, todo, con las feministas, nada. El escarnio llegó al nivel de que una periodista reconocida a nivel nacional hizo una publicación en Facebook para, bajo el argumento del ejercicio periodístico,

someternos al escarnio y casi pedirnos que sacáramos la información vía solicitudes de transparencia. Yo pendejamente le respondí, luego leí una denuncia contra ella por transodio y quedé como payasa por responderle a una terf.

Vendidas, qué significa ser una vendida. Si vendida se refiere a que tengo un salario como activista, entonces sí soy vendida. Recibir recursos de fondos para activistas ha marcado un después y un antes en mi vida, no solo como activista y feminista, sino como persona. Si con vendida se refieren a que sé gestionar recursos. Sí, sí sé. Soy una perrita para conseguir recursos. Y sin rencores puedo ayudarlas a que ustedes también aprendan. Idealizar la autogestión es o para morras privilegiadas o para morras que fueron educadas con una visión muy mártir sobre la vida. Y a lo único a lo que las va a llevar es a vivir experiencias de precarización, pero ninguna activista tiene que pasar por experiencias de precarización, la experiencia de empobrecimiento no te dignifica como activista, no banalicen ni romanticen la precariedad. El feminismo ocupa bichotas y no mártires de la causa. El dinero en un proyecto de activismo, usado éticamente, es una gran herramienta, implica sanación colectiva, reparación, redistribución y, en términos prácticos: ayuda a ser más eficiente y eficaz. Pero si con vendida se refieren a que el gobierno me dio dinero para convocar una marcha tranquila, me ofenden. Pero también es una ofensa a su inteligencia y pensamiento crítico. Si pactamos: ¿una marcha pacífica porque en los materiales que difundimos les dijimos una y otra vez que la iconoclasia era totalmente bienvenida, acompañada y protegida? Mejor aún: ¿creen que el gobierno pactaría con una mujer como yo? Si me vendí: ¿por qué he decidido llevar hasta las últimas consecuencias el amparo para sacar del código penal el aborto? Aprovechar las voluntades forzadas, no es venderse. Es ser estratégica. Y ser estratégica no es dejar de ser radical. Junto con Sofía rayamos varios edificios de gobierno. Fue muy emocionante, pero en mi experiencia nada más emocionante que recibir la cabeza de un servidor público que vulneró los derechos humanos de

una menor. Nada más placentero que lograr el perdón público y una reparación del daño.

Y este es un texto bien visceral, sí, porque estoy muy enojada. Porque tengo derecho a estar furiosa porque son unas hipócritas irresponsables que se pasaron de lanza y luego se tiran al piso a llorar y a decirme que estoy abusando de mi poder. Estoy que me lleva la verga porque sus rumores y su desinformación pudieron ocasionar una maldita tragedia. ¿Se imaginan una estampida? ¿Se imaginan una riña? ¿Con diez mil mujeres de todas las edades en una explanada? Nuestras decisiones tienen consecuencias.

Yo he asumido las consecuencias de todas mis decisiones y hasta donde tope con la publicación de este texto. Háganse cargo del daño que nos hicieron con sus mentiras e información sacada de contexto —y de forma incluso ilegal— de nuestros chats de organización. El día 17 de marzo seguían llamándonos vendidas. No han dejado de hacernos pleito ratero diciendo que disentir no es violentar, que tener formas diferentes de hacer las cosas no es violentar, que ser incorrectas no es violentar, que nosotras somos malas vendidas y que estamos abusando de nuestro poder. Lo suyo, en todo caso, se trata de posturas políticas, de berrinche porque un 8M no fue lo que ustedes esperaban: lo nuestro se trató de agresiones físicas y verbales que tuvieron efectos concretos en nuestra salud mental. No nos hagan luz de gas y háganse cargo de su cagadero. Sacar información confidencial de contexto, crear rumores, no desmentir rumores cuando tienes oportunidad, es violencia. Tienen un grado de responsabilidad en la violencia que vivimos y quiero que se hagan cargo.

Yo al chile no vuelvo. No vuelvo a organizar una marcha del 8M. Pero en Aguascalientes tenemos temas pendientes que urge hablar. El movimiento feminista nunca ha sido heterogéneo, es, en palabras de Audre Lorde: la casa de la diferencia. Las mujeres somos diversas y está bien. Las formas de organizarnos son diversas y está bien. Hablemos de: ¿qué significa que una marcha sea para todas? Porque me da la impresión de

que para muchas morritas ese para todas solo significa quemar, quitar, llorar y rayar. Eso no es para todas. ¿Qué sí significa para todas? ¿Podríamos imaginar una marcha donde marchemos todas y al final cada quien se organice en la plaza para accionar como mejor le guste, sin juzgarnos, respetando las formas de todas con perreo, quemas, infancias, teatro, música y mil formas? Pero también tenemos que hablar de cómo gestionar la envidia. Es importante hablar sobre cómo gestionar el que una morra nos cague, cómo no hacer político algo que es personal. Cómo gestionar la envidia de la proyección de otras. Cómo gestionar los sentimientos culeros hacia otras que todas tenemos y no usar la autogestión, la horizontalidad, las otras formas para justificar nuestras acciones, cuando en realidad es envidia, odio, prejuicios. Hablemos, pero hablemos al chile. Aprender de procesos colectivos, que el 8M es de todas pero que los procesos organizativos se respetan o se generan los propios. Que las marchas son para todas, pero los procesos organizativos son de quien los trabajó. Hablar de trascender la catarsis y pasar a la justicia restaurativa y la sanación colectiva. Cuestionarnos el por qué esperamos todo el año para gritar y abrazarnos, hacer el 8M algo cotidiano en nuestras vidas, desaprender la indefensión, quemarle hasta el nido de la perra a los agresores en corto. Entender que mover el culo es político. Entender que hay morras que ocupan tomar transporte público a las 9:30. Generar espacios de acción colectiva para acompañar familiares de víctimas, más allá de los pases de lista. Acompañar todo el año. Gritar todo el año. Quemar todo el año. Generar espacios de goce colectivo porque también nos los merecemos. No aceptar discursos de odio. No ser tibias con el racismo, el clasismo y el transodio. Abortar el feminismo como una teoría de las amas blancas de la plantación, como dice la colectiva Afrontera. Cuestionar el separatismo. Cuestionar las consecuencias políticas de que el Frente Nacional por la Familia sí trabaje con las instituciones y nosotras no. Hay que recordar siempre que el feminismo es un movimiento político.

Hay muchos temas pendientes en organización colectiva que tenemos que resolver. En todas las formas de organización política lo que no es válido es que tengamos aversiones personales, las disfracemos de diferencias políticas, nos justifiquemos en ellas para generar rumores y sacar información de forma peligrosa de contexto y generemos climas de violencia, agresiones físicas y verbales a otras.

La amiga salvaje

Soy una flor de loto
que ya no huele a lodo.
Nanpa Básico

Toda la vida he sido la amiga salvaje. La amiga lista, pero que es muy grosera. La amiga brillante, pero que es muy pedera. La amiga crítica, pero violenta. La amiga que si hay que decir que es nuestra amiga porque todo mundo quiere tener una amiga tatuada, de contexto periférico, pero que sea lista. Pero no tan amiga como para invitarla a nuestros círculos íntimos porque qué tal que no sabe comer con la boca cerrada. Estoy acostumbrada a ser la mala influencia, la morrita a la que las mamás les prohiben a sus hijas juntarse con ella. También a que cuando voy a una consulta médica y hablo sobre mi salud, los médicos se sorprendan y me digan: ¡Qué bien te expresas! Por dios, solo estoy hablando sobre mi expediente médico. Pero como tengo tatuadas las manos, te ganaron los prejuicios clasistas. Pero en el activismo me empezó a pasar algo muy curioso. Y era esa suerte de fascinación y admiración que está llena de exotización. Estaba muy acostumbrada a la discriminación por clase social y al aislamiento por mi forma de ser, de vestir y por los tatuajes. Pero me costó mucho trabajo identificar cómo me sentía en el activismo. No estaba segura de si era violento o

no. Pero sí me incomodaba muchísimo. Esa fascinación inocente de quien mira un animal exótico la sentí por primera vez cuando le confesé a una compañera de trabajo que me habían diagnosticado con rasgos de una psicopatía. Se acomodó en su silla y me hizo un interrogatorio que, aunque era de genuina curiosidad, me incomodó muchísimo porque me sentía deshumanizada. Era más importante saber si sentía o no empatía y si había matado o no a un gato. Se sorprendió muchísimo cuando le dije que no me gustaba dañar animales y que odiaba a la gente que los dañaba. Pero se escandalizó cuando le dije que había dos tres personas que sí pudiera, sí ultimaba. Nunca le interesé como persona, es decir: ¿cuál es la película favorita de una loca? ¿Cuál es tu disco favorito y por qué? Solo eran unas ansias enormes por mirarme como la otra capaz de cometer un crimen. Es raro de explicar. Pero en el activismo me empezó a pasar. Era esa necesidad por presumir que tenían una amiga como yo. Como la gente que presume: tengo una amiga negra, tengo una amiga trans, tengo una amiga puta. Y mejor aún: tengo una amiga negra, puta, exconvicta. Presumir que eres la persona más *open mind* porque tienes como amiga a lo abyecto entre lo abyecto. A la más periférica de las periféricas. A la más otra de las otras. No importamos como personas, porque eso se nota. Se nota cuando publicas en redes sociales que te está cargando la verga y nadie te ofrece escucha o apoyo. Pero que sí quieren presumir fotos contigo y tu otredad. Porque te ves muy bien en las fotos. Porque haces que la foto se vea menos blanca. Porque los tatuajes de la periférica y los chinos de la negra hacen que la foto se vea más incluyente. Pero si esa negra y esa periférica lloran debajo de la regadera es problema suyo.

¿Ya dejé claro cómo? Suena bajísimo, poco ético y muy duro, ¿cierto? Imagínate cómo se siente. No todo es tan drástico y hay intensidades. Hay quienes genuinamente te quieren conocer y tirar paro, pero la inocencia blanca hace que no dejen de verte como su amiga de la loma, como la amiga exótica y una se da cuenta porque no te preguntan: ¿cómo estás? Te preguntan

si alguna vez has estado en prisión. ¿A tus amigas blancas también les preguntas cómo consiguen la droga? ¿A tus amigas blancas también les preguntas por qué son tan listas si no estudiaron en universidades de prestigio? Tengan pensamientos.

Siendo la amiga salvaje también aprendí que hay formas de ser: la buena salvaje. Y una de ellas es moderándote. Demostrando que si sabes comer con cubiertos. Que si sabes explicar las cosas sin groserías. Que eres educada, leída y bien portada. Que no la vas a hacer de pedo a las primeras de cambio. Moderando tu maquillaje, tu forma de vestir. Tu forma de hablar, sin gritar tanto, sin maldecir tanto. Abandonándote. Renunciando un poco a lo que eres. Como Pocahontas. Que la gente diga: Sí, es prieto, pero lee mucho y elocuente para hablar y nada reaccionario. Sí, es negra, pero no una negra furiosa. Que la gente diga: Sí, es de barrio, pero no es violenta. Sí, es neurodivergente pero funcional.

Ya lo decía Jo Carrillo:

> A nuestras hermanas gringas
> amigas radicales
> les encanta tener retratos de nosotras
> sentadas junto a la máquina de fábricas
> manejando un machete
> en pañuelos brillantes
> cargando niños morenos amarillos negros rojos
> leyendo libros de las
> campañas contra el analfabetismo
> cargando ametralladoras bayonetas bombas navajas
> Nuestras hermanas blancas
> amigas radicales
> deben pensarlo
> de nuevo.
>
> A nuestras hermanas gringas
> amigas radicales
> les encanta tener retratos de nosotras
> andando por el sembrado en el sol ardiente
> con sombrero de paja si somos morenas

pañuelo si somos negras
en faldas de tejido brillante
cargando niños morenos amarillos negros rojos
leyendo libros de las campañas contra el analfabetismo
sonriendo.
Nuestras hermanas gringas amigas radicales
deben pensarlo de nuevo.

Nadie se sonríe
al dar frente al día
excavando pedazos de uranio como recuerdos
o limpiando detrás de
nuestras hermanas gringas
amigas radicales.

Y cuando nuestras hermanas gringas
amigas radicales nos ven
en carne viva
no como su propio retrato.
no están muy seguras
si
les encantamos tanto.
No somos tan felices como nos vemos
en
su
pared.

Pero en mi experiencia, también hay otra opción de que pases de ser la amiga salvaje, a la amiga invisible, a la íntima: el «éxito». Cuando eres nomás la salvaje brillante y pueden hacerte extractivismo sin comprometerse emocionalmente contigo en una amistad: eres funable, reemplazable, invisible, basurero emocional, cancelable, violentable. Pero cuando de pronto tienes un libro que todo mundo lee: ahora todes quieren que seas su amiga íntima porque eres una flor de loto que milagrosamente dejó de oler a lodo.

4. HE TEORIZADO MÁS QUE TÚ, Y SIN SALIR DEL GUETTO

El feminismo, los hombres y yo

«Todos los hombres son potenciales feminicidas y potenciales agresores», decía cuando recién llegué al feminismo. Todos. «Mi lucha es para las mujeres, resolver que se dejen de matar entre ellos es igual a seguirles lavando los calzones», también decía. Presumía ser misándrica y mi activismo se basaba en tuitear o escribir sobre lo opresores que son los varones, todos, así sin matices. Y cómo las mujeres somos los seres más oprimidos de la historia, sobre nuestra material realidad, es decir, la panocha, así también sin matices. Desde luego era separatista, en mis talleres y espacios no había lugar para los varones y cuando me veía en la penosa necesidad de aceptar hombres en mis talleres les daba la orden estricta de callarse y escuchar. Pobre de aquel que se atreviera a cuestionarme, lo trataba con pasivo-agresividad y lo mandaba a leer *Los hombres me explican cosas*. Y luego lo presumía en redes: hoy mandé a un señor a leer *Los hombres me explican cosas*. Y esperaba la lluvia de *likes*.

No había lugar para lugares grises: todas las mujeres estamos oprimidas, nos oprimen por una realidad material y biológica: la vagina. Y todos los hombres son opresores. La realidad, también material, que se llama la vida diaria, me daba guiños de que quizás –y solo quizás– había matices. Por ejemplo: «Mi novio, el macho opresor por excelencia, esa criatura con pene, lleno de privilegios, hijo sano del patriarcado» tenía

tres trabajos: mesero en una fonda, barman en un bar y pintor de casas para ganar mensualmente lo que yo ganaba sentada en una oficina cinco horas. Él es el primero de su familia en terminar la secundaria, creció en un ambiente profundamente violento donde tenía que defenderse de tiro por viaje a golpes, pero desde mi primera postura teórica era el enemigo. Mi enemigo tenía tres trabajos para ayudarme a pagar la licenciatura en Filosofía, licenciatura que, dicho sea de paso, estaba estudiando por gusto. Él la secundaria la tuvo que estudiar a huevo para que lo contrataran en mejores empleos. Me daba la mitad de su sueldo, pero empecé a tratarlo en consecuencia porque leí la propuesta teórica de una señora blanca y ella decía que hasta el varón más pobre tenía una mujer a su servicio y esa tenía que ser yo. Empecé a señalarle su machismo de forma obsesiva, empecé a romper nuestros acuerdos porque ningún hombre me iba a dar órdenes. Dios lo haga un santo por soportarme en esa época. Me corté el cabello y me dejé crecer los pelos de las axilas porque no quería ser obediente a una feminidad creada para el ojo masculino. Es una cosa bien loca, loquísima, porque de entrada nunca me sentí identificada con el feminismo blanco, ese que dice que las mujeres estamos hartas de ser la ama de casa o que hemos sido históricamente silenciadas o confinadas a lo privado, pero respecto a los varones mi feminismo era blanco, blanquísimo. Malditos opresores, todos. Pasaba de largo las críticas que hacen las feministas negras al separatismo porque, aunque me identificaba mucho más con el feminismo negro y decolonial mi postura respecto a los varones seguía siendo la misma: «Son unas basuras y mi lucha es por y para las mujeres». «El feminismo no es la madre de todas las luchas». «Mi feminismo es interseccional porque las incluye a todas, no a todos». «Ellos no caben en mi feminismo».

La realidad material de la vida cotidiana me decía, me gritaba, me imploraba: morra, guacha, guacha quién limpia la mierda cuando se tapa el drenaje en el centro de Aguascalientes. Morra, quién tiene las cifras más altas de muertes

violentas, de población en los sistemas industriales carcelarios, en las desapariciones. Pero yo me hacía de la vista gorda. Como que la virgen me hablaba. Reflexionaba, sí, pero en cómo darle la vuelta a la realidad material para que la víctima fuera yo. Para ser más oprimida que el señor moreno y empobrecido que limpiaba mierda en el centro de la ciudad, pensaba: seguro ese señor llega a su casa y tiene una mujer a su servicio. Pero esa mujer no eres tú, me decía la lógica, pero yo le seguía jugando al Micky. No es que yo fuera una mezquina, ni una berrinchuda, ni una pendeja. Es que soy mujer y sé que esto será contradictorio, pero vaya que tengo experiencias para desconfiar de los varones. Todas las mujeres las tenemos. Mi problema es que yo llegué al feminismo tan herida, tan agredida, tan subestimada, había vivido tantas experiencias de sexismo, de misoginia, de violencia y de discriminación que el feminismo me hizo sentido.

Yo quería ser sanada y pensé que sufrir en colectivo y estar muy muy encabronada con los varones me iba sanar, pero no fue así. Porque el feminismo no sustituye a la terapia y no es una comunidad terapéutica. El feminismo es un movimiento político.

¿Cómo fue que cambió mi postura respecto a los varones? Fui a terapia. Durante el año 2015 tuve un periodo muy complicado en mi vida y estuve en riesgo de suicidio, y eso me llevó a tomar terapia en un centro de salud mental. Cuando me dieron de alta la vida era otra en todos los aspectos de mi existencia, incluidos los varones, el feminismo y la gente en general. Como por arte de magia empecé a tener la capacidad de ver matices. Siendo diagnosticada con trastorno límite de la personalidad el objetivo de la terapia era, precisamente: los matices.

El primer matiz fue cuando fui a una prisión a visitar a un familiar. La vez anterior mi análisis fue solo sobre la heterosexualidad obligatoria que hace que las mujeres sean básicamente olvidadas en prisión mientras que hay varones que tienen visita conyugal de dos mujeres. Desde luego que es un

análisis muy valioso, pero no es el único importante, y mi epifanía fue ver el paquete completo: los varones empobrecidos y racializados que están ahí adentro vulnerados por un sistema que es mucho más complejo que el patriarcado porque el patriarcado no existe, y lo que existen son múltiples formas jerárquicas y culeras de relacionarnos, que están todas relacionadas entre sí: sexo, género, clase social, color de piel.

El segundo fue cuando regresé a dar talleres de derechos sexuales y reproductivos con jóvenes en contextos de alta marginación y violencia. Por primera vez me tocó un grupo mixto. Pensé en hablarles de consentimiento, de que los hombres también pueden llorar, de ser las nuevas masculinidades que el feminismo blanco demanda, esos varones que leen poesía y responsabilidad afectiva a niños, literal: niños, que solo ven dos opciones en su vida: ser sicarios o policías. Entonces les hablé, sí, de consentimiento, y estoy segura de que con un morrito que agarre el pedo de que decirles a las morritas «me van a doler los huevos si no termino» es violencia, las morritas que se relacionen con él se verán beneficiadas, pero también les hablé de problemas de varones: de violencia policial, de reducción de daños en uso de sustancias psicoactivas, de violencia entre pares y de suicidio. ¿Esto me hace menos feminista? ¿Estoy maternando varoncitos que un día serán sicarios? Quizás. Pero mi feminismo ahora responde a una realidad material mucho más compleja: la vida es una mierda para las personas con vagina, pero la vida también es muy culera para las personas con pene, sobre todo para las mujeres trans y los varones empobrecidos y racializados, y mi feminismo hoy alcanza para todes.

Quisiera hablar de forma compleja sobre las críticas al mandato de las nuevas masculinidades como un proyecto de domesticación de los varones racializados y sobre cómo aquello que problematizamos como masculinidad tóxica son casualmente las actitudes que toman los hombres precarizados, pero somos más condescendientes con las actitudes machistas de los hombres blancos. De cómo las feministas damos por hecho

que todos los varones tienen el mismo contexto y su mayor conflicto es que no lloran cuando en realidad muchos varones tienen un chingo de pedos bien culeros, como la desaparición forzada o tener que defenderse si o si con violencia, pero siento que sería estrabismo cultural. Entonces, para problematizar que, como dice Ochy Curiel, todos los hombres son machos, pero no todos son patriarcas, les recomiendo tomar los talleres sobre masculinidades que da el Colectivo PalabrAndo.

Sigo teniendo un análisis feminista en todo lo que hago, sobre cómo se nos trata igual, con misoginia, por ser mujeres, solo que ahora también me interesa sobre todo cómo y por qué también entre nosotras nos tratan diferente: no me tratan igual a mí que a una mujer racializada, ni me tratan igual a mí que a una mujer rica. Sigo siendo feminista, solo que antes únicamente veía que detrás de cada hombre genial hay una mujer que cuida y limpia, ahora veo que detrás de cada mujer brillante y exitosa ahuevo hay varones y mujeres racializados que hacen los trabajos de crianza y de cuidado. Ahora veo que si yo estoy aquí escribiendo esto es porque mi esposo, un varón precarizado y empobrecido, tuvo tres trabajos para ayudarme a pagar la universidad. Ahora que veo matices pienso que el feminismo es para todo el mundo, y que al menos en mi feminismo los varones son bien recibidos.

Sobre el borrado de las mujeres

Cada vez es más común escuchar «personas con capacidad de gestar» y «personas que menstrúan» en leyes sobre justicia reproductiva, productos de gestión menstrual y debates feministas, y esto ha generado discusiones. A lo largo de la historia de la humanidad la palabra «mujer» ha estado acompañada de insultos misóginos o invisibilización. Las mujeres somos lo otro, el «segundo sexo», lo abyecto. Siendo históricamente

el «sexo invisible», bajo la universalización del todos nosotros: la humanidad; al escuchar «personas gestantes», «mujeres cis», es natural pensar: ¿y nosotras? Ser nombradas es una batalla histórica del feminismo y las luchas de las mujeres, en ese contexto histórico. Es normal enojarse porque ya no somos «mujeres» sino «mujeres cis» o «personas gestantes». Sin embargo, personas gestantes en leyes de gestión menstrual y justicia reproductiva es para proteger a hombres trans que menstrúan y tienen capacidad de gestar porque si sus documentos oficiales son congruentes con su identidad de género y las leyes dicen «solo mujeres», los servicios les pueden ser negados. Sucede. Ha sucedido.

Para mí, nombrarme mujer es una estrategia política. No obstante, soy consciente de que, en nombre de la lucha por los derechos de las mujeres, y del feminismo, se cometen muchas injusticias. Muchas. Usar los derechos de las mujeres como excusa lo ha hecho el imperialismo gringo para invadir otros países, lo ha hecho la derecha para impulsar leyes antinmigrantes y lo han hecho feministas para censurar todo aquello que les parece inmoral. Hay que decirlo: ciertos sectores del feminismo han pactado desde los años sesenta con la derecha para luchar contra la pornografía, el trabajo sexual y los derechos de las personas trans. También hay que decirlo: hay feministas que militan leyes que dejan sin trabajo a trabajadoras sexuales, sin certeza jurídica a mujeres trans y sin la posibilidad de un aborto seguro y legal a hombres trans. Decía Nietzsche que el que lucha contra monstruos debe cuidarse de no convertirse en uno. Y hay un sector del feminismo que, bajo la excusa de luchar por los derechos «basados en el sexo» y «el borrado de las mujeres», termina militando en posturas antiderechos. Las feministas transexcluyentes son feministas, pero también son antiderechos.

Primero, y por si hace falta: ¿qué es un derecho? Un derecho humano es una garantía que tenemos los seres humanos para el buen vivir. La educación es un derecho, la salud es un derecho, el trabajo es un derecho. Existen los derechos

específicos para contextos específicos, como los derechos laborales, los derechos de las personas migrantes, los derechos «basados en el sexo», y existen los derechos de las personas de la comunidad LGBTTTI. Un derecho «basado en el sexo» es por ejemplo decidir sobre nuestros procesos gestacionales, y un derecho de las personas trans es el reconocimiento de la identidad jurídica.

Los derechos de una persona o de un grupo de personas no ponen en riesgo los derechos de otras. Por ejemplo, el derecho a migrar no pone en riesgo el derecho al trabajo de otros ciudadanos. El derecho a la salud de las personas que tienen accidentes automovilísticos no pone en riesgo el derecho a la salud de personas con enfermedades crónico-degenerativas. Sin embargo, es común escuchar la falacia de que sí, de que existen grupos o «minorías» que ponen en riesgo los derechos de otras personas. Estas afirmaciones, por lo general, están articuladas a partir de la falacia de mear afuera del hoyo, es decir, de problematizar mal.

Los derechos no son el problema, pues cuando existe una pugna entre derechos es por malas políticas públicas. Las malas praxis son el problema, las malas políticas públicas, las leyes injustas, pero nunca los derechos. La disputa por los derechos humanos o la premisa «vienen a robarnos el trabajo, las plazas educativas, las becas y todo por lo que históricamente hemos luchado» la usan sobre todo las personas antiderechos. Las personas que trabajamos haciendo activismo de base en temas de derechos humanos, sabemos que como dice Nic. de Intersecta: «Los derechos humanos no son un pastel». Una persona antiderechos es aquella que milita contra los derechos humanos de otras personas. Las morras de paño azul que militan contra el aborto son antiderechos. Los nacionalistas que militan contra el derecho a migrar son antiderechos. Los derechistas que militan contra el matrimonio igualitario son antiderechos. Entonces... las feministas que militan contra las leyes de identidad de género, la inclusión de las personas gestantes en leyes de gestión menstrual o justicia reproductiva

y derechos laborales para trabajadoras sexuales, ¿son? Exacto: antiderechos. Y hay que decirlo sin miedo, igual como lo hacemos con los provida, los antinmigrantes, los fascistas, los racistas y los nacionalistas. ¿O se nos arruga la verruga porque son feministas?

Un argumento común que usan las personas antiderechos es usar a una minoría o al «otro/a/e» como enemigo/amenaza que viene a robarnos algo por lo que históricamente hemos luchado. Es curioso que si escuchamos a Donald Trump decir que «los migrantes ilegales vienen a robarse los trabajos de los estadounidenses de clase trabajadora» o a La Niña del Paño Azul decir: «Que los derechos de las mujeres no están por encima de los derechos de los bebés que serán masacrados», sabemos que son falacias de apelación a la emoción, que es un discurso que busca generar pánico moral y social para conseguir fines políticos. Pero si la que usa una falacia de miedo al otro o de apelación a la emoción es una feminista, si una feminista dice: «Los hombres que se autoperciben mujeres son la peor amenaza para los derechos de las mujeres porque vienen a robarse los espacios por los que históricamente hemos luchado», ahí tuerce el rabo la marrana y muchas decimos: Oh, podría ser verdad. ¿Por qué? Explicaciones podría haber muchas: culerismo, sesgos cognitivos o intereses políticos ocultos.

Estudié filosofía porque me gusta ejercitar el pensamiento crítico. Para muchas personas eso significa que si eres de un partido político de izquierda escucharás a quienes también son de izquierda, pero creen que los partidos políticos no son el camino. Para mí, el pensamiento crítico se ejercita escuchando a quienes piensan contrario a tí. Para ejercitar mi pensamiento crítico he leído con atención a gente de ultraderecha. Y también he escuchado y leído con atención a las máximas representantes de la militancia contra el borrado de las mujeres y los derechos basados en el sexo. He leído con atención a las feministas transexcluyentes porque soy defensora de los derechos humanos. Me interesa ejercitar el

pensamiento crítico, claro que sí, estar teóricamente equivocada me parece vergonzoso. Pero las he escuchado con atención porque no me gustaría ni de pedo estar del lado incorrecto de la historia. Les di el beneficio de la duda porque: ¿qué tal que las mujeres trans sí son una amenaza? ¿Qué tal que sí ponen en riesgo los derechos de las «hembras humanas»? Podré perdonarme no haber entendido *El segundo sexo*, pero jamás me perdonaría ser una mala defensora de los derechos humanos. Entonces las leí y las escuché. Les juro que todo lo que leerán a continuación no es chiste, es anécdota.

Uno de los primeros argumentos que escuché fue el de los deportes. Una «hembra adulta de la especie humana» viene acá con una historia trágica. Con el ceño fruncido, porque les encanta ser guerreras de ceño eternamente fruncido, te pregunta si crees que es justo que una persona que «vivió como hombre hasta la edad adulta y que tuvo entrenamiento militar en la marina y que hace apenas unos meses se le ocurrió ser mujer porque en los deportes masculinos nunca destacó, golpee con saña a una pobre y frágil hembra humana». ¿Verdad que no es justo?, dice al borde del llanto, y si una es de lágrima fácil y corto sentido crítico dice: ¡A huevo, nos están borrando! Pero chik/o/e/a indignada por el borrado de las mujeres, te tengo una sorpresa. Si tienes una historia trágica que contarme sobre las injusticias en el mundo del deporte por la inclusión de las mujeres trans, también yo te puedo contar una historia trágica: una mujer racializada y precarizada de dieciocho años que en el box vio la única posibilidad de salir adelante —como la ven miles de personas del barrio— se sube a pelear con una mujer blanca canadiense, de clase media de treinta y tantos. ¿Se te hace justo que una mujer que tuvo todos los privilegios, que entrenó en gimnasios del primer mundo, golpee a una jovencita que tenía una carrera brillante, pero ni de pedo con la alimentación y acceso a recursos de la canadiense? ¿Te parece justo que esta joven de futuro brillante haya muerto por los golpes en la cabeza y que su familia no haya tenido dinero ni siquiera para traer el cuerpo?

No uso esta lamentable historia como token, la uso para ubicar a las feministas transexcluyentes en la realidad: historias de injusticia hay en todos lados, las mujeres no somos todas iguales y no tenemos las mismas ventajas, ni los mismos problemas, ni queremos lo mismo ni estamos del mismo lado. Apelar en el caso de las mujeres trans en los deportes a «la superioridad física de las personas con pene» es recurrir al determinismo biológico, y el determinismo biológico es muy peligroso. ¿Qué es nacer como mujer? ¿Qué es crecer como mujer? A mí me da la impresión de que cuando las feministas críticas de género dicen «crecer como mujer» se refieren a la experiencia de las mujeres blancas de clase media porque las mujeres débiles que no cargan cosas pesadas, que no andan en chinga chingándole, solo existen en la imaginación de las feministas blancas.

Las mujeres trans en los deportes no son un problema. Su inclusión no es un problema. No son ni siquiera estadísticamente un número grande. No siempre ganan. Existen mujeres cis, como las mujeres negras, que son más fuertes, más altas, más musculosas y con más testosterona, que otras mujeres cis y trans. ¿Sabes qué sí es un problema para las mujeres en los deportes? La violencia sexual, la gordofobia, los bajos salarios, los estereotipos racistas y las injusticias raciales contra mujeres cis que no pueden competir por niveles hormonales, o por los uniformes. Pero las feministas transexcluyentes no están interesadas en defender los derechos de las mujeres, quieren usar los derechos de las mujeres como excusa para usar a otras personas de saco para golpear. De ahí la importancia de no ver al feminismo como comunidad terapéutica.

Otro argumento común y, en mi opinión, el más bajo bajísimo, son los refugios para mujeres. Nuestras guerreras enemigas del activismo gozoso, con la voz quebrada, plantean que: «¿Te imaginas ser víctima de violencia feminicida, tener que ir a un refugio y tener que compartir recámara con un hombre barbudo que se autodefine como mujer?», y luego rematan diciendo: «Esto no es un discurso de odio, decir la verdad

no es discurso de odio. Si me odiarán, que sea por defender los derechos de las mujeres». *Sure*, Jan. Aquí también te tengo noticias. Si fueras una activista de verdad comprometida, si realmente te interesaran los derechos de las mujeres sabrías que el problema real de los refugios no son las mujeres trans, son los recursos. No hay recursos. En México hay miles de mujeres en riesgo vital porque existen pocos refugios, muchos de ellos no operan conforme a los derechos humanos, pero en general operan sin recursos. Ya ni hablar de las casas de medio camino, que seguro en la vida las has escuchado mencionar porque estás ocupada llorando por casos hipotéticos, porque en México es rarísimo que una mujer trans logre entrar a un refugio para sobrevivientes de violencia.

Sucede lo mismo para las cárceles. Es rarísimo que a una cárcel para mujeres ingrese una mujer trans, no porque no tenga el derecho sino porque las leyes mismas imposibilitan esta situación. ¿Sabes quiénes sí viven amenazas reales? Las mujeres trans que son mandadas a cárceles para varones donde son agredidas, vulneradas, les cortan el cabello o las deben tener aisladas para que no abusen de ellas. Una persona que realmente está interesada en defender los derechos de la mujer sabe que los problemas reales en las prisiones femeniles son el abandono, la precarización, el lacerado ejercicio de la maternidad, el desamparo de los dependientes de las mujeres privadas de su libertad, la prisión preventiva oficiosa. Si tú vas a una cárcel para mujeres y preguntas: ¿qué problemas tienen?, te darás cuenta de que la amenaza trans solo existe en la imaginación de las feministas antiderechos de las mujeres trans. Sucede lo mismo para el tema de los baños, de las becas y cualquier tema que ustedes gusten poner sobre la mesa, incluso las estadísticas de violencia: las mujeres trans ni son un número estadísticamente significativo para alterar las cifras de violencia, ni están interesadas en violentar mujeres cis, ni quieren quedarse con el feminismo. Ni los derechos son un pastel que se va a repartir: si hay diez becas y les dan becas a cinco mujeres trans, no es que cinco mujeres cis se queden

sin esas becas por culpa de las trans, es porque no hay suficientes becas. El problema es el número de becas y no el derecho a la certeza jurídica que se garantiza mediante las leyes de identidad. A las feministas transexcluyentes no les interesan los problemas de las mujeres, pasan más tiempo hablando del supuesto borrado de las mujeres, que solo ocurre en su imaginación, que proponiendo acciones concretas para mujeres concretas en la vida real.

«Las leyes de identidad de género avanzan más rápido que las leyes de interrupción del embarazo porque las leyes de identidad de género benefician a los hombres y perjudican a las mujeres», dicen. El problema con el feminismo blanco es que ve la lucha por la emancipación de las mujeres de forma muy básica: emanciparse respecto a los hombres. Y un feminismo que funciona no es para emanciparte de los hombres sino para emanciparte de la matriz de opresiones: ni mujeres ni hombres opresores. «Las cifras de violencias cometidas por mujeres se van a disparar porque ahora también van a contar las que cometan los hombres que se autodefinen como mujeres»: esta es una falacia de pendiente resbaladiza, es igual a la que usan los antiderechos de derecha: «Si legalizan el matrimonio entre personas del mismo sexo, se acabará el matrimonio heterosexual y la familia»; es la misma vibra porque es la misma falacia. Como si por hacer accesible el matrimonio igualitario todos los hombres heterosexuales dijeran: ¡Ahuevo, llegó la hora de desconocer al compadre!; como si las leyes de identidad de género hicieran que la gente que no es trans diga: ¡Ahuevo, voy a transicionar! Apelar a la violencia de las trans es además una falacia de generalización apresurada, las mujeres trans cometen pocos crímenes. Y usar a una como ejemplo es una falacia, una generalización apresurada y de caso particular. Una herramienta muy pendeja pero muy usada, sobre todo por los fascistas y antinmigrantes. Los debates importantes son dejar de hablar de aborto para empezar a hablar de justicia reproductiva y hablar de violencias que ejercemos las mujeres producto de la socialización femenina.

y cómo criar en solitario y con problemas emocionales lleva a las mujeres cis a encabezar las cifras de violencia física y psicológica contra sus hijos, hijas e hijes.

Si las personas trans nos están borrando: ¿dónde están las mujeres trans al mando de los institutos de las mujeres? Hay rumores de la desaparición de los institutos de las mujeres, algunos mutando en la Secretaría de la familia y otros en la Secretaría de la igualdad. Ese podría ser un problema real. Pero eso no le importa a las transodiantes. ¿Dónde están las mujeres trans en las mesas de novedades de literatura? ¿Cuántas diputadas federales trans hay versus cuantas cis? ¡Una! Y es la primera en la historia. Se llama Salma y es orgullo hidrocálido. ¿En serio nos están borrando? Me da la impresión de que la lucha contra el «borrado de las mujeres» la componen solo mujeres que se suscriben al feminismo blanco, llorando porque ahora tienen que disputar espacios, en la telenovela que se crearon en sus mentes producto de la socialización femenina blanca: «Es injusto que el premio de poesía lo haya ganado una mujer trans y no una mujer blanca bua bua bua bua». «Nos quitan espacios», espacios que dicho sea de paso no ocupan mujeres precarizadas. Porque allá afuera los problemas de las mujeres, fuera de las discusiones pendejas entre feministas, son otros. Los problemas son la injusticia reproductiva, la violencia sexual, la precarización, el racismo. Los problemas que vivimos las mujeres cis, trans, racializadas, precarizadas, de clase media, académicas, blancas, diversas, son diversos: unas discriminaciones, otras violencia sexista, otras opresión pero todas lejos, lejísimos de ser borradas y lejos lejísimos de la «amenaza trans».

Lo que más me ofende de las feministas antiderechos es que posicionan su pensamiento como el top del racionalismo, el sentido común y las preguntas complejas, y no es así. Su pensamiento no es lógico, es determinismo biológico. Su pensamiento no es crítico, es falaz y chantaje emocional. Sus preguntas no son profundas, son básicas. Y es un pensamiento básico porque es unidimensional, solo ve el sexo. Pienso —y

en esto he invertido mucho tiempo en pensar—: ¿por qué mujeres que se ven a sí mismas como lúcidas, sabias, críticas y perras para la teoría son tan básicas a la hora de formular pensamientos y argumentos? Porque solo ven el sexo. Pensar en que son demasiado pendejas quizás sería misógino de mi parte, entonces prefiero pensar que es por ojetes. Prefiero pensar que sí se dan cuenta de que el sexo solo es una parte de la opresión y de los problemas que vivimos las mujeres, que no lo es todo, que hay factores más determinantes. Quiero pensar que sí se dan cuenta de que muchas mujeres no estamos oprimidas, pero que siguen con estos discursos porque les conviene, porque ser la eterna víctima les quita responsabilidad sobre sus vidas.

Las feministas antiderechos de las personas trans se preguntan por qué preguntar, por qué cuestionar «las hace unas trans odiantes y no unas luchadoras de los derechos de las mujeres». Juanita, Laura, Dana: quizás porque si fueras luchadora de los derechos de las mujeres sabrías los problemas reales de las mujeres, pero en lugar de eso estás diciendo que las mujeres trans van a invadir estos espacios, sin pruebas y refiriéndote a ellas como cabrones. No se pongan el pie solitas tan gacho, mijas. Pero si realmente quieren luchar por los derechos de las mujeres anden al refugio más cercano a su casa, a las prisiones, a las telesecundarias de la periferia, con las trabajadoras sexuales organizadas, a los hospitales públicos de las mujeres, a los centros de justicia de las mujeres y pregunten en qué pueden ser útiles.

Cuando una mujer provida dice que «el feto tiene un ADN distinto, que es un ser humano, que esto es un hecho científico, que decir que el feto no le pertenece a la mujer porque es una persona independiente y matarlo es ser matabebés», somos radicales en decirles que son puras mamadas. Esto significa que si sabemos identificar falacias y chantajes emocionales. Pero si una feminista antiderechos de las personas trans dice que «si dos personas, una mujer y otro hombre jamás han hecho ejercicio, se alimentan igual y tienen el mismo estilo de

vida, una por tener pene es automáticamente un opresor y la otra una oprimida», o que «el transactivismo es un caballo de Troya y la peor amenaza a los derechos de las mujeres». guardamos silencio y esto nos hace cómplices, porque tanto peca el que mata la vaca como el que le sostiene la pata.

Hablemos de mujeres: ¿de cuáles?

En tiempos recientes y derivado de la falacia del borrado de las mujeres se ha puesto de moda hacer textos supuestamente críticos que apelan a «hablar de mujeres». Estos textos comparten más o menos la misma estructura y están redactados a partir de las mismas premisas: el patriarcado es un sistema que a través del género pone lo masculino por encima de lo femenino. La opresión viene de nuestros cuerpos. El sexo es un hecho biológico. La división sexual del trabajo es prueba de que el patriarcado existe. El patriarcado está fundado sobre el cuerpo de las mujeres. Hay que hablar de mujeres, es decir hablar sobre menstruación, hormonas, violaciones y todo lo que ponga en el centro la panocha. Nos quieren borrar hablando de personas gestantes.

Estos textos además de ser transodiantes, tienen otros problemas, por ejemplo, el marco teórico: argumentan a partir de un marco teórico muy básico y desfasado, con discusiones que si no existiera el racismo epistémico, ya estarían superadas. Una espera que personas de izquierda, con cargos públicos, que han viajado un chingo, noten el racismo epistémico, las discusiones esencialistas, las premisas mal redactadas, las falacias y las conclusiones pendejas en los textos que defienden el borrado de las mujeres y en los textos «hablemos de mujeres». Pero no es así, y me pone muy de malas, básicamente porque yo no tuve el privilegio de tener acceso a una educación de élite. Y eso me ha quitado oportunidades

laborales bien vergas. Y me emperra que quien sí la tuvo no tenga pulcritud teórica. Si yo, que estudié la licenciatura en Filosofía *online* en una universidad de las que la banda bien educada llama «patito» mientras trabajaba en un pinche *call-center*, puedo identificar el transodio: ¿por qué tú, que tienes un pinche doctorado en el extranjero, no? Me apachurran el botón del trauma. A estas alturas de mi vida no me interesa la teoría en mi cotidianeidad: en mi vida cotidiana me interesa —como dice Gloria Anzaldúa— «hablar en lenguas», me interesa —como Audre Lorde— «el mirar profundo» y —como dice Chela Sandoval— «la metodología de las oprimidas». Me interesa hermanarme con hombres que son excluidos del poder patriarcal, me interesa hermanarme con mujeres racializadas, de las periferias, empobrecidas. Me interesa hermanarme con las mujeres y hombres trans y personas no binarias. Sigo leyendo teoría porque me encanta hacerle a la mamada para callar bocas porque me dijeron que no podía. Que alguien con mi educación, con los trabajos que he tenido: *call-centers* y vendedora de segunda en un tianguis, que, sin viajes, que jamás he salido del país, no habla inglés, ni ningún idioma extranjero. Que alguien con cincuenta tatuajes y léxico de la verga, no podía. Y si puedo, y mejor que ustedes. Y ni modo.

Pero a lo que vamos: ¿por qué «hablemos de mujeres» cuando en esas mujeres se engloba solo a las mujeres cis es una premisa peligrosa? «Hablemos de mujeres» se usa para vulnerar los derechos humanos porque apela al determinismo biológico. Es importante mencionarlo porque las feministas «críticas de género» tienden a decir que sus textos son peligrosos para el patriarcado, pero no lo son. Al contrario, son funcionales a las relaciones patriarcales, porque como dice Hannah Arendt: «Nada, en mi opinión, podría ser teóricamente más peligroso que la tradición de pensamiento orgánico en cuestiones políticas, por la que el poder y la violencia son interpretados en términos biológicos». Las feministas negras, en el Manifiesto Colectiva del Río Combahee, afirman: «Como Negras encontramos que cualquier tipo de

determinismo biológico es una base peligrosa y reaccionaria para construir una política». Muchos textos que apelan al «hablemos de mujeres» afirman que la opresión de las mujeres tiene una base material, que el patriarcado está construido en características biológicas específicas de las hembras humanas. Afirmar: «Toda esta opresión nace de nuestros cuerpos. Si, aunque haya quienes lo nieguen, ya sea por la misoginia imperante en el pensamiento de derecha o porque hay quienes creen que lo biológico nada tiene que ver con todas las experiencias que se viven siendo mujer», es apelar al determinismo biológico.

El género no se construye en el sexo, de nuestros cuerpos no surge la opresión. En este punto me voy a parafrasear a mi misma, no por vanidad. Al chile es por hueva de hacer pedagogía gratuita a personas que tienen todos los privilegios para educarse en fundamentos básicos de la lógica y la construcción de argumentos: como ya expliqué, estudié filosofía y, por lo tanto, la estructura de los argumentos es muy importante para mí y, desde que escuché la frase «la base material de la opresión es el sexo», me pareció problemática como premisa. Esa redacción afirma —sin querer— que la opresión sí tiene justificación y esa justificación es la diferencia sexual. La premisa está mal redactada y si razonamos mal, conceptualizamos mal y, como dice Celia Amorós: si conceptualizamos mal, politizamos mal. El problema no son los genitales ni la supuesta capacidad reproductiva ni la vulva. El problema es la interpretación de otredad que se da a la diferencia biológica. La opresión de la mujer no tiene bases ni justificación, tiene una estructura: la jerarquización. El problema es la jerarquización, no el dato biológico. No es la materialidad, es la interpretación de esa materialidad. La opresión no tiene base material, tiene estructura ideológica. Y no existe una sola jerarquización, existen varias e interactúan entre sí. Cuando he planteado que la premisa «la base de la opresión es el sexo» es una falacia (o varias) me preguntan: ¿cómo deciden a quién cortarle el clítoris? ¿Cómo deciden a quién matar en la selección de fetos

por sexo? Desde luego, para decidir a quién violar los violadores de mujeres seleccionan a su víctima por la inmediatez: el sexo (o lectura sexualizada inmediata). Pero no es el sexo lo que mata o justifica, es la interpretación que se le da a ese dato biológico y es la jerarquización y la infravaloración. Hay una diferencia semántica y simbólica y lógica enorme en decir: «la base de la opresión es el sexo» a decir, «la opresión no tiene bases ni justificaciones». La opresión se articula en la jerarquización que se hace a partir de interpretaciones machistas/racistas/clasistas de datos biológicos. Nuevamente: si razonamos mal, politizamos mal. ¿Cómo tomar como plausible una apuesta teórica que está basada en una premisa falsa o «mal redactada»? ¿Por qué damos por hecho estos aportes teóricos si desde su sintaxis son sumamente problemáticos? Porque los hicieron feministas del cuarto propio que por la colonialidad del saber están legitimadas per se, aunque digan pendejadas.

Apelar a la biología es peligroso para los derechos humanos. De hecho, la derecha lo hace todo el tiempo. La derecha milita contra el matrimonio igualitario, las leyes de identidad de género y el aborto legal con argumentos biologicistas. De hecho, dicen que es biología básica: «Solo existen dos sexos, hombres y mujeres». Thomas W. Laqueur afirma que hasta principios del siglo XVII existía un modelo de sexo único, durante mucho tiempo se utilizaron las mismas palabras para hablar de genitales y la jerarquización social no tenía un argumento biológico, sino filosófico y teológico. La división jerarquizada sexual del trabajo existía porque los filósofos y los teólogos y la iglesia decían que así debía de ser. Fue hasta que comenzaron las revoluciones políticas, sociales y económicas que se estableció un modelo de dos sexos de dicotomía jerarquizada, el menosprecio a las labores «femeninas» fue cuestionado, ya no bastaba con: «Porque Dios dice que las mujeres deben hacerse cargo de sus hijos», se necesitaban razones científicas, propias del pensamiento imperante en la época. Hablar de diferencia sexual se puso de moda

cuando el contexto político lo ameritó. Cuando hubo un cuestionamiento a las verdades reveladas, a la iglesia, a los filósofos machistas, como Aristóteles. Es verdad que la división sexual del trabajo, en algunos contextos, necesita de ciertas características físicas, pero apelar a la biología y luego devenir en «la biología es destino», es un hecho social y político, y no tiene base científica. Recurrir a la biología para justificar la jerarquización lo han hecho históricamente los grupos fundamentalistas, como la derecha, los nazis, los provida. Bourdieu decía que hablar de la diferencia sexual como un hecho científico legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que en sí misma es una construcción social naturalizada. La derecha, los datos o hechos biológicos como una herramienta de legitimación del orden social. Los conservadores dicen: existen dos sexos, hombre y mujer. Las mujeres paren. Los hombres tienen testosterona. Las feministas radicales hacen técnicamente lo mismo, al menos discursivamente cuando afirman: la opresión tiene su base material en el sexo.

Los movimientos sociales comúnmente esencializan las características que comparten sus participantes, esto con el fin de construir sujetos políticos. Estos reduccionismos son peligrosos y las teóricas negras y de color han señalado durante años que problematizar las violencias que viven las mujeres bajo el concepto de sexo/género/la opresión común/el patriarcado invisibiliza las violencias que viven las mujeres abyectas de la feminidad. Entonces, si perpetuamos de forma deliberada el hablar de «mujeres» centrando nuestra atención en el sexo, esencializando la «condición femenina», estamos siendo perversas y racistas.

¿Por qué estos textos son transodiantes? Porque dicen, textual: No solo los negacionistas del sexo como una realidad biológica, sino también aquellos que, en nombre de una supuesta diversidad, nos dicen que hemos de renunciar a nombrarnos y a nombrar procesos biológicos que nacen de nuestra capacidad sexual y reproductiva y que son el origen de nuestra opresión...

parece que no quieren que denunciemos esta realidad que es solo nuestra desde hace milenios. Nos exigen incluirnos en el «todes» y «todxs», y nos dicen que para ser inclusivas hemos de llamarnos «personas menstruantes», «personas gestantes», «personas con capacidad de parir». Porque «mujer» ya no es un término «inclusivo». Una puede perfectamente problematizar la división sexual del trabajo, la necesidad de dignificar la gestión de la menstruación, el aborto, la importancia del uso del femenino genérico, las teorías que hay sobre el origen del sexismo, sin cagarse en las mujeres y hombres trans. Se puede, claro que sí. Pero, si decides deliberadamente quejarte de que se use «personas gestantes», que se usa para proteger los derechos reproductivos de los hombres trans, estás siendo deliberadamente transodiante.

Existen diferencias biológicas entre machos y hembras humanos. Un hecho biológico es que las «hembras humanas» menstrúan. Un hecho biológico es que los machos humanos eyaculan. Pero, alrededor de estos hechos biológicos se construyen mitos, estigmas. La menstruación como hecho biológico es sangrar por el chocho cada mes, no más. Nada de mística. Sangre del chocho y se acabó. Cómo vives la menstruación depende de tu contexto: si eres una mujer feminista posiblemente uses copa menstrual, sangrado libre y te estés conectando con tu útero. Si eres un hombre trans posiblemente la vivas con disforia. Si eres una persona a la que le vale verga: es un suceso intrascendente, como es en mi caso, que me caga menstruar. Si nos vamos a poner teóricamente pulcras, lo que es una realidad biológica no es ser una mujer. La realidad biológica es ser una hembra humana. El género es «mujer». Lo decía la Simone de Beauvoir, que no se nace mujer, se nace hembra humana, y de ahí se deviene, o no, mujer. Pero como dije, a mí la teoría nomás me interesa por mamar. En la vida cotidiana la vulva, las hembras humanas, la diferencia entre sexo y género y la definición de lo que es una mujer me importan tres toneladas de popó. Me interesan las trayectorias de vida, la afinidad política, la empatía

y el carnalismo entre personas oprimidas. Me interesa que no toquen con su transodio a mis amigas trans, porque ahí sí se les apareció el diablo.

Pero derecha la flecha. Aquí seguimos con otro problema. La universalización de las mujeres. Primero sin tanto pedo, como mujeres, así, sin meternos en modelos teóricos de pensamiento. Eso ya lo resolvió Audre Lorde a finales de los ochenta, pero como existe el racismo epistémico no le hicimos caso: «Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres gais no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres negras no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus objetivos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnos fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia particular».

Pero, como hacen falta los pedefes para convencer a las críticas de género, pueden revisar toda la genealogía del feminismo negro y de color que habla de las diferencias entre mujeres. bell hooks, Angela Davis, Sirin Adlbi Sibai y Ochy Curiel hablan en sus textos de feminismo sobre cómo tenemos experiencias comunes porque desde luego que lo «personal es político», pero también diferencias que no deben pasarse por alto: ni nos atraviesan las mismas cosas, ni queremos lo mismo, ni tenemos la misma agenda. Y muchas mujeres son opresoras de otras mujeres. bell hooks cuenta que las mujeres negras que trabajaban con amas blancas eran maltratadas por cosas mínimas. Muchas amas blancas atormentaban a sus criadas cuando estas denunciaban agresiones sexuales por parte de sus esposos, hijos o trabajadores. Muchas mujeres blancas incluso compraban esclavas negras para ofrecerlas a sus hijos como compañeras «sexuales». A sus esposos, para

mantener la infidelidad a raya dentro de sus hogares, les permitían abusar sexualmente de sus esclavas. Las mujeres blancas consideraban a las esclavas negras como responsables de sus violaciones. De hecho, cuando surgió el movimiento sufragista las mujeres blancas reclamaban a los hombres blancos que prefirieran apoyar el sufragio de los hombres negros al de las mujeres blancas. Esto usando argumentos racistas. Dice bell hooks que las mujeres blancas eran cómplices de la opresión de las mujeres negras porque pensaban que, de otro modo, esa peor parte la llevarían ellas. ¿En serio nos parece ético hablar de mujeres desde la universalización cuando existen mujeres que son, fueron y serán esclavizadas y oprimidas por otras?

Estos textos también tienen el problema del patriarcado. El patriarcado como sistema único de opresión. Como EL sistema de opresión. El texto es teóricamente miope porque recurre al feminismo blanco como base teórica. Y eso siempre será problemático. Aquí definamos. El feminismo blanco es ese feminismo cuya base teórica señala que existe un patriarcado. Un sistema único de opresión y que este sistema está construido sobre el cuerpo de las mujeres. El feminismo de color es aquel que señala que no existe un patriarcado sino una matriz de opresiones, una intersección de opresiones, un sistema moderno colonial de género o relaciones patriarcales que se interseccionan con otros sistemas de opresión. Segato habla de un patriarcado de baja intensidad que sucede cuando existe división sexual de trabajo, pero esta es leída a través de la dualidad y no de la dicotomía jerarquizada; Julieta Paredes de un entronque de patriarcados cuando la división sexual del trabajo dual se encontró con la jerarquización sexual occidental; las feministas decoloniales hablan de un sistema moderno colonial de género; María Lugones, de matriz de opresiones; Patricia Hill Collins y Kimberlé Crenshaw, de interseccionalidad de opresiones. A estas alturas de la historia seguir hablando del patriarcado, cuando existen conceptos mucho más

lúcidos y apegados a la realidad material, es pendejo, y racismo epistémico.

El marco teórico de los textos «Hablemos de mujeres» tiene otros errores importantes, por ejemplo, hablar de sexo desde una perspectiva binaria/dicotómica/realidad biológica es una construcción social. Lo que es en todo caso una realidad biológica es tener pene, vagina y hormonas, pero, esto, tampoco es binario. Es un espectro. De ahí la existencia de personas intersexuales. El género tampoco es binario, ni ha sido dicotómico desde tiempos ancestrales. El género no es universal. María Lugones afirma que las mujeres negras y de color no encajan en lo que las teóricas llaman género, porque las mujeres negras nunca fueron consideradas mujeres: eran consideradas bestias, hembras humanas, pero no mujeres. bell hooks en *¿Acaso no soy una mujer?* hace un amplio análisis de cómo eso que las feministas blancas llaman «género», entendiendo género como la división sexual del trabajo, el confinamiento en el espacio privado, la maternidad, el cuidado, el trabajo doméstico y el mandato de feminidad, no aplicaba para las mujeres negras. En el tema de la esclavitud y de la opresión ancestral de las mujeres «con base en su cuerpo o capacidad reproductora», hooks señala que las mujeres negras eran obligadas a realizar trabajos considerados «masculinos» en las plantaciones, pero también tareas de trabajo doméstico consideradas como «femeninas». Las mujeres negras no eran encasilladas en un género, ni eran oprimidas por lo que tenían en sus piernas. Eran explotadas sembrando, cosechando, limpiando, criando y, desde luego, sexual y reproductivamente. Trabajaban codo a codo con los hombres negros, pero también como criadas en los hogares. En las plantaciones era común ver a mujeres negras arando, sembrando y cosechando. Si bien los hombres blancos discriminaban a las mujeres negras al no ascenderlas de puesto, los castigos eran parejos. hooks dice que es verdad que el sexismo afectó a las mujeres negras al ser explotadas sexual y reproductivamente, pero no era la única forma de explotación que vivían. hooks, además,

señala que académicamente se tiene que poner el foco en la masculinización de la mujer negra, y no en la lectura desde la feminización. En la sociedad estadounidense colonial las mujeres blancas rara vez trabajaban en los campos.

La realidad de las mujeres negras durante la esclavitud es un ejemplo claro de que el género, estudiado como opresión desde la perspectiva del feminismo blanco, tiene sesgos importantes, porque categoriza como opresión solo aquellas experiencias desagradables que le suceden a las mujeres blancas. Cuando se habla de la opresión histórica de las mujeres se hace énfasis en la experiencia sexualizada de tener una vulva y de la asignación de roles a partir de ahí. Roles como la crianza de las hijas, hijes e hijos, de los roles de cuidado. Pero poco de la «masculinización» de las mujeres negras que no solo eran explotadas por vivir en cuerpo con vulva, sino por su color de piel. En el tema por ejemplo de los cuerpos, el desnudo, la visibilización de la vulva y las características sexuales de las «hembras humanas», hooks cuenta que las mujeres en la época victoriana se cubrían sus cuerpos porque ese era el mandato de «género», y en cambio las mujeres negras eran despojadas de sus ropas de forma constante para ser azotadas, para ser exhibidas en zoológicos humanos, para experimentar con sus cuerpos. Cuando el culto a la «verdadera feminidad» se popularizó, las mujeres negras sufrían muchísimo porque ellas querían ser consideradas «mujeres» para ser tratadas como sus amas blancas. Se vestían con vestidos femeninos, ponían flores en sus cabezas. Querían ser tratadas como damiselas. Tener vagina no las convirtió en mujeres, eran hembras humanas. Servían para arar, para reproducirse, para cosechar, pero jamás para encarnar la feminidad de las mujeres blancas, que, aunque vivían misoginia y discriminación sexista, no eran explotadas en los campos.

Muchos de los textos que piden que hablemos de mujeres tienen otros problemas, por ejemplo: apelar a la vida de resistencia de las mujeres. La autora de «Hablemos de mujeres» hace referencia a la vida de resistencia de las autoras, que

usa como marco teórico para justificar que dicen la verdad. En este punto hay que diferenciar teoría feminista de ejemplos de emancipación y teoría feminista de la verdad. Gerda Lerner, Graciela Hierro y Françoise de Héritier son mujeres que aportaron tanto en su vida, llena de rebeldías, como en su obra. Son mujeres que se rebelaron, que accedieron a espacios, son ejemplos de insubordinación contra el sexismo. Pero eso no significa que sus apuestas teóricas sean la verdad. Afirmar que tu texto dice la verdad porque está construido a partir del marco teórico de mujeres que se rebelaron contra el sistema es una falacia de la autoridad y una falacia de apelación a la emoción. Teorías y teóricas feministas hay muchas, muchas de ellas también con vidas que son ejemplos de resistencia y emancipación. Pero el feminismo no es un dogma. Y la realidad es otra cosa. La realidad material es mucho más compleja que un patriarcado. La Creación del Patriarcado no es la Biblia y el feminismo no es una pinche secta.

Una falacia común de las autoras críticas de género es que usan la carta de la misoginia. Si misoginia es todo, entonces nada es misoginia. Es misoginia decirle que quizás Lerner estaba equivocada porque confunde, como muchas otras teóricas feministas, división sexual del trabajo con opresión. Es misoginia decirle que su texto está sesgado porque no incluye la perspectiva de las mujeres negras. Es misoginia decirle que su texto es transodiante y antiderechos. Y no. Criticar teóricamente un texto, señalar el racismo o el transodio no es misoginia. Misoginia sería decir: Estás bien pendeja, mija, vieja tenías que ser. Pero decir: Tu texto tiene un marco teórico muy básico y es transodiante, no es misoginia.

El problema de la historia de las mujeres, desde la perspectiva feminista hegemónica, es que se valora solo a partir de que la rebelión contra el sexismo empezó a enunciarse como feminismo y con esto se deja fuera a miles de mujeres que desde tiempos ancestrales buscaban formas de emanciparse y defenderse de la violencia. Se habla de control de la reproducción solo en el marco del derecho al aborto desde el

feminismo, pero no desde las estrategias que miles de mujeres han llevado para tener control de sus cuerpos, como usar la menstruación como calendario de fertilidad. Hablar de mujeres desde la perspectiva feminista del «patriarcado», tiene, a lo mucho, cien años. Son pocos, pero también son pocos los años en que se habla de derechos humanos: las mujeres vamos avanzando conforme avanza la humanidad. Sin embargo, el discurso dominante dentro de «Hablemos de mujeres» es precisamente hablar de sexo. Ya hemos hablado mucho sobre la opresión común, sobre «Lo personal es político». Es hora de abrir el debate hacia la casa de las diferencias.

Si teorizamos a partir de la creencia de que existe un patriarcado como El sistema. Que el patriarcado está sostenido en una realidad biológica que se llama sexo. Que se usa un sistema de opresión que se llama género, que es universal y se trata del mandato de la feminidad: parir, cuidar, el trabajo de cuidados, y que por esto es importante hablar de mujeres: ¿de qué mujeres estamos hablando? De las mujeres blancas. Porque las mujeres de color señalan que lo que existe es una matriz de opresiones, que lo que para muchas es una imposición, como el maquillaje o la maternidad, para otras es un espacio de resistencia. Cuando hablamos de la necesidad de hablar de mujeres desde la perspectiva del feminismo blanco: hablamos de hablar de mujeres blancas. Y esto está bien, nomás hay que asumirlo sin Yolanda Maricarmen.

Hablar de mujeres es importante. Es importante hablar de vulva, de menstruación, de aborto, de racismo y sexismo. Sin embargo: no hay límites para nombrar, una puede decir fácilmente mujeres y personas gestantes, mujeres y personas con capacidad de menstruar, mujeres y personas no binarias. Apelar a hablar de mujeres se vuelve un acto transfóbico cuando para hablar de mujeres culpas a las personas trans de borrarnos. Es necesario hablar de mujeres, pero de las mujeres que históricamente han sido invisibilizadas por los estudios de género y por el feminismo hegemónico. Es importante hablar de mujeres, pero de las mujeres que son silenciadas con el

argumento de la opresión común, de la panocha entre las piernas. Hay que hablar de mujeres, pero las mujeres cuya experiencia de opresión está más atravesada por el racismo que por el sexismo. Hay que hablar de las mujeres que no luchan contra el patriarcado sino contra la matriz de opresiones. Hay que hablar de las mujeres que no tienen un pañuelo verde en el cuello porque están luchando por parir y maternar a sus hijas lejos del clasismo de este mundo. Hay que hablar de las mujeres a las que históricamente se ha invisibilizado porque no encajan en el estereotipo de género «mujer» perpetuado por el feminismo. Hay que hablar de las mujeres que necesitan las leyes de identidad de género y derechos laborales para su trabajo, el trabajo sexual.

Hay que hablar de las mujeres que son borradas cada vez que una mujer cis-blanca, de clase media, aparece en todos los medios de comunicación en horario estelar a decir que la están silenciando y borrando. Hay que hablar de mujeres, pero hay que dejar de hacerlo desde la perspectiva de Millet, de Dworkin, de Firestone y co. Hay que empezar a hacerlo desde la de Yuderkis Espinosa, Maria Lugones, Gloria Anzaldúa, bell hooks, Angela Davis, Siobhan Guerrero, Valeria Angola, Irene Valdivia, Bren Nava, Kupijy Vargas, Karla Cruz y Laurel Miranda, por mencionar algunas.

Separatismo: la mayonesa del feminismo

Cada vez es más frecuente escuchar la palabra separatismo en los movimientos feministas. «¡Convocamos marcha separatista!», «¡Este es el contingente separatista, no se aceptan hombres!» o «Espacia separatista y libre de violencia»; sin embargo, lo que define mejor a estas acciones es el concepto de espacio no mixto. El separatismo es una apuesta política y una praxis que va más allá de no permitir varones en espacios

feministas. Entonces: ¿qué es el separatismo? Es una postura política heredera de la corriente teórica «radical», del feminismo de la diferencia y del materialismo francés. Repasemos: el feminismo radical sostiene que las mujeres y los hombres no somos iguales porque ellos son socializados bajo el privilegio de género «varón» y nosotras, bajo la violencia de género «mujer». El feminismo radical afirma que la raíz de la opresión tiene su base material en la sexualización del cuerpo, en su posterior jerarquización, y que el «género» es el mecanismo de opresión. El materialismo francés analiza cómo es que crecer en un cuerpo sexuado de mujer determina cómo te trata el mundo porque la opresión está encarnada, tiene una lectura material. Mientras que el feminismo de la diferencia agrega que habitar el mundo desde un cuerpo sexuado no solo tiene implicaciones en cómo te tratan sino también en cómo ves el mundo: el cuerpo sexuado produce una ontología sexuada, entonces las mujeres y los varones somos ontológicamente distintos, opuestos.

Si metes todas estas ideas en una licuadora, concluyes que las mujeres somos oprimidas con base en nuestro sexo, que ese cuerpo sexuado produce una ontología (o un análisis existencial concreto) y que somos criadas bajo ese yugo llamado género. En el lado antagónico están los varones, quienes son socializados en la masculinidad —que siempre es tóxica—, cuya toxicidad deviene en una construcción ontológica que los hace incapaces de no ser violentos: son educados desde el poder para cometer abusos de poder y que, por más buena voluntad que tengan en deconstruirse como antipatriarcales, siguen siendo beneficiarios del sistema porque los privilegios no se tratan de cómo te beneficias de ellos sino de cómo el sistema te beneficia a ti. Basándonos en este marco teórico, mantener cualquier tipo de relación con ellos es seguir perpetuando sus privilegios y exponerse, o exponer a otras, a sus violencias. Entonces el separatismo es: con los varones NADA. El separatismo significa apostar en la medida de lo posible, pero siempre como postura política, por otras mujeres.

Separatismo es no leer varones, no tener citas con ellos, no coger con ellos, no criarlos, no luchar con ellos, no darles apoyo emocional, trabajo, cuidado ni nada. Si vas a marchas no-mixtas, pero regresas a casa a servirle la cena a tu pareja, tu praxis se llama espacio no-mixto, no separatismo. Es importante hacer la diferencia para respetar a las genealogías lésbicas y a las feministas lesbianas que practican el separatismo como una apuesta política y asumen los costos.

Todo esto suena bien, pero sucede que a menudo el separatismo es considerado como la cúspide de la praxis feminista o la única vía para la emancipación; sin embargo, desde los años sesenta, las feministas negras y de color han señalado que el separatismo es blanco: se han dedicado a poner los puntos sobre las íes acotando los errores teóricos, éticos y prácticos del feminismo hegemónico, así como sus propuestas de emancipación. Aun así, cuando alguna mujer señala que el separatismo es mayonesa, se citan ejemplos como la Colectiva del Río Combahee, la aldea africana Umoja o los encuentros para mujeres convocados por las compañeras zapatistas. Ninguno de estos ejemplos es separatista. La Colectiva del Río Combahee es muy clara en su manifiesto: «Rechazamos la posición del separatismo lésbico porque no es una estrategia ni un análisis viable de la política para nosotras. Excluye demasiados y a demasiada gente, en particular los hombres, mujeres y niños negros. Tenemos bastante crítica y odio hacia lo que la sociedad ha hecho de los hombres: lo que apoyan, cómo actúan, y cómo oprimen. Pero no tenemos la noción descabellada de que esto sucede por ser hombre en sí, es decir que la anatomía masculina los hace como son. Como negras encontramos que cualquier tipo de determinismo biológico es una base peligrosa y reaccionaria para construir una política. También tenemos que preguntarnos si el separatismo lésbico es un análisis y estrategia política adecuada y progresista aun para las que lo practican, ya que solo admite las fuentes sexuales de la opresión de las mujeres, renegando de los hechos de clase y raza».

Por su parte, las mujeres de Umoja ven a su aldea como una suerte de refugio, no como un espacio separatista. Ellas señalan que aman y desean poder vivir en paz con los varones de su comunidad. Es importante hacer énfasis en que Umoja es una estrategia de seguridad, pero no una postura política. Tenemos otros ejemplos: Gloria Andalzúa afirma que las mujeres tercermundistas en Estados Unidos tienen una doble militancia: luchar contra el racismo y luchar contra el machismo de sus compañeros; Angela Davis hace un análisis extenso sobre cómo las feministas blancas denunciaban a las negras por «defender a sus violadores». Han pasado casi cuarenta años desde que Davis escribió «El mito del violador negro». A pesar de ello, hoy en día hay feministas que llaman cuidapijas a otras por oponerse a una postura separatista.

¿Qué está mal con la lógica del separatismo? Teóricamente parece tener bases sólidas, y las tiene, pero solo para un grupo determinado de mujeres. El problema del separatismo es que está basado en análisis teóricos incompletos o sesgados que universalizan la experiencia «femenina» y «masculina», sin tener en cuenta las intersecciones de clase y raza. Se habla de socialización masculina pero no de socialización blanca o de clase media acomodada; estas dos últimas socializaciones también producen actitudes violentas, como el racismo y el clasismo. El problema con el análisis separatista es que considera al patriarcado como EL sistema de opresión, el kraken, y a la clase y la raza algunos de sus tentáculos, y no es así. El patriarcado es uno más de los tentáculos del kraken y no es más importante que la opresión racista o clasista. Si las feministas negras y de color han señalado los errores teóricos del feminismo hegemónico, además de lo violentas que llegan a ser las estrategias derivadas de esos análisis: ¿por qué seguimos pensado que todas las mujeres estamos oprimidas y que un mundo sin varones sería mejor? ¿Por qué seguimos pensando que el separatismo es la cúspide de la emancipación? Porque apela a nuestra emoción inmediata, en lugar de al análisis profundo: es tentador pensar en un mundo donde podamos salir solas de

noche, sin miedo a que algún varón nos haga daño, pero: ¿en serio seria asi? Cuando en Twitter una joven lanzó la pregunta «¿Si no existieran los varones a quién le tendrías miedo?», la violinista negra Jeniffer Rubio contestó: «A las mujeres blancas». No considerar las voces de las mujeres racializadas e invisibilizarlas de las discusiones, también es racismo. En el movimiento feminista hay una contradicción constante: por un lado, nadie quiere ser feminista blanca/blanqueada ni practicar un feminismo blanco, porque está de «moda» la otredad; por otro, ninguneamos, silenciamos o no tomamos en serio los aportes de las feministas subalternas.

Gracias al *boom* de la interseccionalidad nos esforzamos en demostrar que nosotras si entendemos de clase, raza y sus intersecciones con el sistema sexo/género. Sin embargo, señalar que nuestro feminismo es prieto, indígena, negro, periférico, marginal, de color o interseccional y luego agregar frases como «la interseccionalidad no es para incluir penes prietos», «el feminismo no tiene por qué ser la madre de todas las luchas» o «todos los hombres tienen una mujer más oprimida que ellos» es un oxímoron; además significa despolitizar aportes teóricos fundamentales. Existen un par de episodios vergonzosos en mi pasado que ejemplifican claramente el blanqueamiento y la despolitización del análisis que incorpora la clase y la raza. Hace algunos años escribí un texto que se llamaba «Nosotras no somos Ayotzinapa». El texto se hizo viral porque señalaba que los asesinatos de mujeres no generan indignación colectiva como si sucede con los varones, o al menos asi era en ese tiempo.

Básicamente mi interseccionalidad se reducía a «incluyo a todas las mujeres porque si algo tenemos en común todas es que somos mujeres». ¿Dónde estaba el error en mi texto? En no incluir a los varones que en este caso eran racializados. Quisiera decirles que yo solita me di cuenta, pero no fue asi, fue hasta que la feminista negra Yuderkis Espinosa me dijo: Si no eres ellos, tampoco eres nosotras. Lloré, lloré mucho, porque: ¿hay algo peor a que te digan feminista blanca? Me

dolió, pero aprendí. No de inmediato, o quizás sí, pero fingía por convivir, porque parece que te da puntos feministas decir a los cuatro vientos que «tú no educas vatos» o «que no das servicios sexuales ni emocionales a hombres» o presumir que ridiculizaste a un varón en internet, aunque la mayoría de las veces ese varón sea un varón empobrecido y racializado.

En ese contexto sucedió otro evento desafortunado: mis amigas feministas compartieron una captura de pantalla de la artista de la palabra, Titze Malambé, con una crítica a Sor Juana.

Yo, como muchas feministas, había sustituido la aprobación masculina por la aprobación feminista, estaba ávida del aplauso fácil; entonces fui a decirle: Tú dices eso porque perteneces a una clase —varones— que históricamente ha tenido acceso a la educación. Discutimos. A grandes rasgos ellx me dijo algo que en ese momento no entendí por mi privilegio de clase: «Tú terminaste la universidad y yo no». A la discusión se unió Bren Nava, una extraordinaria poeta, quien muy amablemente dijo que mis posturas no eran interseccionales, que eran más blancas que la leche. También lloré, porque en Feministlán es peor que te digan blanca a que te digan patriarcal. Decidí callarme un rato, me puse a leer y entendí. Leer no es otra cosa que escuchar, porque, como dice la filósofa y vedete Niurka Marcos: «Cuando yo empecé no hablaba. Porque el que habla no escucha y el que no escucha no aprende. Cuando una está empezando a aprender, calla. Y entre más calla, más escucha, y entre más escucha, más aprende». Desde entonces no había escrito nada «serio» sobre feminismo, hasta hoy.

Sabemos que el separatismo es una praxis y una postura derivada de las corrientes feministas hegemónicas, que sirve, pero no para todas. Ahora bien: ¿cuál es el problema de querer posicionarlo como algo que sí es compatible con el antiracismo, la interseccionalidad y el feminismo decolonial? El ejemplo más claro lo encontré en Facebook en una discusión entre varias feministas por un «quilombo separatista». Un quilombo es un espacio político y de lucha de personas negras,

inicialmente esclavas y esclavos, contra la esclavitud y el racismo. Si bien la palabra quilombo en algunos países como Chile y Argentina es usada para nombrar eventos «escandalosos», esto desde luego tiene que ver con una apropiación y blanqueamiento de palabras políticas pertenecientes a las luchas racializadas. Lo cual sucede por algo que en los estudios decoloniales se conoce como colonialidad del saber; sin embargo, aunque quilombo se use como sinónimo de fiesta, desmadre o escándalo, no es ético despojarla de su significado original. Esta acotación la hizo la teórica decolonial Yuderkis Espinosa en una fiesta feminista que las blancas del sur llamaron «Quilombo Feminista». Yuderkis y una compañera feminista comunitaria de Bolivia señalaron algo fundamental: si es de blancas, no es quilombo. La banalización de la palabra «esclavitud» por parte del feminismo hegemónico es constante: llaman de esta manera, por ejemplo, al trabajo doméstico. Si bien existen experiencias de injusticia doméstica, la forma correcta de nombrarlas es «trabajo no pagado» o bien explotación en el hogar. La esclavitud es otra cosa, es algo de lo que solo pueden hablar las personas racializadas y de quilombos. ¡también!, porque los quilombos eran estrategias políticas contra la esclavitud. Yuderkis apuntó algo más: si es separatista no es quilombo, los quilombos eran mixtos, eran de hombres y mujeres negras organizadas en una causa común.

Por su parte, la compañera Aimara apuntó que si bien en todas las luchas indígenas, negras, de inmigrantes, de personas de color y del sur global existen espacios de autonomía entre mujeres para hablar de problemas específicos, esto no es separatismo porque ellas siguen luchando de la mano de varones contra el racismo, el despojo y el modelo económico. Las luchas decoloniales son incompatibles con el separatismo, y un feminismo que no toma esto en cuenta es racista o blanco. Los espacios no-mixtos o de autonomía entre mujeres son fundamentales para compartir experiencias en común, como espacios seguros de goce y afecto. También son

necesarios los espacios exclusivos para mujeres negras, indígenas, trans, no binarias.

Pero el separatismo es útil solo para las mujeres que no viven opresiones de clase y raza. Si el separatismo es tu horizonte utópico y lo practicas en tu vida cotidiana porque crees que el feminismo no debe abrazar la lucha antirracista, por la defensa de los territorios, del agua o contra la violencia policial en los barrios porque crees que debería priorizar a las mujeres, está bien, pero acepta que tu feminismo es blanco, ¡como la mayonesa! Cada vez que afirmas que tu feminismo es de color, que incluye a las mujeres racializadas y que respaldas sus luchas; cada vez que afirmas que tu feminismo no es blanco porque incluye a todas las mujeres y porque lucha por todas, pero sigues manteniendo que la mejor munda posible es una sin varones, o llamas cuidapijas a quienes te dicen que usar «simio» como insulto es racista porque te estás apropiando de opresiones que no te atraviesan y de luchas en las que no militas, te estás apropiando del conocimiento de mujeres negras y de color para vaciarlo de contenido, despolitizarlo y blanquearlo, y eso también es racismo. Es mejor reconocer que tu feminismo es derivado del feminismo radical blanco y que solo sirve para un grupo específico de mujeres. Así como es importante no llamar separatismo a espacios no mixtos para no despolitizar la lucha de las lesbofeministas y mujeres que apuestan por esa estrategia: reconocer que el separatismo es la mayonesa del feminismo, es una postura ética. Hacer quilombos separatistas es racismo.

El peligro de proteger agresoras

Tenemos que hablar. Pero tenemos que hablar al chile, a calzón quitado, sin sentimentalismos. Aquí hay un elefante blanco en la sala, un cagadero y todas se están haciendo que la virgen les

habla. No, no es de ahí, compas. ¿Ahora qué pasó y de qué me voy a quejar? Del tratamiento que se le está dando al tema de las agresoras desde el movimiento feminista.

Desde hace año y medio uno de mis múltiples trabajos es el fortalecimiento de los movimientos sociales y la sociedad civil organizada. He revisado los programas de decenas de fondos para activistas y organizaciones filantrópicas, he dado seguimiento a colectivas, organizaciones civiles y movimientos sociales. He hablado con donantes y activistas de todo el mundo. Los tópicos se repiten: el difícil acceso a los recursos económicos por trabas burocráticas; la reproducción de las lógicas coloniales en las prácticas filantrópicas de que el Norte salvando al Sur; o como cuando los fondos u organizaciones internacionales quieren poner una sede en el sur global pero sus oficiales de programas siguen siendo del norte global; los requisitos racistas y clasistas para acceder a puestos ejecutivos en las organizaciones civiles: puntos extras si la maestría es en el extranjero o hablar inglés perfecto; la persecución estatal, la reproducción de las lógicas empresariales en las organizaciones civiles, de que: trabajar más de ocho horas diarias, que te pidan que te pongas la camiseta, sobrecalificación para sueldos de mierda y ambientes laborales tóxicos. Se habla mucho de la infiltración y las prácticas porriles para desprestigiar a los movimientos sociales, por parte de externos, mercenarios. Pero nada de los escarabajos peloteros, en este caso: escarabajas. Perdón por el nombre: escarabajos peloteros, pero no encontré otra forma de nombrarlo y la verdad me dio tremenda pereza echarle más imaginación.

Pero: ¿a qué me refiero con escarabajos peloteros? Me refiero a personas que sí se asumen como parte de un movimiento social, que incluso si han militado, pero que son al mismo tiempo unas tremendas mierdas y que perjudican a los movimientos sociales más de lo que le pueden aportar. Creo que todas conocemos a una morra o persona que va más allá de ser crítica, pedosa, enojona, mandona o autoritaria. No es un tema, como dice Mikki Kendall en *Feminismo de barrio*: de

morras que hieren nuestros sentimientos con sus críticas, pero tienen razón. No. Es de esas cabronas que se comportan como porras, tienen prácticas reventadoras, son antiderechos, les gusta incumplir acuerdos, tronar asambleas y procesos organizativos por joder, por narcisistas y por mierdas. No son infiltradas, son simplemente morras con prácticas de la verga. Pero que como se asumen feministas, las dejamos ser. Un ejemplo de los escarabajos peloteros son las feministas transexcluyentes y las feministas abolicionistas: sabemos que son antiderechos, que discriminan y violentan los derechos de las personas trans y trabajadoras sexuales, que son policías de la moral y de los genitales y que militan leyes que joden en lo concreto a otras mujeres, pero las dejamos ser. Ahí están ellas en las asambleas, siendo jurados, en espacios de luchas sociales, en los noticieros, en las editoriales, en los congresos feministas. Generan discordias, generan violación a derechos humanos, pero ahí están. Hay que escucharlas, hay que escuchar todas las voces, decimos: Ser crítica no tiene nada de malo, decimos. Y las dejamos que cada día tengan más y más poder, porque como tienen panocha, hay que tenerles consideraciones. Y así nos fue.

Le di, por mi trabajo, seguimiento a la Okupa. Poco duró la utopía de un refugio para mujeres tomado y gestionado por las madres. Más allá de la parafernalia y el romanticismo, en corto terminó como terminan los espacios donde hay escarabajos peloteros: en un mierdero. En el seguimiento que le di supe que el espacio fue inicialmente tomado por madres de víctimas. Desde el momento en que supe que ciertos personajes estaban ahí metidas, dije: Ya valió verga. Porque las conozco, porque sé que lo que tocan lo hacen mierda. Pero les di el beneficio de la duda porque me emocioné de ver los cuadritos intervenidos, las infancias encapuchadas, la solidaridad internacional y la potencia del hecho de que madres de víctimas tomen un espacio. Súper punks, las mamás. Me duró poco el gusto. Poco a poco empezó el mitote. Las madres de las víctimas dejaron el espacio por diferencias irreconciliables

con una fracción ahí dentro. Acusaciones de desvíos de recursos de cantidades enormes. Acusaciones de gastarse el dinero en drogas, alcohol y fiestas. Acusaciones de robo, de violencia física y verbal, de amenazas. Yo cada que veía una denuncia nueva tragaba palomitas y decía: Les dije, se les dijo, pero les encanta romantizar la capucha. No hace falta que haga un recuento de los buenos (que son pocos, seamos honestas) y los malos momentos de la Okupa porque hay decenas de denuncias. Hay videos de esas culerillas aventándole huevos por la ventana a la madre de una de las víctimas, hay evidencia de que fueron ellas las que rayaron los bares de la comunidad LGBTTTI. Un mierdero. Las dejamos ser porque hembras bípedas implumes que se asumen feministas y que usan capucha. Quemaron todos los puentes. Trataron de hacer control de daños llamando a una de sus amigas, feminista de esas que es amiga de las trans, pero también en secreto de las que las quieren muertas. Hicieron dos o tres ejercicios de simulación a los que ellas llamaron de vinculación con colectivas trans. Mentira. Varias de ellas son transodiantes, lo son desde siempre, y de las más crueles: de las que usan insultos culerísimos contra las morras trans.

Un espacio que genuinamente fue tomado por mujeres en busca de justicia se convirtió en un espacio que era centro de operaciones delictivas como extorsión, violación a derechos humanos, discursos de odio, violencias graves contra otras mujeres. Hay un video de una de ellas donde narra, súper empoderada, cómo casi mata a golpes a una policía. Literal dice: Casi le arranco la cabeza y se la llevaron en una ambulancia. ¿Cómo pasó? ¿Cómo pasó esa morra de ser una culerilla a una morra en conflicto con la ley? ¿Protección de gente poderosa? ¿Alianzas con los grupos que protegen la zona? ¿La certeza de que un movimiento social te está cuidando las espaldas? Posiblemente todas. Pero la que a mí me importa es la última: la certeza de que un movimiento social te está cuidando las espaldas y si haces cualquier mierda van a salir a negar tus delitos, a decir que tus crímenes son menos crímenes porque no

se están juzgando con las lentes violentas, que el Estado te está persiguiendo, que eres una presa política.

Hace tiempo en un debate un provida me dijo directamente: Lo que tú haces es delito y no voy a parar hasta verte en la cárcel. Se refería a mi trabajo como acompañante de abortos y traficante de medicamentos para abortar. Le dije con muchos huevos: Sí, es delito. Te reto a que me lo compruebes. ¿Creen que es gratuito? ¿De verdad creen que un día me desperté y dije: Me vale verga? Nombre. Me empoderó saber que tengo un chingo de gente cubriéndome las espaldas, que hay gente con mucho capital económico, político y social que me ha dicho: No voy a dejar que pises una cárcel. No saben. De verdad no saben cómo enloquece a una morra con trastorno borderline este pedo. Antes me daba miedo el tema del misoprostol, ahora lo mando en Uber, normal, así casual. Pero este poder también se puede usar para hacer cosas ojetes. Ahí están las feministas antiderechos. Las dejamos ser. No les ponemos un alto. Les damos con nuestro silencio el respaldo de un movimiento entero, y creamos monstruos. Las dejamos ser. Entre nosotras no hay que ser tan severas. Cada quien tiene sus procesos. Podemos tener diferencias teóricas. Podemos tener diferentes formas con ellas. Algo tienen las capuchas que nos hacen bajar la guardia. Quizás porque nos recuerdan a las poderosísimas mujeres zapatistas y pensamos que toda encapuchada tiene ese nivel de organización y proyecto político. Pero no. Quizás también que el kit: mujer cis + que se enuncie feminista + capucha = idealización extrema por parte de otras feministas. Golpean mujeres policías: Bueno, es que las puercas no son mujeres. Quiebran piñatas con la bandera trans: Bueno, solo es una piñata. Rayan mensajes de odio contra la comunidad LGBTTI: Bueno, no estoy de acuerdo con ellas, pero decir terf también es un discurso de odio. Agarran a palos a una mujer de la diversidad funcional y a su novia: Bueno, es que también si ya saben que son separatistas a qué van a su mercadita. Bueno, si desmadraron el auto de una señora con la señora dentro, pero también hay que oír la versión de ellas.

Para ir cerrando: soy a nivel feminista anticarcelaria y antipunitiva. Estoy en contra de la política de drogas que criminaliza al narcomenudeo. Urgen alternativas a la prisión para mujeres con dependientes que son criminalizadas y que no representan un peligro para otras personas. Sí. Tengo especial empatía por las personas en conflicto con la ley. Llevo años queriendo dar talleres de creación literaria en complejos industriales carcelarios. Tengo amistades y familia a la que amo profundamente que se dedican a giros en conflicto con la ley. Los afectos están donde están. Y ni modo. Pero lo que sí me escama es la banda que usa los movimientos sociales para pasarse de verga: desviar recursos, hacer alianzas ojetes que vulneran los derechos humanos o acumular poder para cometer crímenes pensando que te vas a salir con la tuya.

Nos urge hablar del Elefante en la Sala: los escarabajos peloteros y qué, cuándo y cómo no vamos a seguir dejando que jodan los movimientos sociales con sus prácticas porriles, reventadoras, su militancia antiderechos y sus discursos de odio. Encapucharda (¿valdrá la pena dar una pequeña referencia de quién es, del estilo: «Encapucharda, la líder de tal y tal»?) es el ejemplo de ello. La dejamos ser, fuimos tolerantes con ella, pobrecita, es explosiva, pero no es mala persona, no es para tanto que te desee la muerte, no es para tanto que les diga hombres con falda a las mujeres trans, es que ha vivido mucha violencia en su vida, es que tiene problemas graves de salud mental. Ahí las consecuencias. No solo jodió un espacio porque no supo gestionar el poder colectivo que le dimos con nuestra indolencia, también le jodió la vida a otra de las detenidas que hacía un trabajo increíble de visibilización del feminicidio. ¿Tengo miedo de herir susceptibilidades con este texto? El miedo a herir susceptibilidades lo perdí cuando supe que ustedes no reparaban en herir la mía cuando me piden que sea empática con mis agresoras. Encapucharda me deseaba la muerte cuando estuve luchando por mantenerme con vida. ¿Qué empatía le puedo tener? No mamen.

5. DESDE LOS ZULOS: ¿CÓMO CONSTRUIR UN FEMINISMO MÁS ALLÁ DE LA BLANQUITUD?

Tenemos que hablar sobre la importancia de construir un feminismo más allá de la blanquitud. Un feminismo articulado más allá de la opresión por sexo. Un feminismo que no universalice la experiencia de las mujeres bajo la excusa del «género». Porque si el feminismo no es para todas, no sirve. Pero para lograrlo primero tenemos que ser críticas. Abortar el feminismo como secta. Kate Millet, Marcela Lagarde y Shulamith Firestone no son la Biblia. Las conceptualizaciones del feminismo blanco como el patriarcado y la feminización de los cuidados como máxima expresión de la opresión no son dogmas incuestionables. Para construir un feminismo desde los zulos tenemos que revisar los conceptos del feminismo blanco y no atacarnos cuando nos dicen que la sororidad es blanca. El feminismo no es una secta y no tiene que portarse como una: el patriarcado no es el diablo, las conceptualizaciones del feminismo blanco no son la Biblia y las feministas no somos perfectas. Las mujeres no somos ángeles y si somos capaces de violentar.

Para articular un feminismo desde los zulos hay que empezar a usar los términos del feminismo negro y de color como justicia histórica pero también porque son complejos. Hay que dejar de hablar de patriarcado y empezar a hablar de matriz de opresiones. Hay que dejar de ver al patriarcado como un monstruo debajo de la cama que siente, escucha y no quiere que seas feliz y empezar a verlo como una forma de organizar el mundo: las relaciones patriarcales. Tengamos una perspectiva interseccional, pero no solo en el discurso, sino también

en la práctica. Hablar de interseccionalidad, pero luego decir que las mujeres somos socializadas para ser calladitas, no es un ejemplo de interseccionalidad. Dejemos de hablar por todas y hablemos de experiencias situadas: las mujeres blancas y de clase media son educadas para ser calladitas. Porque en los contextos racializados y periféricos nos educan para ser gritonas. Construyamos un feminismo desde la cumbia, porque si no podemos bailar, no es nuestra revolución. Desde el perreo, porque si no hay libertad sexual, no hay libertad política. Desde la protección a las mujeres trans porque no son una amenaza para nadie, salvo para las mujeres blancas privilegiadas porque ponen en peligro su narrativa de víctima entre las víctimas. Apostemos por los derechos de las trabajadoras sexuales, respetándolas como morras chingonas con agencia y no viéndolas como víctimas de la precarización. Peleemos por el aborto legal y gratuito, pero como autonomía y no para disminuir la delincuencia o que no haya niños pobres en las calles. Gritemos también contra las esterilizaciones forzadas en los barrios periféricos. Juguemos a las olimpiadas de la opresión, pero también, como dice Leo Silvestri, al bingo de los privilegios.

Hagamos un ejercicio de introspección honesto: ¿Dónde estoy? Respondamos esa pregunta a nivel ontológico e identitario: ¿Soy una mujer cis? ¿Soy una mujer blanca? ¿Tengo *passing white* o privilegios de clase? Pero también a nivel epistémico: ¿Qué sé y qué no sé? ¿Sé cómo es convivir con usuarios problemáticos en contextos periféricos? ¿Sé qué se siente el racismo? Pero también en la dimensión pragmática qué sí y qué no puedo hacer, en qué sí puedo y en qué no comprometerme. Luego, hay que preguntarnos en qué proyecto luchar, con quiénes y con qué agenda, con quién tejer puentes y qué alianzas no realizar. Tomar un nuevo paradigma más allá de las teorizaciones blancas. Tomarnos en serio los aportes del feminismo de color. Hacer trabajo de base y comunitario. Ver más allá del sexo, entender que las opresiones por raza y clase no son jerárquicas sino simultáneas.

Apostar por un feminismo desde los zulos es mirar profundo, como dice Lorde, empatizar con les otres las violencias que han vivido y analizar que conecta esas violencias con las que nosotras hemos vivido, entender que forman parte de la misma matriz y trabajar juntas para subvertirlas. Un feminismo desde los zulos es entender que, como señala hooks, todes, incluidas las mujeres, formamos parte de la trama de la dominación en dos niveles: violentadas y violentadoras. Que las mujeres podemos ser víctimas y victimarias. Y que, así como luchamos por dejar de ser violentadas, tenemos que luchar por dejar de pasarnos de verga con el racismo, la transfobia y el clasismo. Un feminismo desde los zulos es articularnos desde la metodología de las oprimidas de Chela Sandoval y demostrarle al mundo que la solidaridad entre las víctimas es más poderosa que las alianzas entre los agresores. Un feminismo desde los zulos es sin racismo, sin clasismo, sin transodio y sin odio y prejuicios a las trabajadoras sexuales. Un feminismo desde los zulos es sin policía del tono y sin policía de la moral y los buenos modos. Es aceptar que Karla Cruz no quiera hablar de sororidad porque la sororidad es blanca y que para ella se dice: tirar paro. Un feminismo desde los zulos es un feminismo situado en los contextos, porque no es lo mismo ser una morra en las periferias trabajando con adolescentes jefas de familia que la jefa de una organización internacional luchando por ganar lo mismo que sus compañeros hombres. Un feminismo desde los zulos es un feminismo que priorice a las salvajes, a las otras, a las periféricas, a las groseras, a las que todavía huelen a lodo.

NOTAS DE LA AUTORA

La introducción de este texto está basada en la introducción de la *Teoría de King Kong*, de Virginie Despentes. Quiero agradecer a las autoras y recopiladoras de los libros que fueron la base teórica de este libro y de mi postura política: *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*; *Otras inapropiables: feminismo desde las fronteras*; *Esta puente, mi espalda: voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*; *Tejiendo de otro modo: feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*; *La invención de las mujeres: una perspectiva africana sobre los discursos occidentales del género*; *Feminismos y poscolonialidad: descolonizando el feminismo desde y en América Latina*; *Feminismo negro, una antología*; *Feminismo para principiantes*; *El patriarcado al desnudo: tres feministas materialistas*; *Devenir perra*; *Un zulo propio*; *Malditas*; *Hilando fino desde el feminismo comunitario* y *Los filósofos y sus mujeres*. También quiero dejar bien en claro que si bien, por mi contexto de crecer en un zulo no le entendía al feminismo hegemónico, tampoco sabía cómo verbalizarlo o teorizar sobre esa incomodidad y aversión que me causaba. No tenía las herramientas epistemológicas, ni los aparatos críticos. Los encontré hasta que empecé a leer autoras negras y de color. Entonces digo con toda claridad que, aunque mi experiencia es orgánica porque me atravesó el cuerpo, la claridad para teorizar sobre estas experiencias y explicar el disentimiento con el feminismo blanco en palabras académicas se lo debo a autoras y activistas como Angela Davis y María Lugones y Rita Segato y bell hooks y Gloria Anzaldúa y Chela Sandoval y

Audre Lorde y Yuderkis Espinosa y Ochy Curiel y Sirin Adl-bi Sibai y Wadia N Duhni y Julieta Paredes y Daniela Ortiz y Patricia Hill Collins y Kimberlé Crenshaw y Gayatri Spivak y Valeria Angola y Kerly Garavito y Soyciguapa.

ÍNDICE

Introducción 9

1. Feminismo sin cuarto propio 11
2. Un texto personal 47
3. Si Feministlán fuera Troya, yo sería Helena 99
4. He teorizado más que tú, y sin salir del guetto 167
5. Desde los zulos: ¿cómo construir un feminismo más allá de la blanquitud? 207

Notas de la autora 211